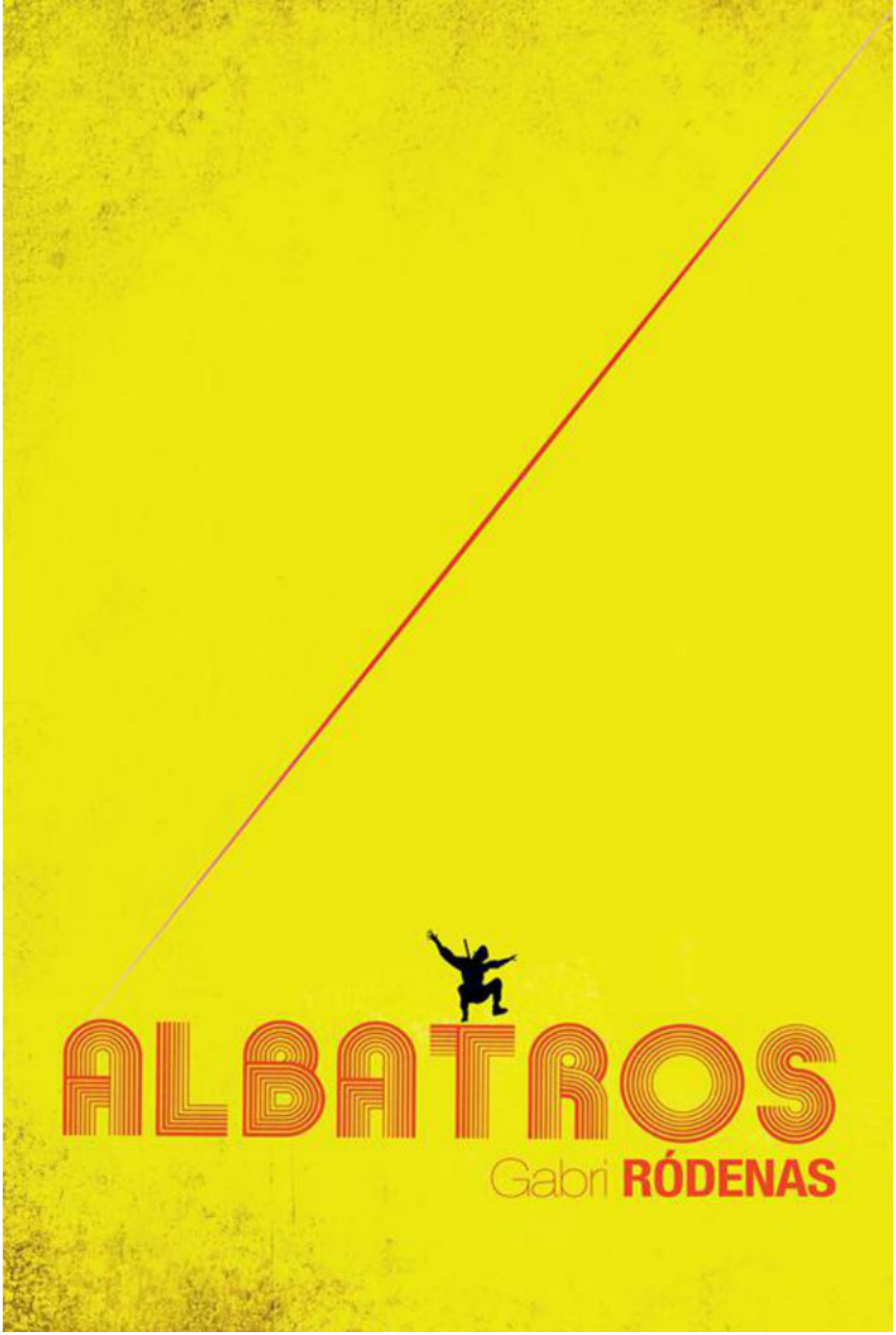
ALBATROS
Gabri RÓDENAS

ALBATROS

Gabri **Ródenas**

megustaescribir

Título original: Albatros

Primera edición: Marzo 2015

© 2015, Gabri Ródenas

Contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
CRÉDITOS FINALES
OTRAS OBRAS DEL AUTOR

1

Le llamaban Albatros y lo tenía francamente jodido.

Aquel viaje a Japón lo había cambiado todo. Su vida ya no sería la misma. Él ya no sería el mismo. Todo había saltado por los aires.

Hasta ese momento, se limitaba a arrastrar sus pies por los pasillos de la Sorbonne, donde impartía clases de matemáticas avanzadas. A su manera, se había convertido en toda una institución: un atlético y estilizado profesor universitario de treinta y ocho años que por las tardes daba lecciones de esgrima a hijos de padres ricos, la crema de la sociedad francesa.

Luego llegó Japón.

Albatros reajustó la solapa de su traje entallado, que apenas dejaba espacio para una discreta raya diplomática, y subió un poco el cuello de la camisa blanca. No llevaba corbata. Se quitó las enormes gafas oscuras con un movimiento preciso y estudiado y se encaminó hacia la barra. Sin dirigir la mirada a ningún punto en particular, trataba de hacerse una panorámica mental de la sala: caras conocidas, muebles caros y un buen puñado de mujeres atractivas entre las que se hallaba alguna alumna.

Saludó con un gesto de la mano a un señor que bebía algo parecido a un Martini al otro lado de la enorme barra de la que emanaban unas luces azules. Pidió un vaso de leche al camarero. Éste le miró con un gesto extrañado.

—Cuánto tiempo —dijo el tipo al que Albatros había saludado.

—¿Cómo ha sido capaz de atravesar la sala tan rápido?

—Por desgracia, soy un veterano —respondió el hombre con fingida resignación.

Rupert Dubois, el magnate belga, vestía un smoking impecablemente cortado, pasaba los sesenta y cinco, presumía de su

espesa cabellera blanca y hacía tiempo que debería haber reconsiderado cambiar su dentadura por otra menos amarillenta.

—¿Te ha resultado sencillo encontrar la casa? —prosiguió.

—Últimamente, lo complicado no es encontrar algo, sino perderse…

—Llevas toda la razón.

Dubois dio unas palmadas en el hombro al matemático y ordenó otro Martini seco sin mover los labios.

—Es una fiesta fascinante.

—Ya sabes que soy un hombre generoso.

Albatros sonrió. Lo tenía muy claro. De hecho, Rupert Dubois le había regalado el deportivo en el que había llegado.

Albatros dio un sorbo a la leche.

—Veo que sigues bebiendo eso. Siempre alerta, ¿no es así?

El matemático se colocó las gafas con cierto ceremonial. Era algo que hacía de manera habitual e instintiva. Formaba parte de su puesta en escena. Solía retirárselas antes de que nadie se sintiese ofendido o intimidado.

—Ha sido usted muy amable al invitarme, señor Dubois.

—No me des las gracias. Tu presencia siempre es bienvenida —señaló con los ojos a una chica que se les acercaba—. Y, según veo, esperada por algunas…

Dubois trató de sofocar un suspiro. La joven saludo a los dos hombres, aunque dejando muy claro que su interés se centraba en el atractivo profesor.

—No sabía que fuera usted a venir. Le he visto al entrar y he querido saludarle.

—Nos vemos luego —se disculpó el empresario—. Hay un asunto que quiero comentarte.

Albatros asintió con la cabeza. Vio cómo el gorila destronado se perdía entre la multitud, saludando a todos los presentes con gran efusividad.

—No sabía que tuvieras edad para estar aquí.

—La tengo para estar en sus clases.

La muchacha no debía superar los veintiún años. Lucía un llamativo vestido rojo y su maquillaje agresivo contrastaba con la dulzura y candidez de su rostro. El espadachín la examinó con detenimiento. Ella sabía cómo conjugar elegancia y coqueteo, algo que

solía pasarles a casi todas las chicas que habían nacido en el seno de una familia como las que se reunían allí aquella noche. E, innegablemente, era una preciosidad. No obstante, Albatros rechazaba por norma cualquier invitación de una alumna a compartir una velada extra académica con ella.

—Hablando de clases —dijo él—, acabo de recordar que debo preparar la de mañana.

Miró su anacrónico reloj de pulsera que lucía en la mano derecha, un regalo de su padre, volvió a ajustarse sus gafas de cristal degradado y precio desorbitado y se despidió de ella con una sonrisa y una suave caricia en el brazo.

Los trajes caros, los descapotables y las gafas de diseño se habían convertido en su sello de identidad. Cómo un académico que en sus ratos libres enseñaba un poco de disciplina a los cachorros de las personas más acaudaladas de Francia podía permitirse tales caprichos no era ningún misterio y Albatros lo tenía muy claro: poco importaba la profesión que alguien desempeñase. La clave residía en los contactos. Cuando uno se movía en determinado círculo, jamás faltaban ni buenas ocasiones ni buenas propinas. Propinas de varios ceros. Un padre rico y satisfecho siempre tenía una buena razón para premiar a sus íntimos colaboradores. El éxito estribaba, a su juicio, en saber cuándo aparecer y cuándo desaparecer. Nada más.

Se dispuso a localizar con la mirada a Dubois. De un modo intuitivo, se dirigió a la terraza. No se equivocó. Allí estaba su hombre, apoyado sobre la balaustrada, contemplando una ciudad que, en gran medida, le pertenecía. Sin ningún tipo de preámbulo, Rupert Dubois acercó su boca al oído del matemático y le dijo unas pocas palabras. Y, sin mediar palabra, el maestro de esgrima miró a su interlocutor a los ojos, le estrechó la mano y abandonó la fiesta. No había nada más que añadir.

Así pasaba la mayor parte de las noches.

Desde que Julia le abandonase por un escritor canadiense de cierto éxito, pero mucho más aburrido que él, Albatros disponía de más tiempo y además necesitaba relacionarse. El ambiente que reinaba en el claustro universitario no acababa de ser de su agrado. Prefería otros entornos más frescos y estimulantes. Sus amigos personales no siempre se encontraban en el lado correcto de la ley, ni eran del todo recomendables. De modo que había estimado que cambiar de aires y

aprovechar la oportunidad que le brindaba la vida de disfrutar un poco de la *dolce vita* a costa de un puñado de acaudalados señores no le vendría nada mal. Como quien asiste a clases de baile o aprende otro idioma para combatir la soledad y el aburrimiento. Albatros deseaba expandir sus horizontes. Una vez cauterizada, —que no cicatrizada— la herida provocada por Julia, comprendió que, en cierto sentido, su nuevo estado civil era el que más se ajustaba a su carácter y estilo de vida: un *lonesome cowboy* que se defendía mejor en solitario. Tras un honesto análisis, había llegado a la conclusión de que no estaba hecho para convivir en pareja. Era lo suficientemente egoísta como para preferir ir por libre. Pasada la furia y la humillación, se veía en la obligación de admitir que resultaba muy probable que él hubiese forzado la marcha de su ex mujer. Clases, investigación, esgrima… En 2036, los días seguían teniendo veinticuatro horas y era preciso saber distribuir el tiempo de manera adecuada. Irónicamente, Albatros, una mente prodigiosa para los números, había errado en el cálculo.

Poco a poco, se introdujo en el ambiente de la alta sociedad, conducido por los padres de sus alumnos y recibido con los brazos abiertos. Así fue como, sin pretenderlo, acabó convirtiéndose en lo que se denominaba un *facilitador*; alguien que resolvía los problemas de otros. Su enorme red de contactos, que incluía tanto miembros de la clase alta como habitantes de las cloacas, le permitía lograr sus objetivos de manera muy rápida y eficaz, saltándose los pesados y burocratizados procedimientos habituales. Esa conversión se había llevado a cabo de un modo casi espontáneo. No resultaba infrecuente que algún conocido, debido a su exquisita discreción, le plantease de un modo informal algún problema y le pidiese consejo o ayuda. Al principio, Albatros conectaba al interesado con la persona que podría echarle una mano. Pero poco después comenzó a resolver las cuestiones directamente. «Su hijo ya no volverá a consumir estupefacientes» o «Ya no tiene que preocuparse de…» eran frases cada vez más recurrentes en su discurso. Así fue cómo comenzaron a llegar los *Bugatti*, las colecciones de gafas *Initium* y la serie de regalos caros. La gente VIP no deseaba perder el tiempo. Agradecía que sus preocupaciones desaparecieran sin más. De esta forma, tenían tiempo y ánimo para seguir disfrutando sin mayores complicaciones de sus vidas y sus bienes. Albatros se había convertido en el asistente ideal, mientras buscaba un poco de emoción.

Su cerebro giraba a doscientos por hora mientras conducía el descapotable a la misma velocidad, atravesando la noche parisina. Daba vueltas a las palabras de Rupert Dubois y programaba mentalmente los pasos de su próxima operación. En principio, no parecía muy complicada.

Todo acto tiene consecuencias y el matemático se hallaba a punto de tener que dar cuenta de cada uno de los suyos.

2

Todo estaba bien. Todo estaba muy bien. Todo estaba demasiado bien.

En 2036 había desaparecido cualquier rastro del conflicto. En ningún momento hubo derramamiento de sangre. No fue necesario.

Lo que en su momento diera en llamarse la «clase política» hacía años que había desaparecido por completo, demostrada su absoluta inutilidad, dando paso a otra menos democrática. Esa *mano invisible*, ese club de personas en la sombra que decidían de verdad el destino del mundo, se había desprendido del guante y la careta, mostrando su rostro desnudo. Ya no era un rumor; ellos estaban ahí. Ahora los ciudadanos vivían en una especie de transición; se adaptaban al nuevo régimen sin olvidar el anterior. Constataban cómo ninguno de los pronósticos se había cumplido: ni el asteroide Apofis había colisionado con la Tierra, ni John Titor —el viajero del tiempo— había cruzado otra vez la cuarta dimensión, ni Jesucristo había regresado (tal y como sostuviese la iglesia mormona). De hecho, y salvo por los pequeños aunque decisivos detalles, el nuevo mundo se parecía bastante al viejo. Las ciudades no eran todo neón y oscuridad, sino que se asemejaban bastante a las de principios de siglo. Los coches seguían sin volar a ras del suelo y los extraterrestres se resistían a visitar el planeta (cada vez menos) azul.

Con el pretexto de mantener la paz, el antiguo régimen, ya muy controlado por sus nuevos aunque todavía anónimos dirigentes, comenzó a emplear drones. Primero fueron usados en guerras libradas en los márgenes de lo que se considerase el Primer Mundo. Después en revueltas acaecidas en el *antiguo* Occidente, ofreciendo su apoyo al ejército en su intento de frenar las desmedidas protestas populares contra los excesos del capitalismo avanzado y la corrupción política generalizada. El mensaje se grabó a fuego en la mente de los ciudadanos: por mucho más numerosos que resultasen, no podrían

acabar con los privilegios de una élite que ni siquiera tenía que exponerse físicamente para aniquilar a sus enemigos.

La intimidad y la privacidad eran dos conceptos que, sin más, habían desaparecido de la vida de las personas, ejerciéndose un control férreo y constante sobre todas las comunicaciones. Asimismo, la *nube* se había apropiado de todo el contenido que circulaba por la Red y lo exponía sin pudor. Ni siquiera había que almacenar las fotografías domésticas. Una simple consulta en un buscador cualquiera las arrojaba de manera inmediata por fechas, figurantes o cualquier otro criterio. Tal era la hipertrofia del *Big Data* (*Omnidata*, según el neologismo acuñado en esa época). Todavía existían redes sociales y la gente podía expresar su opinión a voluntad. Siempre teniendo presente que el contenido de sus mensajes sería almacenado y, llegado el momento, examinado a conciencia. Todos los dispositivos móviles estaban intervenidos por defecto. Es más, el término «intervenido», aplicado a tales aparatos, resultaba redundante y anticuado. Siempre en aras de la seguridad y al amparo de un espíritu de protección paternalista ejercida por el poder establecido. En realidad, nada había resultado más sencillo que plantar en el corazón de las personas la semilla del miedo, quebrantando de ese modo su voluntad y haciéndoles consentir, casi implorar, cada una de las medidas de *seguridad* que el Nuevo Régimen llevó a cabo.

Otro de los argumentos que esgrimió el recién instaurado poder para aplicar algunos ajustes y recortes fue el recurso a la creciente escasez de bienes básicos como agua potable o arroz. Por otra parte, el control de la natalidad se incrementó de manera notable, promoviéndose mediante ayudas, premios y subvenciones a las parejas con uno o ningún hijo. Algunos todavía recordaban cómo se habían sorprendido al escuchar que esas cosas sucedían en China, antes de la llegada de la flamante élite.

El nuevo régimen no había adoptado una estética de corte nazi como la que solían ofrecer los relatos distópicos del pasado. No había uniformes en el nuevo mundo, ni banderas ni insignias ni colas de seres humanos esclavizados y harapientos esperando su cuenco de comida. Al contrario, los miembros del club de los dirigentes seguía vistiendo a su manera, disfrutando de yates y fiestas. Poniendo precio, casi sin pudor, a las mujeres. Porque, en definitiva, las razones de la dominación seguían siendo las mismas que antaño: el sexo (el único y

verdadero *casus belli*.) Dinero y poder como máximo atractivo. Un deseo ilimitado de carne joven cada vez menos disimulado. ¿Significaba esto que no había mujeres en los círculos de poder? Las había, pero seguían esforzándose por adaptarse a un mundo hecho por y para hombres; sufriendo los estragos de la edad y castigando sus cuerpos a base de ejercicio, dieta, cosmética y cirugía. Si algo había dejado claro el nuevo régimen era que las mujeres tenían fecha de caducidad. Mientras ellos se afanaban en la caza de carne fresca, ellas trataban de prolongar al máximo su periodo de validez. Las relaciones entre ambos sexos se habían convertido en algo obsceno, desnaturalizado, pornográfico. Ciertamente, las cosas no habían cambiado demasiado.

Quienes pensaron que la grave crisis económica que tuvo lugar a principios del siglo XXI no había sido sino una operación calculada y orquestada a la perfección estaban en lo cierto. El objetivo no había sido otro aparte de allanar el terreno para la instauración de un nuevo orden mundial. En un primer movimiento se destruyó la denominada clase media. Después se reprimieron las revueltas violentas que tuvieron lugar alrededor de 2020. Para ello los nuevos dirigentes, que por entonces todavía no lo eran de un modo explícito, recurrieron al uso regular de drones y todo un arsenal desconocido hasta entonces que incluía armas sónicas, procedimientos de control mental, productos químicos alucinógenos dispersados a través del aire, etc. Fenómenos que antaño cayesen dentro de la teoría conspiración, como las *chem trails* o *the hum*, pronto se explicaron desde la perspectiva de esa batalla aséptica que se estaba librando.

Por último, en un brillante jaque mate, la clase política fue desestimada, tildada de traidora y causante de la situación que se había generado y, en consecuencia, suprimida por el bien de la ciudadanía. En su lugar, se instauró un nuevo gobierno global de carácter tecnocrático, y supuestamente provisional, que pretendía mantener el equilibrio y devolver a la población su bienestar. Las elecciones se suspendieron en todo el planeta. El riesgo de una Tercera Guerra Mundial, decían, era muy elevado y sus consecuencias mucho más devastadoras que las de las anteriores. Existía una muy alta probabilidad de que el mundo pudiera ser destruido de la noche a la mañana por el propio ser humano.

Desde la llegada de los nuevos mandatarios, y en un plazo de

menos de cinco años, la violencia descendió a niveles ignorados por los hombres y mujeres. La banca comenzó a conceder préstamos y la economía reflotó. En líneas generales, podría decirse que la calidad de vida aumento en muchos grados. Y, en efecto, la mayor parte de la población tenía la sensación de que se estaba accediendo a una nueva era más pacífica, justa y humana.

Los mendigos desaparecieron de las calles. Proliferaron escuelas y hospitales públicos. No era preciso conducir los coches, ellos lo hacían de manera automática. Se legalizó y reguló el consumo de drogas y el narcotráfico se erradicó por completo. Los niños volvieron a poder jugar en las calles, dado que la seguridad era máxima.

No fueron pocos los que comenzaron a pensar que el mundo se había convertido en una nueva Arcadia y dejaron de preocuparse por eso que, en otra época, se considerase luchar por la libertad.

No tardarían en darse cuenta de lo equivocados que estaban.

3

La visita a Kiyoshi Yamamoto. Parte I

Resolver el problema de Rupert Dubois no le había llevado más de dos llamadas. Su intuición no le había fallado, no se había equivocado: cualquier cosa resultaba sencilla cuando se conocía a las personas adecuadas.

Habían pasado seis meses desde su separación cuando Albatros tomó la decisión de viajar a Japón. Durante ese tiempo había leído decenas de textos relacionados con el *budo*. El *Hagakure*, *El libro de los cinco anillos* y *El arte de la guerra* se convirtieron en sus libros de cabecera. A pesar de que su formación en el arte de la esgrima era eminentemente europea, se hallaba abierto a otro tipo de enfoques. Atribuía al *bushidō* una dimensión moral superior a la que poseía la disciplina del sable en Occidente. De ésta se quedaba con el concepto de honor y caballerosidad y el control del cuerpo y de la mente que exigía su práctica.

Su dominio de la espada le habría posibilitado participar en los Juegos Olímpicos, mas Albatros prefería desarrollarlo lejos de los circuitos oficiales y reglados. Aplicaba su conocimiento acerca de los vectores y el cálculo de probabilidades al ejercicio de la esgrima. Esto le convertía en un luchador que no pocos tildaban de «vidente», cuando lo cierto era que su efectividad nada tenía que ver con oscuras y esotéricas prácticas. Sólo matemáticas, física y una capacidad de observación largamente entrenada. Albatros era capaz de anticiparse prácticamente a cualquier movimiento de su oponente. Examinaba su lenguaje corporal, sus debilidades —aquellas que obligarían al contrincante a tratar de equilibrarlas mediante determinados pasos— y predecía así la fuerza y el movimiento de cada embestida.

Perdió su último combate a los quince años a manos de su

profesor. Después de aquello, se convirtió en un espadachín invencible.

La mañana del viaje, Albatros se dispuso a ordenar su maleta. Como de costumbre, viajaría ligero de equipaje: tres pares de pantalones, tres camisas, tres camisetas, una chaqueta fina multiusos, ropa interior, otro juego de zapatos y una *Tablet* rebosante de libros y revistas. Entre ellas se encontraba un ejemplar de la *Journal of the Royal Statistical Society* que contenía un interesante artículo sobre el *Teorema del mono infinito*. Consideró que su anfitrión apreciaría una caja de *macarons* artesanales sabor pistacho como complemento ideal de los casi tres millones de yenes que le costarían las lecciones de Kiyoshi Yamamoto (a Japón se le había permitido preservar su moneda además del *omnicron*).

Se alojaría durante un mes en una pequeña cabaña de un bosque de Kioto, donde tan sólo contaría con la compañía de su maestro, un japonés que, a pesar de tener setenta años —según le habían informado—, daba la impresión de sobrepasar ampliamente los noventa. Alguien le recogería en el Aeropuerto Internacional de Osaka y le conduciría hasta la casa de Yamamoto. A partir de ahí, maestro y discípulo permanecerían casi en silencio. Algo, por lo demás, bastante comprensible si se tenía en cuenta que el anciano no hablaba otro idioma aparte del japonés y que el nivel de Albatros no le permitía mantener una conversación fluida en dicho idioma. A la postre, éste advertiría que de poco le habría servido un dominio mayor de la lengua y tuvo ocasión de comprobar que el apodo de Yamamoto, «el silencioso», estaba más que justificado. Situación del todo favorable para un tipo que de un tiempo a esta parte agotaba el noventa por ciento de su uso de la palabra en las clases que impartía. Y, hablando de clases, Albatros había preparado su viaje para agosto, para que coincidiera con las vacaciones de verano. De este modo, no tendría que dar demasiadas explicaciones en la Universidad ni a sus alumnos de esgrima. Supuso, por lo demás, que éstos estarían todo el verano ocupados fotografiándose en sus yates y colgando las fotos en las redes sociales.

Se armó de valor y paciencia en el aeropuerto. El viaje era largo y ni siquiera bajo los efectos de sedantes era capaz de conciliar el sueño en un avión. Ni en un avión ni en ningún otro tipo de transporte. De hecho, tenía serios problemas para dormir en su propia cama y rara era

la noche en que lo hacía durante más de tres horas seguidas. Doce horas de vuelo, una auténtica pesadilla para Albatros.

Supuso un gran alivio para el espadachín que le correspondiera un asiento pegado a la ventanilla. Le encantaba ver las nubes y el cielo y los *orbes* que se producían al impactar los rayos del sol contra el diminuto cristal. Le relajaba estar en una especie de tierra de nadie donde las probabilidades de que algo saliera mal se limitaban a un fallo mecánico en el avión o un atentado terrorista. Es decir, dos opciones estadísticamente improbables.

Se colocó los diminutos nanoauriculares y reprodujo el «*Long Live Rock`n´ Roll*» de *Rainbow*, su grupo preferido.

Pidió champán durante el vuelo, mucho champán, aunque dosificado de manera científica. Así lograría permanecer aturdido durante el viaje sin llegar a experimentar los desagradables efectos de la borrachera. Y luego había gente que se preguntaba para qué servían las matemáticas…

A su llegada a Japón experimentó el impacto de la intensa humedad en el ambiente. Hacía bastante calor, algo que no consiguió que él se quitase la chaqueta. No pensaba consentir que nadie le recogiera mientras estaba en mangas de camisa. No suponía algo que hubiese preocupado al muchacho que le esperaba en el aeropuerto, el cual vestía ropas modestas, un tanto rurales, y no pasaba de los dieciséis años. Hablaba un inglés deficiente, pero que le permitía comunicarse con el recién llegado.

—¿Tiene usted hambre?

Lo cierto era que el recién llegado deseaba que un ciudadano japonés le llevase a un establecimiento de verdad, de esos que no solían figurar en las guías turísticas. Había aprendido que la mejor comida no siempre se encuentra en los establecimientos más caros.

—¿Conoces algún lugar que sea de tu confianza? —trató de responder con mejor intención que resultados. No obstante, su cicerone comprendió lo que quería decirle.

El muchacho dijo que no era de allí, pero que conocía un par de sitios cerca donde hacían un sushi bastante aceptable. Algo que alegró a Albatros sobremanera. El sushi era uno de sus platos predilectos y resultó que aquel sushi estaba delicioso. El chaval había acertado de pleno. Albatros supuso que no era la primera vez que recogía a un

extranjero con ganas de aprender los secretos del maestro *silencioso*.

Después de comer tomaron un tren, el expreso Haruka, hasta Kioto. Allí cogerían un destartalado taxi que les llevaría hasta la casa de Kiyoshi Yamamoto.

El taxista resultó ser un hombre joven, ataviado al más puro estilo del último Bruce Lee. Llevaba una camisa ligera de seda falsa abierta hasta un botón por encima del ombligo y un colgante fino de algo parecido al oro. Lucía unas gafas de sol grandes, anticuadas y no hablaba demasiado. Parecía estar alerta, como si estuviese llevando a cabo una acción peligrosa e ilegal. Mascaba con parsimonia un chicle imaginario. A Albatros se le figuró que era uno de esos personajes que aparecen en las películas de la *yakuza* haciendo bulto; esos tan dispuestos como accesorios; esos que suelen caer los primeros y a los que nadie echa en falta. Esos que nunca aparecen en los créditos finales. El taxista metió con desgana la maleta de Albatros en el maletero. Éste se acomodó como pudo en el interior de un vehículo cuya higiene dejaba mucho que desear. Gracias a una aplicación de su teléfono móvil descubrió el título y el nombre de la banda que estaba sonando por el oxidado altavoz del coche. Su intención era no volver a escucharla jamás y huir de cualquier sitio donde la estuvieran pinchando. Se trataba del «*Act One*» de *Moonchild*, una de las numerosas formaciones del saxofonista John Zorn que, irónicamente, no interpretaba nada en esa pieza. Más de catorce minutos de *Hardcore* atronador que fulminaron los tímpanos del matemático. Se sintió aliviado al bajar del taxi una media hora después.

El coche les dejó en medio de una carretera de barro que cruzaba un espeso bosque de bambú.

—Tendremos que caminar un buen rato —le dijo el muchacho como pudo.

Albatros sonrío al constatar lo acertado de su costumbre de viajar con poco peso. Veinticinco minutos después, los dos hombres llegaban a la casa del anciano. Reinaba una serenidad que Albatros no recordaba haber experimentado en ninguna otra parte. No había ningún rastro acústico de la civilización. Miró su móvil situado en la muñeca izquierda y comprobó si tenía cobertura. Para su sorpresa, así era. Cobertura y conexión a Internet. Japoneses y tecnología, un tópico más que justificado. Aunque, bien pensado, hacía tiempo que la falta de cobertura era algo del pasado. Albatros tan sólo lo había

comprobado movido por un impulso condicionado por las viejas costumbres, del todo fuera de lugar en la actualidad.

Yamamoto salió a recibirles. Albatros se había imaginado que no lo haría, haciendo gala de una actitud propia de los maestros zen según los textos clásicos. Por fortuna, no todos los estereotipos eran ciertos. Kiyoshi no sólo no llevaba kimono sino que, además, exhibía un móvil de brazalete de última generación en la muñeca. Estrechó con firmeza la mano de Albatros y le dedicó una sonrisa franca. Echó un vistazo rápido a su móvil y a su invitado. Supo al instante que había llamado su atención, seguramente por ser algo que no cabía en el cliché. Lo guardó sin añadir nada más, metiéndose la mano en el bolsillo de su pantalón —desgastado y remangado por encima de los tobillos—. Albatros dedujo que había estado realizando labores de jardinería o agricultura, a juzgar por las manchas de hierba y tierra que tenía en los antebrazos y en algunas partes de la ropa. Kiyoshi Yamamoto les invitó a entrar con el brazo derecho.

Se trataba de una pequeña casa tradicional, con tres habitaciones separadas por biombos móviles muy sencillos. No había muchos artículos decorativos y los muebles también escaseaban. El maestro puso una tetera sobre unas brasas que había en un rincón. Animó a los otros dos a que se sentasen sobre una esterilla que había en el suelo. Albatros aprovechó la ocasión para sacar de la maleta los *macarons* y se los ofreció a su anfitrión, quien los examinó con atentación, olió la caja, probó uno y con gran satisfacción les ofreció al resto. Los dulces duraron menos que el vuelo París-Japón. De hecho, ni siquiera llegaron al instante en que la tetera comenzó a chillar.

Una vez hubieron dado también cuenta del té, Hiromu, el guía, se despidió de un modo cortés y desapareció. Yamamoto y Albatros permanecieron sentados frente a frente. El japonés sonreía, pero sin la condescendencia ni la impostura de los maestros de acuerdo a las representaciones populares. No, lo hacía movido por la alegría y la curiosidad que le suscitaba la presencia de un visitante europeo. No era el primero que recibía, ni mucho menos, pero siempre era motivo de celebración para él. Albatros examinó las facciones del anciano: bajito, delgado, muy delgado, pulcramente afeitado y con un corte de pelo a cepillo, tradicional y un tanto marcial. A pesar de su edad, mantenía una gran masa capilar y las canas no se habían adueñado por completo de su cabeza. Su rostro estaba surcado de arrugas. Daba

más la impresión de ser un campesino que alguien entregado a las artes del sable. No obstante, Albatros sabía perfectamente que no debía dejarse engañar por las apariencias. Quien le había recomendado acudir a él sabía lo que decía. Era un contrabandista de *katanas* con un amplio conocimiento de su negocio. Si él decía «ve a ver a Kiyoshi Yamamoto», había que hacerlo.

Asimismo, el anciano aprovechó la ocasión para radiografiar a su invitado. Se había fijado en cómo cogía la taza, cómo se sentaba, en la posición de su espalda, en las proporciones de sus extremidades y en mil cosas. Albatros se hizo cargo.

Finalmente, Yamamoto se puso en pie y se dirigió a otra sala. Regresó con un par de *bokken*, los tradicionales sables de madera, y arrojó uno a Albatros, quien lo cogió al vuelo. Sin decir ni media palabra salió fuera y Albatros le siguió. Kiyoshi presentó el arma y Albatros le secundó. El japonés no quitaba los ojos de los del europeo. Lanzó un primer ataque y Albatros lo detuvo sin la menor dificultad. Kiyoshi sonrió. El segundo envite fue dirigido al muslo de Albatros, seguido de un tercer asalto con la espinilla por objetivo. Ambos fueron neutralizados por el matemático. Con un rápido movimiento, Yamamoto cambió de eje y se situó a la espalda de su contrincante. Albatros ajustó su posición para recibir un golpe que amenazaba con partirle en dos desde la cabeza a los pies. Con un *timing* perfecto paró el golpe, tras lo cual el japonés bajó el arma y se dirigió de nuevo a la casa. Tenía muy claro que Albatros no necesitaba clases de esgrima.

4

Cinco figuras embutidas en trajes entallados de negro riguroso y encapuchadas arribaron a las inmediaciones de la sede parisina del *Global Bank*, el banco que había sido puesto en funcionamiento por el Régimen al principio de su mandato. Se movían con precisión y gran agilidad al amparo de la noche. Portaban pequeñas mochilas deportivas de color negro adheridas a la espalda. Su actuación daba la impresión de estar perfectamente coreografiada. A la estética ninja se le sumaba una evidente puesta en práctica de las técnicas procedentes del *parkour*.

No parecía haber vigilancia humana en esa parte del banco y en ese momento, lo que no significaba que el perímetro no estuviese controlado al cien por cien. El Régimen lo observaba todo desde el cielo. Literalmente. Los satélites de última generación registraban cualquier movimiento, por pequeño que pudiera ser, en cualquier parte del mundo y a tiempo real. Cualquier acto vandálico estaba condenado a ser reprimido de manera casi inmediata, lo que había provocado que las manifestaciones y revueltas fueran inexistentes en la práctica. Las pocas que se daban eran reprimidas con brutalidad y ocultadas. Nunca trascendían a la opinión pública.

Una de las figuras extrajo una especie de tirachinas y disparó un pequeño proyectil a una de las cámaras de seguridad del edificio. Mientras tanto, otra de ellas sacó de la mochila un *stencil* y la pegó a la pared al tiempo que una tercera procedía a aplicar un *spray* a la plantilla. Las dos restantes vigilaban a una distancia prudencial. Al terminar la operación, uno de los vigilantes disparó una instantánea con una cámara de fotos analógica de fabricación casera.

Menos de treinta segundos después, y a pesar de no haber sonado ninguna alarma, diez agentes de seguridad y dos coches de policía irrumpían a toda velocidad en el escenario. Ya no había ni rastro de los vándalos. Sólo un mensaje chorreante en tinta negra. Los agentes se

miraron perplejos al advertir el contenido del mismo. Un texto, con el mismo formato, que se dejaría ver en distintos puntos de la ciudad antes de que los operarios eliminasen todo resto:

AHORA NOS TOCA A NOSOTRAS

5

La visita a Kiyoshi Yamamoto. Parte II

Durante las dos semanas siguientes no volvieron a tocar ningún sable. Madrugaban e iban a examinar el pequeño huerto de Yamamoto. De vez en cuando, éste arrojaba alguna herramienta de jardinería. Albatros siempre la interceptaba. La diferencia entre la estatura de los dos era notable y el japonés tendía a disparar bajo, obligando a Albatros a agacharse. Suele suponerse que, en un combate, el más alto lleva ventaja, cuando no es así. Trabajar con el tren inferior resulta agotador y otorga una gran ventaja al contrincante más bajo. Kiyoshi trataba de romper la confianza que Albatros tenía en su aparente superioridad física a fin de demostrarle que ningún oponente debía ser considerado inofensivo *a priori*. Al mismo tiempo le obligaba a fortalecer las piernas. Sabía que el europeo era un hombre fuerte (lo había comprobado a través del apretón de manos) y que hacía deporte con regularidad (saltaba a la vista), pero sus piernas necesitaban más ejercicio. Por esta razón lo hacía trabajar a ras del suelo.

Otro de los aspectos que el japonés trabajó con Albatros fue la espontaneidad. Le quedaba claro que el matemático se guiaba por complejos cálculos, lo que hacía de él un luchador predecible. Sólo bastaría que diese con un contrincante que le superase en capacidad mental. Pasaban largas horas jugando al *go*. Puede que Albatros no perdiese un combate con Kiyoshi, pero no ganaba una partida sobre el tablero. Yamamoto sonreía sin cesar. Por mucho que exprimiese su cerebro, el japonés siempre iba por delante.

Daban largas caminatas por el bosque, siempre en silencio. Kiyoshi recogía hierbas y frutos o se detenía en mitad de los bambúes y respiraba profundamente. Por aquel entonces, Albatros ya había

prescindido de la chaqueta y olvidado los seiscientos *omnicrons* que acababa de tirar a la basura. Era lo que costaban sus zapatos, ahora embarrados y maltratados.

El matemático se sintió maravillado cuando la lluvia les sorprendió en uno de sus paseos. El agua filtrándose por el bambú, la olor de la tierra mojada. Era mágico. Fue tras ese regalo imprevisible cuando, por primera y última vez, Albatros derrotó a su maestro en una partida de *go*. No hubo más. Kiyoshi lo celebró poniendo agua a hervir en la tetera y sirviendo unos *mochi* caseros.

Si Yamamoto tenía o había tenido alguna vez mujer e hijos era un gran misterio para Albatros. No había fotos ni restos de familia alrededor. Además, el japonés cocinaba de maravilla, lo que le invitaba a pensar que siempre había vivido solo. A él también le gustaba cocinar y, sin duda, había mejorado bastante estos últimos meses por razones obvias. Pudo advertir que Kiyoshi era vegetariano. Al menos no incluía carne en los platos que cocinaba, salvo un poco de pescado en algunas piezas de sushi, las cuales no probaba. Le habría gustado preguntárselo, pero no sabía cómo. Por lo demás, desconocía dónde compraba las cosas, si es que lo hacía, ni para qué necesitaba las grandes cantidades de dinero que pedía por sus servicios.

Sin un discurso de por medio, Albatros iba descubriendo algo que ya intuía: que el mayor enemigo y el peor oponente es siempre uno mismo. Aquel que se domina a sí mismo, domina al resto. Algo en principio obvio que, no obstante, tiende a ser pasado por alto.

Una de las lecciones más extrañas que Kiyoshi le ofreció fue una especie de forcejeo sin armas. Hallándose en mitad del huerto, ambos con las rodillas clavadas en el suelo, el japonés agarró ambas muñecas de Albatros y trató de hacerle morder el polvo. Al principio, el matemático no tuvo muy claro de qué se trataba aquello y qué debía hacer. Un instante después lo había comprendido a la perfección. Kiyoshi trataba de demostrarle que al espadachín verdadero no le hacía falta un sable, que su cuerpo entero era el arma. Kiyoshi Yamamoto no empleaba la fuerza. Su cintura escapular estaba relajada por completo, sin tensión. El japonés no sólo era un maestro en el arte del sable, sino también un avanzado practicante del *aikido*. Con un rápido desplazamiento, se situó detrás de Albatros y ejecutó un perfecto *irimi nage*. Albatros detuvo la caída justo unos centímetros antes de que su rostro impactase contra el suelo mojado. En el fondo,

tuvo claro que había sido Yamamoto quien había impedido el fatal desenlace. El maestro dio unas palmaditas en el hombro de Albatros y siguió escarbando en la tierra como si nada.

Pensaba en las enseñanzas de Kiyoshi una noche en que una suave lluvia fina danzaba con las cañas de bambú mientras él ayudaba al maestro a preparar la cena. El japonés se esmeraba en el corte, aplicando la presión justa en el lugar adecuado. Confiaba en que Albatros estuviera prestando atención. Y así era. A esas alturas, ya había advertido que cada movimiento del maestro encerraba una enseñanza y un significado. A pesar de la austeridad que imperaba en la casa, los cuchillos que Yamamoto utilizaba para cocinar costaban una verdadera fortuna.

Para ofrecer otra de sus curiosas lecciones, Yamamoto palmeaba el tronco del árbol. Después, se alejaba, cogía un guijarro y lo lanzaba con precisión al lugar que había señalado. Poco a poco fue añadiendo cañas de bambú entre el objetivo y él. El guijarro se desplazaba entre ellas hasta alcanzar el tronco. En ocasiones rasgaba alguna caña, pero, invariablemente, alcanzaba su meta. La enseñanza estaba clara: nada debía desviarnos de nuestro objetivo. Aplicado a la esgrima, la única vía admisible era recorrer el espacio entre uno mismo y el oponente, sin titubeos ni retrocesos. Sólo un caminar con contundencia hasta el objetivo, y si algo se interpusiera debería ser neutralizado sin miramientos. Poco importaba que se tratase de un muro, una puerta o una defensa formada por varios luchadores. Ojo puesto en el objetivo y paso firme y decidido. No quedaba otra opción.

La conclusión del entrenamiento de Yamamoto era evidente a la postre: la mente debía usarse hasta cierto punto. Después sólo quedaba actuar sin pensarlo demasiado, *en el lapso de siete soplos*, como sugería el *Hagakure*. De lo contrario, si alguien dudase mucho, se quedaría *dormido*; se enredaría en pensamientos y cálculos que le desviarían del objetivo o le impedirían actuar con la determinación y rapidez necesarias. El adiestramiento del instinto se convertía, pues, es algo imprescindible.

El método del japonés era muy sencillo, pero tan personalizado que para alcanzar el grado de Kiyoshi eran necesarios largos años de disciplina y dedicación. Los tres pilares de su estilo eran: observación (lo que exigía un preciso conocimiento del lenguaje corporal y de la psique humana), la limitación del empleo de la mente y la decisión.

Albatros imaginaba que, para otros discípulos, sería importante una fase de perfeccionamiento de la técnica. En su caso, el maestro no lo había estimado oportuno. La grandeza del sistema de Yamamoto es que daba a cada cual lo que necesitaba. No había un patrón estándar para todos. Él examinaba al recién llegado, lo tanteaba un poco y detectaba sus puntos débiles sobre los cuales iría trabajando.

Albatros nunca llegó a ver ninguna de las *katanas* del japonés, a pesar de que sabía que poseía varias. Su amigo el contrabandista se lo había confirmado. Supuso que las guardaba en su habitación, sala a la que no llegó a acceder.

Cuando Kiyoshi Yamamoto se retiraba a dormir, Albatros se quedaba leyendo, pensando o, en alguna ocasión, paseando por el bosque. El espectáculo resultaba sobrecogedor. La luz de la luna se reflejaba en las cañas, proyectando brillos y sombras hipnóticas. Durante sus vagabundeos nocturnos, Albatros asimilaba las enseñanzas de su maestro. Sentía que *su* inversión estaba más que justificada. En realidad, el viaje y todo lo demás había sido financiado por el padre de un adolescente al que daba clases y que deseaba ampliar sus conocimientos a partir de las técnicas niponas. Ni el padre consentía que el chaval se desplazase a una cabaña perdida en un bosque de Kioto ni, presumiblemente, Yamamoto se habría prestado a acogerle. Albatros sonrió al constatar que, en última instancia, nadie elegía a Kiyoshi Yamamoto, sino que era él quien, de un modo inexplicable, *llamaba* a uno.

Aquella noche, Albatros había salido a pasear.

Cada rincón del bosque, de la casa del maestro, los objetos que éste poseía y las maneras de las que hacía gala, todo se hallaba impregnado de un cierto espíritu zen —al menos tal y como un occidental lo percibía—. Seguramente, el japonés se habría muerto de risa de haber sabido qué pensaba Albatros. Quizá ese mismo espíritu fuera el que llevase a Albatros a recordar un episodio menor de su infancia. Tal vez sólo fuera la sensación que provocaba el bosque en él a esas horas. A la mente del matemático acudió el momento en que se perdió en un supermercado. No pasaría de los seis años, ni estuvo desorientado más de diez minutos. Fue su padre quien le encontró caminado por un pasillo, con los ojos llorosos. No le regañó. Tan sólo lo cogió en brazos, le dio un beso y le compró una chuchería que le encantaba.

Poco después, sería su propio padre quien desaparecería para no regresar jamás. Simplemente dejó un paquete con su nombre en una tarjeta. En el interior sólo había un reloj. El mismo que Albatros siempre llevaría en su mano derecha.

Cuando Albatros volvió a la casa encontró a Yamamoto en el exterior. Parecía estar meditando y el europeo no quiso molestarle. El maestro salió de su trance, echó una rápida ojeada a su invitado y le hizo una señal con las manos para que esperase. Entró en la casa para volver con una jarra de *sake* y dos vasos de cerámica muy pequeños. Examinó sin pudor los rasgos de Albatros, como si tratase de adivinar qué pasaba por su cabeza. Cerró los ojos un instante antes de que el móvil del matemático vibrase en su muñeca. Éste miró la pantalla. Se le heló la sangre.

ALBATROS, SOY SOPHIE. LLÁMAME CUANDO PUEDAS. TE NECESITO.

6

El avión surcaba los cielos en dirección París. Mientras tanto, Albatros desgranaba en su mente los detalles de la breve conversación que había mantenido con Sophie Levallois. Ésta no había querido adelantar nada por teléfono. Le había rogado que se viesen en persona. Aseguraba que se trataba de un asunto importante y el matemático no se lo había pensado dos veces.

El joven Hiromu se presentó en casa de Yamamoto en mitad de la noche, un tanto desconcertado. Albatros se disculpó ante su maestro y también ante el muchacho. Tenía que regresar a Francia de manera urgente. A modo de respuesta un tanto críptica Yamamoto apretó con fuerza el antebrazo del matemático. Mirándole fijamente a los ojos, dijo en su idioma: «No des nada por sentado». Hiromu lo tradujo. Éste miró al japonés como queriendo asimilar el significado. Con gran rapidez, cogió la maleta. Se despidió con un apretón de manos y una discreta genuflexión. Salió corriendo seguido de Hiromu.

El chaval le acompañó hasta la misma carretera arenosa donde el taxi le dejó a su llegada. El mismo taxista le estaba esperando entonces. No llevaba gafas de sol. El eco del «*Bellringer Blues*» de *Grinderman* rompía la armonía existente entre las estrellas, el bosque y el silencio.

—¿Podrías pedirle a este señor que quite la música?

Hiromu así lo hizo. El taxista dedicó al europeo una mirada cargada de desprecio, mas, al ver su gesto, apagó el reproductor sin decir una palabra.

Antes de bajarse del vehículo, extrajo unos billetes de su cartera y se los ofreció al muchacho. No recordaba cuánto tiempo debían llevar allí dentro. Hiromu los rechazó con las manos y el matemático insistió. El joven nipón no los aceptó de ninguna manera.

—Si alguna vez vas a París, avísame. Te debo una.

Un brillo de esperanza se dibujó en el rostro de Albatros al saber que un avión con destino a París saldría en dos horas y media. No obstante, este hecho no suavizaba la atrocidad que suponía tener que viajar doce horas con la incertidumbre metida en los huesos. ¿Qué necesitaba Sophie?

Recordaba a la perfección cómo la conoció. No fue a propósito de un asunto agradable, pero supuso su bautismo como *facilitador* de primera división. Sophie Levallois era hija de un acaudalado empresario a cuyo hijo, el hermano de la joven, Albatros trataba de inculcar sin demasiado éxito el arte de la esgrima. A ella no la había visto nunca hasta que una tarde el padre, al borde del llanto, le mostró una fotografía suya. La chica, que tenía en ese momento diecisiete años, había sido secuestrada. Nadie había pedido un rescate, lo cual incrementaba las sospechas de la familia de que el móvil presentaba una naturaleza de carácter sexual o turbio. Así fue. Cuatro días después, la chica regresó a casa con signos evidentes de haber sido sometida a maltratos y violada con posterioridad. No era capaz de decir dónde había estado ni quién la había forzado. Había logrado escapar en estado de *shock* y sin poder recordar nada en absoluto. Albatros puso el asunto en manos de su viejo amigo Edouard Delorme, detective poco ortodoxo, y pocos días después, por mucho que los medios oficiales tratasen de ocultarlo, se filtró la noticia, rumor según otros, del asesinato de Benoît Magné, propietario de una de las grandes multinacionales francesas. Nadie estableció una relación entre ambos acontecimientos.

La desaparición, violación y asesinato de chicas jóvenes era un tema que corría de boca en boca. Los noticiarios que habían sustituido a la vieja prensa, desaparecida años atrás, se esforzaban para que dicha información no saliera a la luz. Mas se trataba de un hecho bien conocido por todos. Las sospechas recaían invariablemente en miembros destacados de la alta sociedad. A nadie le sorprendía demasiado, pues en un mundo donde el capitalismo extremo dominaba todas las esferas de la vida no era de extrañar que incluso los seres humanos tuvieran un precio y fuesen tratados como mera mercancía. Una sociedad ávida de novedades constantes y unos individuos que poseían más de lo que podían imaginar se deslizaban sin freno por una espiral de depravación y deshumanización sin límites.

Sophie era una chica preciosa y delicada a los diecisiete. Albatros supuso que seguiría siéndolo seis años después.

Pudo comprobarlo unas horas después cuando el avión aterrizó en el Charles de Gaulle. Sophie le estaba esperando. Aunque su aspecto era más maduro, seguía conservando la misma belleza de antaño. Albatros advirtió que su gesto era más duro, más masculino incluso. Vestía vaqueros negros ceñidos, cazadora entallada de cuero, gafas de sol y una camiseta con motivos tomado del mundo del rock. El matemático la abrazó y le dio dos besos. Ésa era su costumbre.

—Cuánto tiempo —le dijo—. Sigues teniendo muy buen aspecto.

—Tú también. Me alegro mucho de verte.

—Me dejaste un poco preocupado.

—¿Cuándo? ¿Hace siete años? ¿Cuando recibiste mi mensaje?

Albatros sonrió con un deje de tristeza.

—Tu mensaje. Y que no pudieras, o quisieras, hablar por teléfono.

—Albatros —dijo ella con lentitud, masticando mentalmente las palabras que quería pronunciar—, ya sabes que hay cosas que resulta más conveniente decirlas en persona.

—¿Conveniente?

Sophie respondió con una mirada falsamente condescendiente y un ligero movimiento de cabeza. Buscaba la complicidad de quien años atrás vengase la atrocidad que habían cometido con ella. O, al menos, eso creía la chica.

En realidad, Albatros no había estado implicado de manera directa en la ejecución del magnate. Tan sólo había organizado parte del entramado logístico, conectando a personas y llevando a cabo un seguimiento exhaustivo de cada fase del proceso. Los detalles escabrosos únicamente los conocía Delorme, a quien jamás le había preguntado al respecto ni nunca lo haría. Tampoco el detective fue el autor material del asesinato, limitándose a transmitir a las personas adecuadas el deseo de venganza de su contratante. Venganza que sería, y fue, generosamente agradecida.

La operación había implicado a científicos, informáticos, al propio Delorme y, finalmente, a cuatro «sicarios». No había resultado nada fácil acceder a Magné, pero el *incidente* se había resuelto en un tiempo récord. Todos los participantes tenían presente que, tarde o temprano, aquel acto tendría consecuencias, que la bomba acabaría detonando. Lo que no sabían era que habían destapado la punta de un iceberg que

muy pronto se dejaría ver en toda su magnificencia.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó ella.

—No me vendría mal.

Subieron al coche de Sophie y se dirigieron al centro de París.

—Bien, cuéntame qué tal te va la vida. ¿Dónde vives ahora?

Albatros advertía cierta artificialidad en sus palabras. No se fustigó por ello. Hacía siete años que no se veían. Justo el tiempo necesario para que casi una niña se transformase en una mujer. Con su padre sí había coincidido en varias ocasiones después de aquello, pero no con ella. *Papá* Levallois seguía estándole muy agradecido por su ayuda, a pesar de que jamás dijese una palabra más al respecto.

—Me mudé a un apartamento más pequeño que la mansión de mis padres. Ya sabes, allí nunca encontraba nada…

—Te entiendo —dijo Albatros sin saber muy bien por qué—. Intuyo que haces deporte.

—He sustituido el ballet por las artes marciales —contestó ella sin prestar atención al intento de cambio de tema sugerido por el matemático—. ¿Y qué tal tú? Alguien me dijo que te habías divorciado.

—Sí. Julia prefirió a un escritor antes que a este loco de los números.

—¿En serio? Pensaba que a nadie le interesaban ya ni los escritores ni los libros.

Albatros asintió en silencio y miró por la ventanilla del coche. En el fondo, no sabía muy bien qué decir. Sophie y él eran dos perfectos desconocidos que se encontraban jugando a los viejos amigos.

—Sophie… no pretendo ser brusco, pero ¿por qué me llamaste a mí? Estoy convencido de que en todo este tiempo habrás conocido a muchas personas con las que puedas contar para… —Dudó—. A fin de cuentas no nos conocemos tanto.

—Perdona. He debido ser más explícita. —Hizo una pausa—. Eres la persona que necesito en estos momentos. —Albatros giró la cabeza hacia ella. No ocultó su sorpresa al escuchar esa respuesta—. Unas cuantas amigas desean aprender el noble arte de la esgrima y tú eres el mejor.

Albatros se ajustó las gafas de sol.

—¿Cómo están tus padres? —El matemático carraspeó al terminar la pregunta.

—Forrados.

Había algo duro en el rostro de Sophie.

—¿Y tu hermano?

—Sigue el camino de mis padres. Hace tiempo que no le veo.

—Mira, Sophie, estoy un poco liado. Tengo que preparar un montón de clases de cara al curso que empieza y no quisiera que quedases mal con tus amigas. En serio, ¿un puñado de chicas interesadas en la esgrima? Veo que algunas cosas sí que han cambiado…

—Más de las que imaginas.

El cansancio acumulado se apoderó de repente de Albatros. Se quitó las gafas para frotarse ambos ojos con una mano y volvió a colocárselas.

—Esgrima… —repitió para sus adentros—. Dios, necesito un café.

—¿Qué tal tu viaje a Japón?

—Es un lugar enigmático.

El silencio se hizo presente. Sophie se concentraba en la carretera y Albatros en la extraña situación que se estaba desarrollando. En el fondo, le disgustaba un poco que ella hubiese abusado de una circunstancia poco usual para hacerle regresar antes de lo deseado. Él había interrumpido sus vacaciones antes de tiempo, sin dudarlo un segundo y sin hacer ni una sola pregunta en memoria del terrible suceso que habían compartido. Ni siquiera había pensado que se trataba de dos desconocidos que apenas habían intercambiado unas palabras corteses a lo largo de su vida. Y ahora ella estaba ahí, adulta y comportándose como una vieja amiga. ¿Clases de esgrima? ¿Era eso tan urgente como para hacerle salir de Japón diez días antes de lo previsto? Chasqueó la lengua pero no dijo nada.

—Tal vez te preguntes a qué tanta prisa, ¿verdad?

—Estoy hecho polvo. No he podido pararme aún ni a pensar —mintió.

—Imagino que tampoco estás al tanto de los nuevos planes de la Coalición. —Así se denominaba popularmente al gobierno tecnocrático que había suplantado a los antiguos regímenes.

—He desconectado estos días. En cualquier caso, ¿qué tiene eso que ver con la esgrima?

—No adelantemos acontecimientos.

Sophie aparcó el coche cerca del apartamento de Albatros. El matemático invitó a Sophie a subir, más por cortesía que porque

tuviese muchas ganas. Se sintió aliviado cuando ella respondió que prefería tomar un café rápido. Albatros cogió la maleta en lugar de dejarla en el vehículo. Era su manera de decir que tampoco tenía intención de permanecer con ella mucho tiempo.

El camarero saludó con la mano a Albatros cuando entraron. Apenas disimuló la ojeada que le echó a la chica.

—Como te iba diciendo, la Coalición ha emitido un comunicado admitiendo que la escasez de algunos productos es ya un hecho. Plantean la necesidad de tomar medidas y llevar acabo algunos ajustes y recortes en lugares puntuales.

Albatros escuchaba con atención, tratando de establecer alguna relación entre dicha circunstancia y una llamada precipitada con la esgrima como telón de fondo.

—Es una pena —dijo con una cierta indiferencia.

—También en determinados círculos comienza a hacerse patente una preocupación por el incremento de las agresiones a mujeres. A mujeres jóvenes —matizó. Su mirada se clavó directamente en los ojos de Albatros. Éste no supo muy bien cómo interpretar sus palabras. No terminaba de ver el nexo entre ambos fenómenos—. Albatros: no somos pocos los que pensamos que debemos aprender a protegernos.

—¿De qué?

La llegada del camarero con dos cafés interrumpió momentáneamente una conversación que se desarrollaba en un confuso zigzag carente de coherencia. Justo el tiempo necesario para que Sophie masticase la respuesta en su mente.

—Muchas de las chicas interesadas en aprender esgrima han sido víctimas de abusos por parte de representantes de la Coalición. Están asustadas.

—¿Y qué opina la policía?

En lugar de soltar una carcajada desencantada, Sophie expulsó el aire por la nariz con gran afectación.

—¿Hay algo que te haga pensar que van a morder la mano que les da de comer?

—Entiendo. ¿Y era absolutamente necesario que viniera de manera tan inmediata? No me malinterpretes, pero, en fin, por desgracia esas cosas van a seguir pasando y no creo que adelantar mi regreso suponga una solución al problema. Ojalá fuera así…

Sophie daba vueltas al café con lentitud. Parecía estar

debatiéndose entre diversas respuestas a la cuestión planteada por Albatros.

—Hay algo más. —Albatros se repantigó en la silla—. Corre el rumor de que algunos documentos clasificados se han filtrado. En ellos se mencionan algunas de las medidas reales y no meramente cosméticas que la Coalición planea ejecutar.

—¿No decías que la literatura ya no estaba de moda? —El intento de Albatros de resultar ingenioso no surtió efecto—. Mira, Sophie, la gente vive bien ahora. Es obvio que algunas de las decisiones que tomaron las generaciones anteriores a la nuestra no fueron las más acertadas. El planeta está agotado. Pero dar pie a…

—¿Llegaste a votar alguna vez?

—Esto… No. Las últimas elecciones tuvieron lugar antes de que yo fuera mayor de edad. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Y no te parece que la libertad es un valor a preservar?

—Por supuesto. ¿Sabes? Yo me siento libre. Lamento mucho lo que ha sucedido a algunas de tus amigas, pero sigo sin comprender la urgencia de tu llamada.

El matemático dirigió una mirada penetrante a la joven, buscando su complicidad, intentando decirle sin palabras que también sentía mucho lo que le había pasado a ella años atrás.

—Dime que aceptarás mi propuesta.

—Sophie…

—Después de todo, ya has regresado. Te pagaremos lo que nos pidas.

—No se trata de dinero.

—¿Qué te lo impide? Eres maestro de esgrima. Quiero que me acompañes esta noche a un sitio. Allí conocerás a unas personas. Después me dices si quieres o no ayudarme. —Sin duda, la chica era una experta negociadora.

—¿A qué medidas te referías? —Preguntó, volviendo a la cuestión anterior.

—Prefiero que lo comentemos esta noche. ¿Te parece bien que te recoja a las nueve?

—Podemos vernos donde me digas.

—El lugar al que quiero llevarte está un poco retirado.

—¿Tanto que el navegador no podría localizarlo?

—Por desgracia no. —La respuesta de Sophie sonó un tanto

críptica—. Puedes considerarlo un gesto de gratitud y una disculpa por haberte hecho venir de esta manera. Yo pasaré a por a ti.

Sophie se levanto sin dar tiempo a una réplica. Echó un rápido vistazo al vestuario de Albatros y añadió mientras se marchaba:

—¡Te recomiendo que lleves ropa cómoda!

Salió con paso rápido y firme. El camarero hizo un gesto con la cabeza que buscaba la aprobación de otro miembro del género masculino. En efecto, Sophie era una mujer muy atractiva. Pero Albatros no le siguió el juego y se centró en el café, que ya comenzaba a enfriarse. «Esto es de locos», se dijo.

7

La Coalición carecía de sede. Se trataba de un gobierno descentralizado cuyos miembros se reunían en sus propias residencias o en lujosos *resorts*. El noventa por ciento de sus comunicaciones se llevaban a cabo a través de una poderosa e infranqueable *intranet*. Hasta la fecha, ningún *hacker* había sido capaz de acceder a dicho sistema, que no presentaba la menor vulnerabilidad.

Nadie sabía a ciencia cierta quiénes conformaban el gobierno. Sólo conocían a sus representantes y portavoces. ¿Cuántos eran en total? ¿De qué nacionalidades? La Coalición era una formación absolutamente hermética.

El detallado estudio del contenido de mensajes privados y en las redes sociales permitía a la Coalición tomar el pulso a la opinión pública. Sabían que en breve tendrían que dar la cara, en aras de una supuesta transparencia, para acallar así las críticas y las dudas que salpicaban algunas conversaciones. Demasiadas, según el algoritmo que calculaba la peligrosidad de cualquier suceso.

Ésta y otras cuestiones se discutieron de manera central en la última reunión de los máximos representantes de la Coalición. Tuvo lugar en Richmond, Virginia. Allí, más de doscientas personas procedentes de diversos lugares del planeta acordaron una estrategia mediática harto arriesgada: anunciar públicamente el nuevo organigrama del gobierno. La agitación de los convocados era palpable. ¿Quién encabezaría esa lista? ¿Quién sería la cara visible de la Coalición? Figurar en la primera posición equivalía a ostentar el cargo de líder mundial de cara a la ciudadanía. Hacía más de quince años que no sucedía algo así.

El propio ego de los *elegidos* haría las veces de moderador de un poder excesivo y focalizado en una sola persona, evitando así desagradables desmanes megalómanos, con la consiguiente instauración de otra dictadura de viejo cuño. La Historia dejaba claro el

patrón y ningún miembro de la Coalición estaba dispuesto a que se repitiese. Entre cócteles, risas y miradas desconfiadas, los presentes se preguntaban quién ostentaría el cargo. Cada uno de ellos tenía en mente su propio candidato: ellos mismos. Pero, siendo realistas, asumían que las opciones se reducían a cuatro personas, *casualmente* las más acaudaladas. El pudor había desaparecido de los planteamientos de la Coalición, sustituyéndose por una visión más funcional, y todos daban por sentado que aquel que había sido capaz de acaparar más capital era también el más indicado para dirigirla.

La danza del cortejo había dado comienzo. Los convocados se movían estratégicamente, tratando de aproximarse a los previsibles aspirantes a líder de la organización. Luc Alamartine, el prestigioso virólogo, lucía un infame polo color rosa palo que no combinaba nada bien con la muchacha de no más de veinte años que le acompañaba en calidad de pareja. Se postulaba como uno de los aspirantes, aunque pocos confiaban en su triunfo. Degustaba unos tomates procedentes de una plantación hidropónica donde se experimentaba con alimentos transgénicos. Él mismo había participado de manera tangencial en las investigaciones que allí se desarrollaban.

—Los «jardineros» han mejorado notablemente las condiciones del suelo artificial. Podemos congratularnos de haber logrado un suelo cien por cien salubre —le comentaba a otro de los invitados.

Por su parte, Kurt Kantor, el industrial alemán, devoraba algo parecido a trozos de langosta en salsa con unos modales propios de un harapiento alejado durante semanas del alimento. Los engullía con los dedos, masticando con la boca abierta y expulsando a cada risotada que daba fragmentos de la papilla en que iba convirtiendo la comida. A los que le rodeaban no parecía molestarles demasiado y le reían las gracias (aunque, en honor a la verdad, nada de lo que dijese tuviera mucha.) Rascaba su prominente barriga mientras el vino hacía que sus mejillas, ya de por sí bastante rosáceas, se encendieran aún más. Su compañera, una ex modelo que conocía muy bien las virtudes de mantener la boca cerrada en las reuniones sociales y de abrirla mucho en la alcoba, sostenía inmóvil una copa que contenía un brebaje rosa fucsia y sonreía sin cesar.

El tercer nombre que se barajaba era el de Hu Wen, presidente del mayor conglomerado multinacional de lo que antes fuese China. Iba acompañado de su esposa, el verdadero cerebro del matrimonio —que

sabía permanecer en la sombra sin renunciar por ello a su cuota de reconocimiento—. Al igual que los otros dos candidatos, se hallaba rodeado de gente. De manera constante, los visitantes se aproximaban a ellos y se despedían, rotando sin cesar. En tiempos revueltos, todo el mundo trataba de forma desesperada de establecer alianzas, jugando las cartas con sabiduría y haciendo una apuesta segura. Nadie quería quedarse sin su trozo de pastel.

Al margen de esta lucha de guante blanco, de esta manifestación descarnada y arribista de simpatía por el sol que más probabilidades tenía de brillar y calentar, el ambiente era relajado: los hombres bebían con mayor laxitud. Las pocas esposas que les acompañaban seguían repitiendo el viejo ritual de asociarse con las de los conocidos y muchas mujeres jóvenes —algunas de las cuales, en principio, acababan de cumplir la mayoría de edad— desfilaban por los salones, alegrando la vista a los que habían optado por asistir sin pareja o que no tenían demasiados reparos en reconocerlo con ésta delante. A nadie se le pasaba por alto que muchas de aquellas muchachas habían sido contratadas expresamente para el evento. Normalmente, la agencia *Arcore* se ocupaba de tales gestiones. Reclutaban modelos sin mucha trayectoria, aspirantes a actrices y bastantes estrellas del cine para adultos, las educaban en protocolo y cultura general y las incluían en su catálogo. Pocas personas se oponían a tales prácticas, convertidas desde hacía mucho en moneda corriente.

Alejado de los focos y sin llamar la atención del resto se movía una figura imponente. Nadie conocía su procedencia ni su árbol genealógico, pero sí que amasaba una fortuna incalculable, procedente de negocios imprecisos. Rozaba los dos metros de estatura y se apreciaba una gran musculatura bajo su traje negro. Debía rondar los cincuenta años, aunque no resultaba sencillo asegurarlo. Lucía un corte de pelo propio de un *marine*, con unas incipientes canas a la vista en la zona de las sienes, y unas mandíbulas angulosas, cuadradas. Iba pulcramente afeitado y sus movimientos eran suaves y confiados. Parecía observar el espectáculo que se desarrollaba a su alrededor con gran atención, pero como si no fuera con él. Asistía al baile de máscaras con una casi imperceptible sonrisa condescendiente en su rostro. Se sabía ganador.

En apariencia, esa masa musculada no se sentía tentada por los placeres de la carne, tal y como daba la impresión de suceder a sus

compañeros. No se rodeaba de mujeres, no bebía alcohol, no devoraba manjares. Era como si su mente sólo tuviera un objetivo y una motivación: el poder.

Aquel hombre con aspecto de guardaespaldas no buscaba aliados. No los necesitaba. Contemplaba al resto de aspirantes a presidente de la Coalición como objetivos a neutralizar a corto plazo. Las purgas suponían un claro eco de un pasado que se resistía a desaparecer por completo.

Dejó bien clara su posición al hacer sonar una copa de *champagne*, del que no probó una sola gota, a fin de realizar un brindis. Todos sin excepción se volvieron hacia él, dispuestos a escuchar con sumo interés.

—¡Señores! —anunció con una amplia y carismática sonrisa—. Presten un poco de atención.

Se hacía llamar John Némesis.

8

Albatros descansaba en el sofá de su apartamento. Bebía un vaso de leche que había comprado en una tienda de veinticuatro horas y observaba con indecisión la pequeña cava que tenía en su salón. No fumaba, pero una o dos veces al año encendía un Cohiba Behike y lo disfrutaba de verdad. Era una mala señal. Significaba que su cerebro no lograba trabajar a su ritmo normal. La música exótica contribuía a relajarle. Razón por la cual, cuando se hallaba en dificultades para mantener la concentración, escuchaba piezas ejecutadas con instrumentos como las ondas Martenot. Sentía una predilección por el «*4º Feuillet Inédit*» de Olivier Messiaen interpretado por Thomas Bloch. Con idéntica fruición se entregaba a los sonidos del Theremin, el kantele, el koto, el shamisen, el shakuhachi y, en ocasiones, incluso el taiko. Sostenía que la vibración que producían tales sonidos resonaba con fuerza en su alma. Sólo a través del vacío mental las respuestas a sus preguntas alcanzarían una velocidad superior a la de la luz. Seleccionó en el reproductor una vieja grabación de Nobuko Matsumiya.

Por más vueltas que le daba, no alcanzaba a comprender lo que Sophie se traía entre manos. Prendió fuego al Cohiba y dejó que el humo le aclarase las ideas. No iba a ser tarea fácil.

Cogió su cubo de Rubik, que se encontraba sobre la mesa. Lo giró sin pensar, movido por un impulso espontáneo, confiando en que las piezas encajasen de manera automática y espontánea. *No way*.

En algún momento del mediodía debió caer rendido. No fue hasta las ocho de la tarde cuando, casi en mitad de un sobresalto, Albatros se levantó del sofá y se miró el reloj de pulsera que llevaba en la derecha. Corrió hacia la ducha. Sophie pasaría a recogerle en una hora y debía estar listo. Recordó que le había dicho que llevase ropa cómoda, de modo que supuso que lo más adecuado sería recurrir a un elegante traje de Hugo Boss, toda una reliquia en 2036. Se duchó a

toda velocidad. Delante del espejo, mientras se afeitaba, se preguntó qué tal le quedaría una barba. Descartó la idea de inmediato.

Un pitido no molesto procedente del sistema de audio distribuido por toda la vivienda le indicó que Sophie le esperaba abajo. «Una chica puntual», se dijo. Nada más verle, la hija del empresario Levallois señaló:

—¿No te dije que te pusieras ropa cómoda?

—Y eso he hecho. ¿Se te ocurre algo más cómodo que un Hugo Boss?

Sophie meneó la cabeza sin ocultar una sonrisa franca. Le señaló con un gesto de la mano dónde estaba el coche.

—¿No prefieres que vayamos en el mío? —preguntó Albatros.

—Pronto comprenderás que tu coche, cualquiera de ellos, resultaría demasiado llamativo allá donde vamos. Por cierto, esa «comodidad» tuya te va a salir cara —añadió.

—¿Cómo? Esto, ¿quién te ha dicho que yo tenga varios coches?

—No ha sido necesario. Al menos dos de ellos fueron un regalo de mi padre, ¿o me equivoco? —Un gruñido suave fue lo único que la chica obtuvo por respuesta—. ¿Estás en buena forma?

—Creía que saltaba a la vista…

—Me alegro por ti. Tal vez tengamos que dar un par de saltos para…

—Espera, espera. ¿Me llevas a conocer a unas amigas o a atracar un banco?

—Todo a su debido tiempo. Por cierto —observó Sophie—, ¿te has planteado dejarte barba? Iría muy bien con tus facciones.

—No se me había ocurrido —mintió el matemático.

La joven conducía de manera ligeramente agresiva, pero con un gran dominio del volante. Se había recogido el pelo en un apretada coleta y vestía ropa deportiva profesional de color negro. La adhesión del tejido a su piel no dejaba lugar a la imaginación y sí bien claro que su cuerpo estaba muy ejercitado. A simple vista, Albatros dedujo que ella corría asiduamente y que realizaba ejercicios de tonificación. Sus brazos, aunque femeninos, estaban torneados, al igual que sus piernas. El espadachín supuso que otras partes de su anatomía no serían menos duras, aunque no le concedió demasiada importancia. Para él no dejaba de ser aquella niña que había pasado un muy mal trago. No podía verla como la mujer atractiva en la que se había

convertido.

—¿Queda mucho para llegar? —preguntó Albatros cuando llevaban más de cuarenta minutos de viaje.

Atravesaban una carretera solitaria en mitad de un bosque de las afueras. Se veían las ruinas de naves industriales, pequeñas granjas abandonadas y muy pocas casas. Sophie tomó un camino de tierra que habría pasado desapercibido para cualquier otro. Avanzó unos quinientos metros y detuvo el coche. A pesar de que resultaba difícil de advertir, se intuía una edificación ruinosa detrás de una alambrada oxidada cubierta de matojos secos. Descendió del vehículo sin mediar palabra y sacó algo del maletero. Albatros también abandonó el coche y estudió a la chica. Sophie cubrió el utilitario con una especie de lona negra y añadió:

—Ya hemos llegado.

Albatros miró a su alrededor sin decir nada. Mordió la parte interna de los carrillos en señal de fastidio y desconcierto. Se fijó en el suelo. Estaba húmedo y lo lamentó por sus zapatos.

—Llevabas toda la razón: venir en tu coche ha sido la mejor idea.

Sophie sonrió con suficiencia y le invitó a seguirla. Al llegar a la verja, la chica saltó y trepó por ella. Desde el otro lado le dijo que hiciese lo mismo. Albatros chasqueó la lengua y obedeció. Coincidiendo con su aterrizaje, se sacudió el polvo del traje y miró a Sophie sin disimular demasiado su enfado.

—Ropa cómoda, Albatros, ropa cómoda —dijo ella, divertida.

—¿Voy a tener que reptar ahora por alguna trinchera pantanosa o no será necesario?

—Sólo nos queda un pequeño muro por escalar. Pero no creo que haya mayores problemas. Ciertamente estás en forma. —Le guiñó un ojo y la irritación del matemático desapareció como por arte de magia. La veía desplazarse con una agilidad felina. Negó con la cabeza y fue tras ella.

No tuvieron que caminar mucho hasta llegar a un edificio que en otros tiempos debió tener un uso industrial y que ahora se hallaba en un estado semi ruinoso.

—¿Estos son los garitos por los que sueles moverte? ¿Cuándo fue construido este lugar, en el siglo XII? —preguntó Albatros en un tono más jocoso.

Sophie se encaramó por encima del muro sin apenas emitir un

gemido. Los pies del espadachín trastabillaron un poco, pero salvó el obstáculo sin gran dificultad. Sophie se deslizaba como un ninja. Condujo a su acompañante a la parte de atrás del almacén, retiró la hojarasca del suelo y levantó una trampilla de madera.

—¿Por qué no entramos por la puerta?

—¿Qué puerta? —preguntó la chica mientras desaparecía por el agujero.

Descendieron una escalera que conducía a un largo pasillo cuyo final no se percibía. La única iluminación existente la ofrecía una bombilla que titilaba. Las paredes de aquel pasadizo estaban, por lo que se podía apreciar, repletas de grafitis. Del techo colgaban innumerables telarañas. El conjunto presentaba un conjunto a medio camino entre el naranja apagado y el negro, en función de la proximidad a la bombilla. El camino se desvió hacia la derecha y la oscuridad fue aún mayor. Ahora el único foco de luz estaba compuesto por una serie de plafones de jardín embutidos respectivamente en una malla metálica bastante deteriorada.

—Lamento decirte que tu visión empresarial, si lo que quieres es montar una escuela de esgrima o algo parecido, deja mucho que desear —señaló el espadachín.

—Yo no estaría tan segura. De hecho, tenemos lista de espera.

Albatros la miró sorprendido y arqueó una ceja para mostrar inconscientemente su incredulidad.

Una tenue luz roja señalaba en final del camino. Contrastando con el deterioro del resto, junto a una pesada puerta metálica, se hallaba un sofisticado sistema de reconocimiento facial y táctil. Era capaz de detectar incluso los avanzados implantes realizados mediante impresoras 3D que algunos de los pocos ladrones que había utilizaban para burlar los sistemas de seguridad. Sophie se plantó delante del visor y colocó la mano en una placa que había adosada a la pared. Sin la presencia de luces azuladas ni ruidos de escáner propios de la ciencia-ficción del pasado, la puerta se abrió, dando paso a los visitantes.

—Si te decides a colaborar con nosotros te daré un *pase*.

Lo que había al otro lado resultaba difícil de describir: una mezcla de callejón oscuro de insólitas dimensiones y antro de mala muerte. Se advertía la presencia de música. Algunas lámparas pendían de las invisibles paredes. Conforme avanzaban, la música se hizo más nítida.

Cuatro figuras masculinas se perfilaron a contraluz. Albatros se adelantó un poco en un intento instintivo de proteger a Sophie.

—No te preocupes, Albatros. Son amigos.

Aquellos tipos vestían como los raperos del siglo XX. Uno de ellos tenía aspecto de hispano. Otro debía medir más de dos metros y aproximarse peligrosamente a los doscientos kilos. Todos ellos iban cubiertos de tatuajes y rondaban los cuarenta años. Escuchaban la versión en castellano del clásico de *Cypress Hill* «Loco en el coco».

—¡Hey, Sophie! —exclamó el hispano— ¿A quién coño te has traído? ¿Al puto Tony Stark?

Albatros le miró en silencio, a la expectativa.

—Tranquilos, chicos, es un buen amigo. —Hizo una pausa y se dirigió a Albatros—. Te presento a Bansky, Detour, 8 y Moustache.

—¿Ellos también quieren aprender esgrima? —preguntó en un tono desafiante, mirando fijamente al hispano.

—Ellos no —respondió Sophie sonriendo—. Aquí donde lo ves, Bansky es un excelente dibujante de cómics, 8 tiene un doctorado en Harvard, y…

—¿Quién coño eres, el puto Tom Morello? —interrumpió Albatros.

Para su sorpresa, los cuatro rieron. 8, el de aspecto de hispano, fue el primero en chocar los nudillos contra los del matemático. Le siguieron los otros tres.

—OK. Albatros es nuestro nuevo profesor de esgrima.

—No adelantemos acontecimientos.

—Te enseñaré nuestras instalaciones. Nos vemos ahora —dijo a los cuatro raperos.

Albatros se despidió con un gesto de la mano de ellos y acompañó a la joven hasta otra sala. Su rostro se alteró por completo cuando vio lo que allí se escondía.

Unas veinte chicas que parecían acabar de cumplir la mayoría de edad descansaban en posición de medio loto sobre un *tatami* de gran calidad, dispuesto de manera exquisita y ocupando todo el suelo de una enorme sala de entrenamiento forrada en madera de arriba a abajo. La iluminación era cálida y la decoración evocaba vagamente a Japón, incluidos unos cuantos biombos de seda. Del techo colgaba algún trapecio y unas cuantas telas como las utilizadas en acrobacias aéreas. Todas las muchachas vestían de un modo análogo a Sophie y todas se pusieron en pie al ver entrar a la pareja.

A pesar de la dureza en sus rostros, Albatros constató que la mayor parte —al menos desde su criterio estético— era de una belleza extrema. Se acercó un poco al oído de Sophie y le susurró:

—Creo que acepto el trabajo —bromeó Albatros en voz baja.

Sophie sonrió antes de responder:

—Ya te dije que debías ver las «instalaciones».

El matemático examinó con detenimiento todo lo que le rodeaba. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos. ¿Qué demonios pintaba aquel gimnasio dentro de una nave abandonada? Habían bajado los suficientes peldaños como para saber que se encontraba en el sótano de ese almacén o lo que fuera. ¿Quiénes eran esas chicas? ¿Y esos cuatro «porteros»? ¿Qué hacían allí? ¿Esgrima? ¿Por qué eran todas tan jóvenes y preciosas? Supuso que muy pronto Sophie le daría la respuesta a esos y otros interrogantes.

9

Los agentes de la Coalición no supieron cómo interpretar las pintadas que habían aparecido en sus edificios más emblemáticos. «AHORA NOS TOCA A NOSOTRAS» no sólo podía leerse en las paredes que todavía no habían conseguido limpiar, sino también en las redes sociales y foros con inútiles pretensiones de clandestinidad. Aún no habían logrado identificar el dispositivo desde el cual habían sido subidas las imágenes y mucho menos al responsable. Lo que estaba, sin embargo, muy claro era que las fotografías habían sido tomadas mediante aparatos no digitales y sin conexión a Internet. Detalle que puso sobre aviso a los servicios de inteligencia. Resultaba obvio que quien había tomado aquellas instantáneas no deseaba ser interceptado. El único temor que albergaban era que la revolución, en caso de producirse, presentase una naturaleza analógica, con elementos propios de la guerrilla de antaño.

Que el mensaje apelase al elemento femenino ofrecía por otra parte bastantes claves. Los escándalos de naturaleza sexual que habían salpicado a varios miembros relevantes de la Coalición podían guardar una estrecha relación con los incidentes. ¿Se trataba de una venganza o de una mera declaración de intenciones un tanto difusa? ¿Hasta qué punto esas pintadas suponían una amenaza real? ¿Cuál era el grado de organización de aquellos insurrectos?

Desde sus orígenes, la Coalición prestaba mucha atención a ese tipo de asuntos. Para ellos no había ningún enemigo pequeño. Cualquiera podía convertirse en un peligro potencial para sus intereses y tenía que ser neutralizado a la mayor brevedad y con la máxima contundencia. Había que dar ejemplo y nada mejor para ello que recurrir a la violencia más extrema. Ahora bien, la mayor parte de esas *vendettas* se llevaba a cabo de tal modo que pareciese un ajuste de cuentas o una agresión practicada por alguien ajeno a la Coalición. Era de vital importancia que la Coalición tuviera las manos «limpias».

Todos los mecanismos de rastreo se pusieron en funcionamiento y no tardaron en descubrir que los perpetradores de aquellos actos vandálicos eran, por una parte, mujeres (dato que se desprendía del análisis grafológico además del contenido del mensaje), y, por otra, auténticas profesionales. Su intervención había sido estudiada al milímetro. Sabían cómo llegar a los edificios y lo más significativo: sabían cómo desaparecer. De ahí se desprendía que esas personas conocían muy bien cómo funcionaba la vigilancia, lo que las convertía de manera automática en criminales.

No era la primera vez que se enfrentaban a pequeños actos de protesta, pero esa actuación presentaba bastantes novedades, entre las que destacaba el alto nivel de organización, lo que suponía un problema. En realidad, un gran problema.

En su discurso, John Némesis habló acerca de la necesidad de gestionar el descontento social. Sabía que se trataba de uno de los mayores retos a los que tendrían que enfrentarse. Los invitados al evento escuchaban atentamente. En el fondo, también ellos asumían el riesgo y tenían muy presente que, en un plazo relativamente corto, se verían obligados a admitir que el periodo de abundancia que habían vivido tocaba a su fin. La situación se tornaba delicada, pues ese bienestar era el único argumento que la Coalición podía esgrimir para justificar su absoluta intervención en casi todas las esferas de la vida de los ciudadanos.

—Es del todo necesario que seamos capaces de elegir a alguien que consiga transmitir confianza a los ciudadanos en esta nueva etapa que comienza ahora. —Némesis lanzaba miradas penetrantes a todos los asistentes. Parecía tener la facultad de llegar a cada uno de ellos sin excepción, y provocar una mezcla de devoción y temor—. Debemos dar una imagen de unidad y tranquilizar a la población. De lo contrario, este asunto se nos irá de las manos. Hemos trabajado muy duro en pos de la estabilidad global y no podemos permitirnos generar malestar. —Hizo una pausa retórica—. Dado que estamos en confianza, debo señalar que, de no actuar así, muchos de nuestra intereses tanto individuales como corporativos e institucionales podrían verse dañados. ¿Estamos dispuestos a eso? —preguntó con una sonrisa que denotaba que la respuesta estaba implícita. Muchos negaron con la cabeza, de un modo casi instintivo.

Luc Alamartine se aventuró a preguntar:

—¿Y cuándo deberíamos celebrar las elecciones?

—En mi opinión, no deberíamos postergar el asunto más de un mes. El periodo vacacional se presenta como una ocasión idónea. Una vez que la mayor parte de los ciudadanos regrese a su trabajo, el nuevo gobierno, o mejor dicho, la cara visible del gobierno ya debería estar decidida y lista para ser exhibida. ¿Qué opinan ustedes?

La pregunta de Némesis sonó artificial y cosmética, algo a lo que no le concedió la menor importancia. Resultaba evidente que ya había tomado el mando sin topar con ninguna oposición. Tuvo la certeza de que nadie ofrecería la menor resistencia.

—¿Dónde se celebraría?

—Yo propongo París —respondió Némesis—. Es una ciudad cargada de significado y además cuento con una «pequeña» villa en la que creo que podríamos alojarnos todos. —Guiñó el ojo a nadie en particular y mostró una sonrisa cómplice. Se escucharon unas cuantas risas—. Indudablemente, se admiten propuestas.

No las hubo.

John Némesis estaba más que acostumbrado a ganar la partida antes de que ésta tuviese lugar.

En un hábil intento de zanjar la cuestión con aparente informalidad, Némesis interrumpió su discurso con un ademán y se mezcló con el resto de asistentes. A pesar de su actitud distante, consiguió congregar a sus alrededor un buen número de invitados. Acudían como moscas a la miel. Sabían que se impondría como claro vencedor en las elecciones.

Una vez resuelto el trámite de la votación, se anunciaría el resultado públicamente. Sería vendido como un paso más hacia la estabilidad, la seguridad, la transparencia y el progreso.

Mientras sonreía y saludaba a los demás con aparente sinceridad, John Némesis repasaba las razones de su inminente victoria. A diferencia del resto de aspirantes, a él no le impulsaba un deseo de incrementar su riqueza o de ampliar el horizonte de sus negocios. Miró a su alrededor y advirtió, una vez más, que era capaz de comprar todo aquello que el dinero permitía —lo que, en 2036, significaba la práctica totalidad de lo que cabía en el planeta—.

La opacidad y el hermetismo que rodeaban las actividades y contactos de John Némesis contribuían a generar innumerables

leyendas a su alrededor. En sentido estricto, nadie, salvo aquellos que habían sido sus clientes y que estaban obligados a firmar una clausula de confidencialidad, sabía gran cosa sobre él. Tampoco el magnate se esforzaba demasiado en ofrecer información, consciente de que el misterio era siempre un valor a tener en cuenta.

Némesis asumía que el mes que tenía por delante estaría cargado de llamadas, visitas, ofertas, propuestas de cooperación, etcétera. Muchos querrían ser amigos suyos ahora que su victoria estaba tan cerca. Y es que, en cierto sentido, todos sabían que así sería. Su mera puesta en escena había dejado bien claro que no tenía rival. A su lado, el poderío y el carisma del resto de candidatos se diluía hasta la desaparición. Luc Alamartine admitiría que tenía pocos dientes para tanta carne (su acompañante) y que un polo rosa palo rara vez favorece; Kurt Kantor advertiría las consecuencias de comer como un cerdo (daba excesivas pistas acerca de su modelo de gestión) y Hu Wen se sentiría demasiado bajito, demasiado viejo y demasiado castrado. John Némesis daba por sentado que acabar con la competencia sería una tarea sencilla. Gracias al desarrollo del capitalismo, la necesidad de recurrir a la violencia para aniquilar a cualquier tipo de enemigo era cosa del pasado. Tarde o temprano adquiriría la mayor parte de las empresas de sus rivales haciendo así patente su hegemonía. Ésa era la verdadera manera de llevar a cabo una guerra en 2036. A decir verdad, suponía una modalidad que ya se había impuesto desde el año 2000. La crisis económica que favoreció la irrupción de la Coalición fue en realidad un enorme laboratorio bélico. Los amigos de la conspiración erraron en sus cábalas acera de la Tercera Guerra Mundial; ésta ya había tenido lugar y la había perdido, aun sin saberlo, el noventa y nueve por ciento de la población mundial.

Después de dejarse ver un poco, John Némesis decidió que había llegado el momento de retirarse. Nada más importante que saber cuándo llegar y cuándo desaparecer, solía pensar. El contacto físico no era de su agrado y su ego ya no necesitaba más aduladores a su alrededor. Al igual que un sicario, había llegado, realizado su trabajo rápida y eficazmente, y ahora tocaba largarse. Sin una despedida, John Némesis se borró de la fiesta, dejando a sus colegas preguntándose dónde podía haberse metido.

Antes de que todos advirtieran su ausencia, el candidato a presidente surcaba los cielos en su avión privado en dirección a París.

10

-Y aquí te presento a tus alumnas —dijo Sophie refiriéndose a las veinte amazonas que ocupaban el *tatami*.

—Un placer, señoritas.

Las chicas saludaron al unísono. Aquello resultaba vagamente surrealista. ¿Dónde estaban los cuatro raperos? ¿Conformaban el dispositivo de seguridad? ¿De qué o de quién tenían que protegerse? Poco a poco, Albatros iba comprendiendo que lo que tenía delante era algo más que un grupo de bellas damas deseosas de aprender el arte de la esgrima. Un simple vistazo le permitió constatar que todas ellas estaban en perfecto estado físico. Trató de razonar los motivos de la propuesta de Sophie y la primera pista la halló al pensar en el arma utilizada en el noble arte que él intentaba enseñar: un sable, un arma analógica por excelencia. Hacía ya algunos años que todas las pistolas contaban con un localizador que permitía a las autoridades conocer su paradero. También era cierto que existían modos de neutralizarlo, no sin correr el riesgo de ser descubiertos en mitad de la operación, pero la espada o el sable seguían contando con un cierto margen de «invisibilidad».

Examinó con detenimiento los rostros de las mujeres y su lenguaje corporal. Sin excepción mostraban un grado de dureza poco habitual en el género femenino. De haber dejado volar su imaginación, habría llegado a afirmar que parecían guerreras. Comenzó a comprender que ése era justamente el propósito de su joven amiga: formar un ejército de mujeres. ¿Para qué? El motivo ya había sido insinuado por ella. Muchas de aquellas chicas habían sido víctimas de agresiones, especialmente de tipo sexual, a mano de miembros de la Coalición. Nada le impedía pensar que buscaban venganza.

Venganza, un instinto tan antinatural como poderoso.

La duda que se le presentaba era si él deseaba formar parte de ese asunto.

—No me andaré con rodeos —dijo el matemático—, ¿alguien puede explicarme para qué quieren aprender esgrima?

Lanzaba miradas alternas a Sophie y las chicas. Su anfitriona le cogió del brazo. Una de las mujeres de la primera fila avanzó en silencio hacia ellos. Se subió la camiseta y dejó a la vista una serie de horrendas cicatrices. Albatros tragó saliva, esforzándose por que el inconsciente gesto pasase desapercibido.

—Para que algo así no vuelva a suceder —se aventuró a decir la muchacha.

Sophie le acarició el hombro y le dedicó una suave sonrisa. Albatros se llevó el dedo índice de la mano izquierda a la boca para evitar que vieran cómo se mordía los labios.

—Empezamos mañana —anunció Albatros—. Necesitaréis sables de madera para empezar. Ya tendremos ocasión de probar otro tipo de espadas más adelante. —A nadie le pasó desapercibido el cambio en las formas, del usted al tuteo.

Las mujeres, incluida Sophie, asintieron con la cabeza y no ocultaron la satisfacción en sus rostros. Normalmente, una imagen no vale más que mil palabras, pero la visión de las marcas de aquella joven sí. De un solo golpe, Albatros comprendió que las cosas en el aparentemente civilizado mundo que habitaba no funcionaban tan bien. ¿Para qué luchar contra lo inevitable? Lo inevitable era la lucha.

Suspiró hondo.

—Está bien, chicas. Ya habéis oído a Albatros. Descansad porque me temo que mañana nos espera un día muy duro.

Sophie no quería violentar al maestro de esgrima. Sabía que la contundente respuesta de la chica le había afectado, ya no tanto por lo visual sino por lo que implicaba. A saber: que el sistema en el cual depositaba su confianza toleraba actos de tal naturaleza llevados a cabo por parte de determinados miembros destacados de la comunidad.

La mente del matemático viajó fugazmente al momento en que *Monsieur* Levallois le hizo partícipe de su enorme preocupación cuando la joven Sophie fue secuestrada. Miró de nuevo a aquellas mujeres, ahora con otros ojos. No sintió compasión, sino respeto y admiración. Esas personas habían sufrido algo terrible y, en lugar de acobardarse, habían decidido pasar a la acción y organizarse con el único propósito de evitar que otras chicas padeciesen lo mismo.

—Yo también estoy muy cansado —dijo Albatros. Con un gesto adusto, pidió a Sophie que le acompañase a la salida. Necesitaba organizar sus ideas y asimilar lo que acababa de presenciar. La joven Levallois accedió.

8 y los suyos seguían escuchando viejos temas de *Cypress Hill*. Cuando Sophie y Albatros se despidieron de ellos asentían con la cabeza a ritmo de «*Lowrider*» (también en castellano.)

La luz de la luna se le presentó de manera diferente a Albatros. Contempló el exterior del almacén con otros ojos, como si el velo de Maya se hubiese desprendido de repente para él.

—¿Estás bien? —preguntó Sophie. Albatros asintió con la cabeza.

—¿Viven aquí?

—La mayoría no.

El matemático masticó su siguiente pregunta.

—¿Tú también llevas cicatrices?

—Las mías las llevo en el alma —respondió.

Deshicieron el camino hasta llegar al coche. El camino de vuelta al centro de París estuvo dominado por el silencio. Sophie permitió que Albatros encajase el golpe.

—¿De quién surgió la idea de organizar algo así?

—De mí.

—¿Cuánto tiempo hace que…?

Albatros no llegó a completar la pregunta.

—Dos años.

—Eras casi una niña.

Sophie sonrió con melancolía y expulsó el aire por la nariz antes de responder.

—Yo no diría tanto. Me arrebataron la juventud, por no decir la vida entera. Pero pienso recuperarla, ¿sabes? No sólo la mía, sino la de todas estas chicas que han sufrido lo mismo que yo. Así como la de aquellas que todavía no la han perdido. De todas formas —añadió—, no es lo único que me preocupa. Las agresiones sexuales no son sino otro de los indicativos del carácter despiadado y depredador de algunos miembros destacados de la Coalición. Y no van a detenerse ahí. Hay mucho más.

Albatros arqueó las cejas.

—Me temo que necesito una explicación.

—Y la tendrás.

Ya estaban llegando al barrio donde se hallaba la vivienda del matemático cuando éste propuso a Sophie subir a su apartamento y proseguir con la historia. Ella accedió.

Lo primero que llamó la atención de la joven fue la pulcritud de la casa. Todo estaba perfectamente ordenado y limpio. Algo bastante inusual en un piso habitado por un soltero. La decoración era austera, casi minimalista, si bien no exenta de calidez. Había bastantes libros en el salón, lo cual le agradó notablemente.

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó Albatros.

—Cualquier cosa que haya podido permanecer más de quince días en esta casa sin echarse a perder.

El espadachín se dirigió a la cocina y regresó con una botella de vino y dos copas.

—No suelo beber alcohol, pero hoy haré una excepción sin tener muy claro si me apetece o, simplemente, lo necesito —dijo Albatros mientras descorchaba la botella.

—Para no beber alcohol tienes muy buen gusto con los caldos —observó Sophie.

—Es probable que esta botella me la regalase tu padre.

Sophie sonrió. Albatros se acomodó en el sofá, pero sin perder la compostura. Sirvió un poco de vino a la chica y le invitó a probarlo. Tras su aprobación, sirvió un poco para él. Permanecieron un momento en silencio. Albatros le dedicó una mirada atenta, desprovista de tensión sexual. Ella parecía examinarlo como si tratase de extraer algún tipo de información a través de los ojos del matemático.

—Debes llevar a tus alumnas de cabeza —dijo sin ceremonial y en un tono neutro que no denotaba interés de tipo erótico.

Albatros no contestó. En lugar de ello, tomó un sorbo de vino.

—Felicita a tu padre de mi parte. El vino es excelente.

—Puede que lo veas tú antes que yo.

—¿No os lleváis bien?

—Oh, sí. Pero cada uno hace su vida. Mi padre, ya lo sabes, es un hombre muy ocupado.

—Llevas razón. —Albatros dio otro trago—. Por cierto, ¿cómo es que ese tal 8 tiene un doctorado en Harvard? ¿Va en serio?

Sophie estuvo a punto de romper en una sonora carcajada.

—Totalmente —respondió—. No deberías dar nada por sentado.

Las palabras de Kiyoshi Yamamoto resonaron en su cerebro.

—¿Cuánto tiempo hace que le conoces? —Albatros Carraspeó—. No preguntaré cómo llegaste a él.

—Fue hace un par de años, aunque él ya sabía de mí desde hacía alguno más. De hecho, también sabía quién eras tú. —El desconcierto quedó patente en la cara del matemático—. Él, junto a los otros tres hombres que viste en el almacén, fue quien acabó con la vida de Benoît Magné, mi secuestrador. Mi violador.

—¿Cómo me conocían?

—Delorme, tu amigo el detective, les contrató. Nunca llevan a cabo un trabajo si no están convencidos de que está justificado. Investigaron primero a Delorme y en algún momento debieron vincularte a él.

—Qué pequeño es el mundo —musitó Albatros.

—Cierto.

El espadachín se aclaró la garganta antes de proseguir.

—Como puedes observar —dijo exhibiendo la sala con las manos—, mi vida no es la de un asesino a sueldo, ni tengo muchas intenciones de verme involucrado en asuntos turbios. He accedido a enseñar esgrima a tus chicas porque, lo admito, el gesto de tu amiga me ha conmovido. Pero te aviso que no tendré nada que ver con nada que ver con el resto.

—Claro —aseguró Sophie con un gesto incrédulo.

Albatros sirvió más vino en ambas copas. Sophie se había repantigado un poco en el sofá y su postura era más relajada, casi ligeramente insinuante. Modificó su posición en una fracción de segundo al advertir que su anfitrión no parecía sentirse muy cómodo. Los modales de la chica se encontraban a caballo entre una actitud demasiado masculina y una sensualidad muy presente.

—No consigo dejar de verte como esa adolescente que… —dijo Albatros sin dirigirle una mirada.

—Ya no lo soy —abrevió Sophie.

—Discúlpame un segundo. Debo ir al baño.

Sophie separó un poco las piernas del cuerpo del matemático. No habían llegado a rozarse, pero el gesto fue automático. La joven examinó el lenguaje corporal del profesor universitario mientras éste se dirigía al aseo. A pesar de que el traje le sentaba de maravilla, podía advertir una cierta rigidez en él. Notaba que no se encontraba cómodo del todo y supo a qué se debía.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Albatros al regresar. No habían

pasado más de dos minutos.

—Por que no debes estar tan tenso. No voy a saltar sobre ti ni a intentar follarte, si es eso lo que te preocupa.

La franqueza y perspicacia de la joven sorprendieron a Albatros. A su manera, siempre había hecho gala de unas formas un tanto anticuadas y la laxitud en los modales de las generaciones más jóvenes le seguía provocando un cierto estupor.

—Me alegra que lo aclares —dijo. La afirmación de Sophie pareció devolverlo a su estado habitual. Se relajó y trató de ofrecer una imagen de persona que tiene la situación bajo control (cuando, a decir verdad, no había nada que debiera ser controlado).

—Repito que el motivo por el que te llamé poco o nada tiene que ver con el romanticismo. Ah, y debo señalar que no eres mi tipo. Por mucho que me salvases la vida. —Sophie guiñó un ojo cómplice. De este modo pretendía acabar con el fantasma de la tensión sexual no resuelta antes incluso de que hiciese su aparición.

Albatros hizo un gesto con la cabeza dando a entender su conformidad, mas en su fuero interno se sintió algo dolido. No se trataba de nada personal, tan sólo mera vanidad. A pesar de su pose de tipo frío y distante, estaba bastante acostumbrado a resultar atractivo a las mujeres, a *todas* las mujeres, y una afirmación como la que Sophie acababa de escupir le hizo sentir tan bien como un jarro de agua fría en un día cualquiera de invierno. Recuperó la compostura y ajustó la posición de su cuerpo. Sophie evaluaba sus reacciones con calma, dando claras muestras de estar divirtiéndose. La joven tenía una especie de sexto sentido para interpretar el lenguaje corporal, tal y como acababa de demostrar. Supo al instante el efecto que sus palabras habían tenido sobre el matemático.

Albatros hizo el amago de servir vino por tercera vez a Sophie, pero ésta declinó la oferta poniendo la mano sobre la copa. Para contrarrestar el impacto de la negativa, él se sirvió una dosis doble. Detalle que no pasó desapercibido a su *clienta*. Todavía no había conseguido dominarse a sí mismo hasta el punto que Kiyoshi Yamamoto habría deseado y los pequeños detalles y los gestos inconscientes empezaban a delatarle.

—No te recordaba tan vanidoso —se aventuró Sophie.

—Sería un poco extraño, ¿no te parece? Sobre todo teniendo en cuenta que podríamos decir que acabamos de conocernos. Además,

¿qué te hace pensar que lo soy?

—Un poco todo. —Sophie le dedicó una sonrisa más amistosa. Dio por zanjado el pseudo-flirteo y su semblante se endureció—. En el coche me has pedido una explicación y creo que te la has ganado.

Albatros se acomodó. No quería perder detalle de lo que, suponía, Sophie estaba a punto de relatarle.

11

La historia de Sophie. Parte I

Sophie Levallois no recordaba muchas cosas acerca de cautiverio. Desconocía cómo había llegado hasta aquel sótano, cuya ubicación también ignorase durante mucho tiempo, así como el nombre de aquel que la había violado. Hasta unos años más tarde. Aunque Benoît Magné había sido neutralizado y exterminado pocos días después de la reaparición de la adolescente, ella tardó más tiempo en conocer la identidad de ese monstruo. Se vio obligada a husmear en las diversas agendas de su padre hasta dar con una pequeña pista que le condujo a la persona que había orquestado la búsqueda y captura del criminal, dado que él se había opuesto en todo momento a facilitarle dicha información. Quería olvidar el penoso incidente y no revolver la basura.

Le llevó un par de años, pero finalmente topó con un nombre. Albatros nunca figuró en esa lista, pero sí Edouard Delorme. Cumplidos los veinte, Sophie contactó con el detective con el pretexto de realizar un encargo. Lo hizo a través de su móvil. La pequeña lámina de grafeno colocada en la muñeca de la hija del empresario había sido manipulada a fin de que su localización no resultase tan sencilla de averiguar. Los contactos de su padre y las circunstancias que habían marcado la vida de la muchacha habían impedido que las autoridades se tomasen la molestia de investigar el caso. Por esta razón, la respuesta, que no se hizo esperar, fue más sorprendente de lo que ella habría imaginado.

—¿Qué tal va todo, Sophie? —preguntó Delorme nada más activar el teléfono.

—¿Cómo sabe quién soy?

—Tiendo a recordar a las personas a las que he atendido en algún momento. Yo lo veo como un servicio de atención al cliente bastante

eficiente, ¿no te lo parece? —La chica no contestó—. Es mi deber saber quién se acerca a mí antes de que haya llegado, Sophie. Si el acceso a mi persona fuese tan sencillo, no sería uno de los detectives más reputados de toda Francia (o lo que queda de ella.)

El tono del detective, lejos de reflejar soberbia, transmitía confianza y un cierto espíritu lúdico. Pocas horas después de la llamada, Sophie Levallois sabría que Delorme había utilizado esa forma de hablar para relajar la tensión de la chica. Se puso en su pellejo. Trató de sentir lo que ella estaría sintiendo. Tras haber sufrido una agresión horrible, ella había pasado años tratando de localizar a sus vengadores. Lo había logrado. Había marcado el número de un desconocido y ahora no tenía muy claro qué quería decirle. Era casi una niña. Casi.

—Quiero hacerle unas preguntas —dijo finalmente Sophie.

—No te hagas demasiadas esperanzas. Es posible que no pueda darte las respuestas.

—Sí que podrá.

—Veámonos en el *Café Passager* a las cinco.

—¿Cómo le reconoceré?

Delorme reprimió el acceso de risa y resolvió:

—No te preocupes por eso.

A pesar de que todas las imágenes circulaban libremente por la Red, Delorme había hecho desaparecer las suyas de un modo escrupuloso. No había constancia de su existencia en ningún archivo ni documental ni gráfico. Tampoco le preocupaba que interviniesen su dispositivo móvil, pues siempre remitía a un granjero de las afueras que hacía años había abandonado este mundo. Tampoco podrían husmear en el de Sophie, dado que todas las llamadas que recibía Delorme eran desviadas a un circuito cerrado que encriptaba las comunicaciones. No obstante, el detective era experto en tomar precauciones.

La joven acudió puntual a la cita. Se sentó en la terraza de la cafetería y observó quienes la rodeaban a fin de identificar a Delorme. Le resultó imposible. Ninguno de los allí presentes se adecuaba a la descripción que ella se había forjado en su cabeza. Supuso que todavía no había llegado.

El camarero se acercó a preguntarle qué deseaba tomar.

—Un café con leche, por favor.

—¿No preferiría tomarlo en la parte de atrás?

La mirada del joven camarero de origen árabe era penetrante. Sophie comprendió al instante el significado de sus palabras y, sin responder, se puso en pie y se dirigió al callejón que había en la parte trasera de la cafetería.

Escondido detrás de unos contenedores se encontraba un hombre de mediana edad ataviado con un polo azul marino muy desgastado y unos vaqueros viejos. Lucía gafas de sol estilo aviador y se daba un aire al escritor y actor Sam Shepard, aunque sin el atractivo del autor del guión de *Paris, Texas*. Se asemejaba más bien a un prejubilado estadounidense deseoso de afrontar el último tramo de su vida en una casita en Florida.

—¿Delorme?

El detective sonrió y la invitó a dar un paseo.

—Me encanta dar de comer a las palomas —dijo mientras caminaban—. Hay un parque cerca de aquí. —La chica no se opuso—. Y bien, ¿qué querías preguntarme?

—¿Cómo se llamaba la persona que me violó?

—Está muerto.

—No le he preguntado eso.

—Benoît Magné. Un tipo con pasta —respondió sin rodeos.

Sophie grabó ese nombre a fuego en su memoria.

—¿Lo mató usted?

—¿Tengo pinta de asesino?

—¿Quién lo hizo?

—¿Para qué necesitas saber eso?

—Me gustaría darle las gracias.

—No creo que sea necesario. Ya se las dio tu padre en forma de dinero.

—Dinero… —suspiró Sophie.

—Todo es dinero. Todo se compra y se vende.

—¿Por qué cree que alguien como Magné se arriesgaría a hacer lo que hizo? Si quería pasar un rato con una jovencita no tendría más que alquilarla.

Delorme meneó la cabeza.

—Me temo que eres demasiado joven todavía para comprender muchas cosas. Una de ellas es que determinados depredadores prefieren capturar a sus presas personalmente. Un asunto del ego y tal. —La expresión sonó un tanto coloquial a los oídos de Levallois—. Por

suerte para ti, tu captor fue debidamente neutralizado. Dicho esto, lamento de veras que pasases por aquello. Horrible…

Se sentaron en un banco del parque, no antes de que Delorme examinase el terreno con la mirada.

—Vaya, no hay palomas. En fin…

—Le ruego que me diga el nombre de quien acabó con Magné.

—¿Y que harás? ¿Ir a darle las gracias? ¿A invitarle a un café? Por favor, *esas* personas son profesionales.

—¿Esas?

—El señor Magné no era un objetivo fácil. Tuve que reclutar a un pequeño grupo bien entrenado.

—¿Y si yo quisiera contratarlos ahora mismo?

Delorme le lanzó una mirada de soslayo.

—Para lo joven que eres, te metes en más líos de la cuenta, ¿no crees? Mira, hazme caso. Este asunto es agua pasada. Un poco de terapia te vendrá mejor que…

—No me diga lo que necesito —le interrumpió Sophie.

—No vas a dejarlo estar, ¿verdad?

—No. Y usted lo sabe perfectamente. De lo contrario no había accedido a reunirse conmigo.

—Tu caso no es aislado —dijo Delorme—. Esos chicos que se ocuparon de eliminar a Magné no son asesinos. Es decir, no son sicarios al uso. Defienden una causa y no te recomiendo meter las narices en algo que podría acarrearte problemas de verdad.

—¿No considera que ya tengo uno bastante grande?

—No me he expresado bien. Te pido disculpas. A lo que me refiero es que hay asuntos en los que resulta mejor no inmiscuirse. Y menos una chica tan guapa y tan joven. Podrías salir muy mal parada.

—Dígame —insistió Sophie—, ¿por qué ha venido a hablar conmigo?

Delorme expulsó el aire por la nariz.

—Mira, sé lo que es pasarse años dando vueltas a la cabeza sin encontrar la respuesta a una cuestión que nos atormenta. —Los ojos del detective sugerían que éste se hallaba sumido en tiempos lejanos y dolorosos—. Pensé que te merecías una explicación… y una advertencia: no sigas por ahí. Después de esta conversación puedes hacer lo que quieras, pero ya estás avisada. Mi conciencia está tranquila.

A Sophie no le pasó desapercibida la turbación del investigador, pero optó por no darle importancia. En lugar de eso, apuntó:

—Un detective con principios —dijo la chica, ya mucho más relajada.

—Los principios lo son todo. Considéralo un consejo adicional y sin coste alguno. —El detective sonrió.

—No pararé hasta dar con esas personas de las que me ha hablado. Si usted no quiere ayudarme, buscaré en otro sitio. Le agradezco su tiempo —dijo Sophie al tiempo que hacía el amago de levantarse para marcharse.

—Siéntate, por favor —rezongó Delorme—. Si escarbas por tu cuenta acabarás llamando la atención. Y eso no te conviene. ¿Si te digo sus nombres lo dejarás estar? —Sabía que la chica mentiría.

—Lo dejaré estar cuando hable con ellos.

—Valoro tu sinceridad, aunque no apruebo tu decisión —dijo Delorme. Hacía tiempo que no se equivocaba, pensó, y estuvo a punto de sonreír—. Está bien. Eres una negociadora dura —bromeó—. Tendrás esa información.

Al terminar la frase se puso en pie y se despidió.

—¡No me ha dicho cómo se llaman!

—Ya se ocuparán ellos personalmente.

—¿Cuándo?

Delorme se ajustó las gafas de sol, le sonrió y desapareció.

12

El despacho de John Némesis en su residencia parisina presentaba todo un despliegue de avances tecnológicos. Muchos de esos dispositivos estarían disponibles para el resto de la población más de diez años después. Algunos otros, mucho más tarde. Prototipos y artilugios que, de conocerse su existencia, complicarían las cosas a Némesis y al resto de la *Coalición*. La tendencia en diseño desde hacía más de veinte años se basaba en un minimalismo progresivo y, sobre todo, en la idea del funcionalismo y la simplicidad extrema y el uso intuitivo de los aparatos. La zona de trabajo de Némesis llevaba esos presupuestos al extremo. Resultaba difícil imaginar que en aquel espacio tan aparentemente vacío se escondiese la mayor colección de ingenios tecnológicos de toda Francia y de gran parte del mundo. Lo único físico que figuraba en la sala era un cómodo sillón, una mesa de cristal prácticamente invisible y nada más. Ni siquiera una silla para invitados o visitantes. No era necesaria, pues nadie accedía a esa sala. Constituía su templo sagrado. El resto del universo que se desplegaba allí dentro no se activaba a través de la voz, sino del propio pensamiento. Un complejo sistema conectado al cerebro de John Némesis interpretaba las órdenes de éste sin que tuviera que verbalizarlas ni siquiera «pensarlas». Entonces, ese espacio vacío se llenaba de hologramas que arrojaban toda la información que el presumible presidente de la Coalición necesitaba o, sencillamente, deseaba conocer. A través de dicho sistema controlaba la mayor parte de sus negocios mientras se hallaba de retiro en la capital francesa.

Sentado en su sillón escuchaba las noticias más destacadas, siempre seleccionadas de acuerdo a sus intereses personales y los filtros de búsqueda que él mismo establecía. Tenía acceso a los datos más clasificados sin la menor dificultad, de manera automática y simple.

Reflexionaba acerca de la cuestión de las pintadas que habían

aparecido en diversos edificios de la Coalición. Ya estaba al tanto de algunos conatos de protesta, pero aquél le parecía que debía ser tenido en cuenta de manera más especial: estaba perfectamente planificado y ejecutado. Salvo la pintura, no se había ocasionado ningún otro daño material. La agencia de seguridad todavía no contaba con la menor pista sobre los autores. Y lo más determinante: el texto. No resultaba habitual que una consigna estuviese redactada en género femenino. Némesis conocía bien algunas inclinaciones de ciertos colegas, si bien él no compartía tales comportamientos, de forma que ese aviso anunciaba un peligro a considerar.

Otra de las cosas que más le llamó la atención fue que aquellos ninjas, a juzgar por las imágenes de las cámaras de seguridad, conociesen a la perfección el tiempo del que dispondrían para escapar, cuando no la ubicación de las patrullas más cercanas a las instalaciones en las que intervinieron. De ser así, su grado de organización sería muy superior al de cualquier grupo insurrecto surgido en los últimos veinte años. Detalle que no le gustaba nada y le intranquilizaba sobremanera.

Tenía muy claro que tales actos debían ser castigados de manera ejemplar a fin de mantener el orden y disuadir a los posibles imitadores. Estableció una comunicación con el jefe del servicio secreto parisino. Atrás habían quedado las nomenclaturas eufemísticas como «servicio de inteligencia» y otras similares.

—¿Señor Godard? John Némesis al habla.

A pesar de no ostentar ningún cargo público, ningún organismo oficial desconocía al poderoso y enigmático empresario, ni la necesidad de prestar atención a sus palabras. Todos sabían que, tarde o temprano, tendrían que rendirle cuentas.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle? —Respondió el jefe del servicio secreto parisino.

—Le llamaba simplemente para informarme acerca del estado actual de las investigaciones sobre las pintadas que han aparecido recientemente. Ya sabe a las que me refiero, ¿verdad?

—Así es. En estos momentos tenemos a nuestros mejores investigadores trabajando en ello.

—Como tal vez ya le hayan comunicado, tengo previsto celebrar una importante recepción en una de mis residencias y quería asegurarme de que no habría ningún incidente.

—Puede estar usted tranquilo, señor Némesis. He sido debidamente informado y contará con toda la seguridad y cobertura necesarias.

—Le agradezco mucho la labor que están llevando a cabo y le agradezco personalmente el esfuerzo que se está tomando para que la imagen del país no se vea dañada.

—Es mi trabajo, señor.

—Estupendo. Manténgame informado.

La conexión se interrumpió bruscamente. Stéphane Godard realizó su propia traducción simultánea de lo que John Némesis había querido decir. La orden era tajante: debía atrapar a esos vándalos de manera inmediata.

Némesis apoyó los brazos sobre el cristal, suspiró y mediante una cuenta corporativa blindada se dispuso a navegar por la Red.

Como hombre sensato, carecía de perfil propio en redes sociales y su presencia en Internet era nula. A efectos prácticos, se había convertido en una suerte de fantasma. El fantasma más poderoso del mundo. ¿Cómo iba a consentir exponerse al panóptico quien había contribuido más que nadie a su perfeccionamiento absoluto? Némesis había logrado lo que ni las religiones, ni las iglesias, ni los totalitarismos del pasado habían conseguido. Y lo había hecho sin el menor derramamiento de sangre: fabricar esclavos felices que albergasen el sentimiento de obrar libremente según su propia voluntad. ¿De qué servían las pataletas en la Red más que para entretenimiento de los *guardianes*?

Por esa razón, una pintada —varias pintadas— le preocupaba. Tanto como el hecho de no haber podido rastrear la fuente que había filtrado algunas imágenes. Lo analógico constituía un grave problema, pues su seguimiento resultaba harto más complejo. Uno de los mecanismos de control y vigilancia había sido la conversión y transición al digital. Cada vez más digital. Cada vez menos físico. Cada vez más manipulable y susceptible de ser destruido de repente. Lo analógico, lo material, lo humano, eran aspectos que comenzaban a convertirse en obstáculos inconvenientes. Casi tanto como el creciente descontento social, no exteriorizado pero latente.

Era consciente de gran parte de las críticas silenciosas que latían en el corazón de los ciudadanos, conocía al milímetro cada gran problema que amenazaba a su gran proyecto, pero John Némesis

prefería prestar suma atención a los pequeños detalles; a los aspectos en apariencia marginales o irrelevantes, como, por ejemplo, el aumento exponencial de la violencia en las producciones cinematográficas, la crueldad en algunos crímenes de naturaleza sexual, el aislamiento detrás de las pantallas holográficas, la sustitución de lo real por sucedáneos virtuales y el intento de que dicha realidad se ajustase a los imposibles parámetros impuestos por una industria únicamente interesada en generar beneficios al margen de las implicaciones destructivas de sus propuestas. Ni siquiera los estabilizadores de la dopamina que circulaban libremente por el mercado lograban mantener a las personas dentro de unos límites aceptables. Éstas siempre se hallaban tras la búsqueda de nuevos y más estimulantes productos (dando por sentado que los actos y las personas ya eran productos en sí mismos.) La maquinaria esquizofrénica del capitalismo avanzado, aquella que premiaba y castigaba por lo mismo, comenzaba a presentar vulnerabilidades. Y tales grietas se originaban en la superficie, en lo cotidiano, en lo aparentemente irrelevante o anecdótico. Nada de eso se le escapaba a John Némesis.

Se dijo a sí mismo que debía tomar cartas en el asunto. Sería su gran apuesta de cara al nombramiento, pues lo daba por sentado. Contempló henchido de orgullo la sala donde se encontraba y lo vio claro: otra vez más, el futuro estaba en los hologramas.

13

Stéphane Godard contemplaba una pantalla integrada en la pared donde estaban expuestas las fotografías que la policía había podido tomar de las pintadas realizadas en distintos puntos de París. De momento, y a juicio de Godard, estaban dispuestas sin un orden establecido. El agente Rouch dejó una taza de café junto a su superior sin decir una palabra. A su lado, con los brazos en jarras, también se puso a mirar con gran atención la pantalla de grandes dimensiones y altísima resolución. Cada elemento podía ser ampliado con un gesto de mano o de voz sin perder el más mínimo detalle.

—¿Qué piensa, señor?

Godard no contestó. Cogió la taza con un gesto adusto y dio un sorbo. Tenía fama de hacer gala de muy malos modales y de implicarse más de lo establecido en algunas de sus investigaciones, llegando a actuar físicamente en determinados momentos. Es decir, a pelear o golpear a un detenido si lo estimaba oportuno. Con cincuenta y cinco años, casi dos metros de altura y noventa y cinco kilos de peso, Stéphane Godard seguía conservando el aspecto de un boxeador profesional. No le había agradado en absoluto recibir la llamada de John Némesis en persona instándole a descubrir a *las* responsables de las pintadas. Aquello significaba que sus agentes no habían conseguido dar con ninguna pista hasta entonces.

—¿Qué se sabe? —preguntó finalmente.

—Todavía nada —respondió Rouch sin despegar los ojos de la pantalla.

Godard exhaló el aire por la nariz de manera pesada, exhibiendo su mal humor mientras reflexionaba. A pesar de no haber dado con los autores de los grafiti, Stéphane Godard ya tenía claras varias cuestiones clave. Se trataba de un grupo altamente organizado que contaba con un plan muy bien diseñado. Las pintadas suponían una declaración de intenciones, una especie de amenaza o advertencia. El

grupo no debía ser muy numeroso, dado que había optado por las estrategias de guerrilla. Los métodos para difundir su mensaje eran de tipo analógico (*spray*, fotografías tomadas con dispositivos caseros no conectados a la Red, etc.), lo cual dificultaría el rastreo. En todos los escenarios, las cámaras de seguridad habían sido destruidas. Aunque los insurrectos tenían bien claro que eso no sería suficiente, que todos los ataques serían «suicidas»; que sólo dispondrían de un margen de tiempo muy escaso para operar y escapar, amén de conocer previamente el lugar en que se hallaban las cámaras terrestres, así como la existencia de un sistema de vigilancia vía satélite. En pocas palabras, Stéphane Godard sabía que aquellas rebeldes iban a darle muchos problemas.

—Quiero que los del laboratorio examinen la composición de la pintura para identificar la marca. También el registro de todos los establecimientos donde pueden haber sido adquiridos los botes.

—Podemos estar hablando de miles de establecimientos sólo en París, señor…

—He dicho todos los establecimientos.

—Sí, señor.

El agente Rouch se retiró inmediatamente, sin rechistar, dejando a Godard mirando la pantalla, aunque, en realidad, sumido en sus propios pensamientos.

No podía defraudar al señor Némesis, de acuerdo con todas las apuestas, el nuevo y primer presidente de la Coalición. Godard recordaba a la perfección el cambio a nivel planetario que tuvo lugar alrededor de 2020: la pantomima que se había ido gestando durante la primera década del siglo XXI, con el progresivo crecimiento de lo que fuera la potencia China y del bloque oriental en su conjunto; la Segunda Guerra fría entre los territorios tradicionalmente conocidos como Estados Unidos y Europa y Rusia; los movimientos geopolíticos, las nuevas alianzas, el demonio islámico como pretexto para asaltar las últimas reservas de petróleo mientras se vendían armas a los supuestos enemigos de Occidente.

Claro que Stéphane Godard lo recordaba como si lo estuviera viendo. Con apenas treinta años ya era un miembro destacado de la Dirección General de Seguridad Exterior francesa. Todavía podía ver las caras de los parisinos al contemplar cómo aterrizaron los primeros drones y se impuso la ley marcial; cómo los miembros de la ONU,

desaparecida poco después, aparecieron en las pantallas de televisión anunciando el fin de una era y la necesidad de un gobierno tecnócrata e internacional. Caras desconocidas hasta entonces asumieron el gobierno a través de un discurso basado en el argumento de la seguridad ciudadana, pero dejando claro, de manera indirecta, el riesgo que entrañaba cualquier tipo de oposición.

Los cuarteles fueron intervenidos, la información clasificada, los archivos confiscados, se nombró a nuevos jefes a los que rendir cuentas. Los focos «conflictivos» fueron aniquilados. Los regímenes de la antigua África, Sudamérica, Arabia y todo el territorio de credo islámico fueron devastados sin contemplaciones. Después de aquello, se instauró una *paz* impuesta.

En efecto, durante un tiempo, las cosas daban la impresión de mejorar. La población mundial se vio inmersa en un periodo de abundancia. Los disturbios y enfrentamientos en los márgenes del llamado *primer mundo* cesaron y todo apuntaba a que la humanidad se adentraba en una nueva era.

Las voces que se empeñaban en recordar que esa paz o esa nueva fase de la historia del ser humano había sido alcanzada a través de la guerra fueron acalladas rápidamente y sin dejar rastro. Cualquier huella de pensamiento crítico fue sustituido por buenas noticias y mensajes positivos. «Ahora todo va bien». La gente los creyó.

Por aquel entonces, muy pocos habían oído hablar de otro hombre que apenas llegaba a los treinta; un hercúleo extranjero, doctorado en telecomunicaciones, de quien apenas se conocía el menor detalle sobre su pasado, salvo el rumor de que había colaborado como asesor en la época en que se crearon las primeras redes sociales. No era posible verificar dicha información. Una información que, quizá, no dejase de ser un rumor, pues a mediados de la década de dos mil John Némesis no era sino un adolescente.

En los años sucesivos tampoco su rostro llegaría a verse con demasiada frecuencia en medios de comunicación. Pero el círculo empresarial y financiero más importante del planeta sí que llegaría a conocer su nombre, es decir, su fortuna. Sus negocios seguirían envueltos en un halo de misterio, pero las cifras que manejaba sí que lo habían convertido en una leyenda. Apenas había imágenes de su rostro. Nadie sabía a ciencia cierta con quién estaba casado, de hecho, ni siquiera si lo estaba. Aunque todo apuntaba a que su esposa era una

nieta de la aristocracia del este de Europa. Tampoco se conocía su residencia habitual, pero sí que contaba con mansiones en muchas de las más importantes ciudades del mundo.

En esencia, John Némesis era un misterio viviente y si recibías una llamada suya, si él se dirigía personalmente a ti, no te quedaba alternativa: tenías que obedecer sus órdenes.

En dicha tesitura se hallaba Stéphane Godard. Se frotó los ojos con ambas manos y se masajeó la nuca posteriormente. Debía encontrar a las responsables de las pintadas a la mayor brevedad y no podía permitirse el menor fallo. Sus mejores informáticos ya estaban detrás de las huellas digitales de las fotos que corrían a través de la Red. Muchas de ellas resultaban calculada y deliberadamente ambiguas, como aquellas en las que el mensaje se leía aunque no daba la impresión de ser el objeto principal de la imagen. Casi todas ellas disparadas desde locales públicos sin cámaras de vigilancia, o hábilmente evitadas, así como a través de programas que permitían la programación de mensajes que se enviarían a cuentas creadas por *fantasmas*. Los robots que examinaban con anterioridad los mensajes que iban a ser lanzados no eran del todo infalibles. A pesar de que su índice de éxito rozase el noventa por ciento, siempre se escapaba algún mensaje o imagen Por norma general, eran interceptado y eliminado con suma rapidez, pero la censura seguía presentando algunas grietas.

Lo importante para aquellos que llevaban a cabo tales acciones, no obstante, era sembrar el germen de la duda y la desconfianza. Hacer que alguien los viera, aunque fuera una sola persona. De ese modo, el boca a boca haría el resto. La *rumorología* seguía siendo una poderosa arma en 2036. Parecía parecía seguir formando parte del código genético del humano.

Precisamente en esas se hallaba Stéphane Godard: en descubrir la manera de frenar, o mejor acabar, con el rápido avance de la noticia de las pintadas. Pues si había llegado a una opinión pública ya acostumbrada a no aproximarse a la información comprometedora, ¿qué no estaría sucediendo en el ámbito privado? ¿Cómo mesurar el impacto de algo así? Godard se lamentó profundamente del lento avance del *Gran hermano*…

Se frotó de nuevo el mentón. Volvió a mirar la pantalla clavada en la pared, confiando en que su equipo no tardase en elaborar el informe

que había solicitado. No tenía tiempo que perder. Ese asunto era de locos.

14

La historia de Sophie. Parte II

Dos días después del encuentro con Edouard Delorme, Sophie Levallois seguía sin conocer la identidad de los hombres que habían acabado con la vida de Benoît Magné. Se esforzaba en continuar con su vida que, en ese momento, consistía básicamente en asistir a clase en la universidad, donde estudiaba Literatura comparada, darle vueltas a la cabeza y hacer más ejercicio del recomendable incluso para una persona joven. Desde la agresión, había sustituido el elegante ballet por las clases de artes marciales mixtas, a lo cual sumaba largas carreras y largas horas en el gimnasio. Se había propuesto no volver a sentirse indefensa jamás y lo había logrado.

Aquel día esperaba el autobús en la parada. Daba vueltas a una cuestión en la que no había reparado con anterioridad. Su conversación con el detective le había hecho caer en la cuenta de que cuando fue secuestrada su dispositivo móvil estaba activado. De forma que no habría sido difícil localizar su posición. Alguien debió anularlo, o bien el lugar al que fue trasladada contaba con un inhibidor de señal. Instintivamente, miró la pieza de grafeno que portaba en la muñeca.

Fue entonces cuando alguien la rozó suavemente en el brazo. A su lado se había situado un hombre que de entrada no le suscitó demasiada confianza. Vestía pantalones vaqueros anchos, una cazadora fina y amplia sobre una camiseta negra de baloncesto, unas zapatillas de deporte y un pañuelo azul marino con motivos de cachemir en blanco atado a la frente. Sophie no recordaba haber visto a nadie con algo así en su vida. Le sorprendió el atuendo por dos razones: la primera porque estaba claramente trasnochado y la segunda porque el sujeto superaba con amplitud los treinta años y ese modo de vestir le pareció un tanto inadecuado. Se apartó un poco de

él.

—Creo que has estado preguntando por nosotros —susurró el hombre sin desviar la mirada del frente.

Sophie le lanzó una mirada de soslayo. Comprendió que se trataba de uno de los «colaboradores» de Delorme. Poco después sabría que era aquel a quien llamaban Detour.

—¿Puedo llevarte a alguna parte? —preguntó.

—Prefiero ir caminando —respondió ella con voz temblorosa.

—Como veas.

Sophie desconocía el hecho de que Detour carecía de vehículo propio, pero éste no hizo ninguna observación al respecto. En lugar de eso, se limitó a seguirla hasta una plaza bastante atestada de gente.

—No te recomiendo este lugar —señaló Detour.

—No me gustan los sitios solitarios.

—Créeme, en algún momento llegarás a preferirlos.

—Está bien. ¿Dónde sugieres que vayamos?

—Conozco un garito que no queda muy lejos de aquí. Allí estaremos más seguros. —La chica asintió—. Por cierto, soy Detour.

—Sophie. Encantada.

El hombre sonrió. Estaba bastante claro que conocía perfectamente su nombre y muchas cosas más acerca de ella.

El local en cuestión no pasaba de ser un antro oscuro con las paredes pintadas de negro y algunos grafiti a modo de decoración inintencionada. Sophie se preguntó cómo podrían estar más seguros allí que en ninguna otra parte. Le pareció una contradicción en los términos.

Los graves del «*Dog Door*» de Tom Waits resonaban con contundencia a través de los altavoces del establecimiento. Se sentaron en una mesa del fondo. No había muchos parroquianos a esa hora.

—¿Esto qué es? ¿Un fumadero?

—No descartaría que lo hubiese sido en algún momento, pero ahora es el lugar donde tú y yo vamos a hablar acerca de un par de cuestiones.

Sophie endureció su rostro como mecanismo de defensa. Su pose de estar al mando no iba a favorecerle demasiado en aquella tesitura. De modo que optó por aparcar la ironía y escuchar lo que ese tal Detour tenía que decirle.

—No me andaré por las ramas —prosiguió—: Delorme nos dijo que nos estabas buscando y mi primera pregunta es ¿para qué?

—En primer lugar, quería daros las gracias por haber acabado con la vida del hijo de puta que me secuestro y me violó hace tres años.

Detour apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos a la altura de la barbilla.

—No hay de qué. Más preguntas.

Sophie se vio en una especie de encrucijada. Realmente no había muchas más preguntas. El deseo de ver sus rostros había sido el motor principal de su acción. Entonces se alegró de haber charlado con el detective.

—Delorme me dijo que jamás aceptáis un encargo si no está debidamente justificado. —Hizo una pausa—. Me habló de una causa, una causa mayor. ¿A qué podría referirse?

—Oye, lamento mucho lo que te sucedió. De veras. Por desgracia hay muchas chicas en tu situación. Hemos ayudado a unas cuantas. Tal vez fuese a eso a lo que apuntaba Delorme.

—Creí entender que algo oscuro se movía detrás de tales atropellos.

—Tales atropellos… —Detour sonrió con cierta melancolía—. Se nota que eres una buena chica. Por eso te recomiendo que te alejes de toda esta mierda.

—Esta mierda, como tú la llamas, me ha salpicado.

—Nada comparado a lo que podría sucederte si siguieras hurgando.

—¿Quiénes son los otros que participaron en la ejecución de Magné?

—Ejecución, vaya término más terrible, ¿no crees? —Sophie no contestó—. Mira, considera mi visita un gesto de cortesía y una invitación a que te estés quieta. ¿He sido lo suficientemente claro? Si sigues por ahí, no puedo garantizarte que ni yo ni nadie pueda ayudarte. Y, créeme, las cosas pueden ponerse muy feas. No te voy a engañar, los tentáculos de esta gente son muchos y alargados. No te conviene enfrentarte a ellos. No, al menos, de la manera que intuyo quieres hacerlo.

—¿Y cómo se supone que quiero hacerlo?

Detour resopló con suficiencia.

—Chica que ha sido violada por un magnate se lanza a la

investigación de una sucia trama que… ¿Te suena? Esto no es una película. Aquí no hay final feliz. Tan sólo otra chica metida en una bolsa de plástico y arrojada a un pantano remoto. Y todo para nada.

—Tu pesimismo resulta molesto.

—Tengo la impresión de que no quieres comprender.

—Quien parece no darse cuenta de nada eres tú.

—De acuerdo —dijo Detour cruzando los brazos y recostándose sobre el respaldo de la silla—. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué hay detrás de esas violaciones?

—Detrás de esas violaciones hay un puñado de tipos ricos que se creen con el derecho a hacer lo que les salga de las narices, pues se saben con impunidad absoluta. ¿Lo pillas?

—¿Y ya está?

—No. —El rostro de Detour adoptó un gesto intimatorio—. Esa impunidad se extiende a todas las esferas: pueden robarnos, controlarnos, dominarnos, esclavizarnos y poco podemos hacer al respecto. El asunto de las violaciones es otra muestra de su poder. Ésa es la razón por la que algunos de nosotros nos oponemos a sus políticas y métodos de actuación. No somos asesinos. Tan sólo tratamos de resistir y de defender como podemos a los nuestros.

—¿Quiénes son los vuestros?

—Vosotros.

—¿Qué sois, una especie de justicieros?

—Puedes verlo así si lo deseas, aunque nosotros preferimos denominarnos luchadores por la libertad.

—¿Y os habéis planteado incluir a una luchadora en vuestras filas?

Detour carraspeó reprimiendo una carcajada.

—¿Te has visto? ¡Pareces una bailarina! ¿Qué harías? ¿*Cupcakes*?

—Puedo aportar algo que imagino que a vosotros os falta —Detour abrió los ojos—: pasta.

El hombre resopló y Sophie ladeó la cabeza esperando una respuesta.

Esa misma tarde, Sophie fue conducida a una casa a las afueras. Al principio, se sintió algo asustada y tuvo sus reservas, pero su cicerone le aseguró que estarían a salvo. Los temores de la chica, empero, poco tenían que ver con la seguridad de la vivienda. Al final

accedió. Pudo más la curiosidad que el miedo y los malos recuerdos.

Allí, Detour le presentó a tres amigos: 8, Moustache y Bansky.

—Muy bien —dijo Sophie—, ¿qué tal si me habláis de las otras chicas?

—Es información reservada —apuntó Moustache—. Al igual que no hemos hablado de tu caso con nadie, respetamos la privacidad del resto de mujeres.

—Lo entiendo. ¿Podemos hablar entonces acerca de cómo conseguisteis llegar a Magné?

Fue así como aquellos hombres mencionaron, entre otros, a Delorme y a un informático llamado Blind. Finalmente, dieron con Benoît Magné mientras hacía de vientre en su residencia. Allí acabó sus días. Nada de saña. Un tiro en la cabeza y pocas palabras. La familia estaba fuera de casa. Había una desagradable película X en el proyector del salón. Dejaron el canal cuando abandonaron la mansión. De ese modo los que lo encontrasen sabrían cómo se las gastaba el depravado empresario.

Los cuatro hombres guardaron silencio, permitiendo que la joven Levallois asimilase el relato. Sophie suspiró antes de volver a tomar la palabra.

—¿Todos los miembros de la Coalición son así?

—No —respondió 8—. Por fortuna los hay que sólo desean incrementar su riqueza a toda costa.

Se generó un momento de tensión, como si alguien hubiese dicho algo que no debía. Sophie captó el cruce de miradas e intervino con rapidez:

—¿Qué está pasando aquí?

—En cierto modo, jovencita —contestó Moustache—, eres tú la que deberías explicárnoslo. ¿Qué es lo que pretendes?

—Ya os lo he dicho. —La juventud siempre fue rica en atrevimiento —. Quiero saber más. Y quiero ayudaros.

—¿Hay algo que te haga pensar que puedes hacerlo? —medió Bansky, que debía pesar más de doscientos kilos y que hasta el momento no había dicho una sola palabra—. No tienes ni idea de dónde puedes acabar metiéndote. Chicos, que la hayáis traído no me parece mal, pero como broma es suficiente. No te ofendas —añadió refiriéndose de nuevo a ella—, pero esto te queda un poco grande. Mírate, una niña rica con ganas de jugar a los policías. Y que conste

que siento un montón lo que te sucedió, en serio. Pero de ahí a que te considere una superheroína o algo así va un largo trecho, ¿lo entiendes?

Sophie advirtió que era el momento de dar un puñetazo sobre la mesa y mostrar una cara menos cándida.

—Un cerdo me secuestró y me violó cuando yo era prácticamente una niña. ¿Qué es lo peor que puede pasarme? ¿Que me maten? Yo ya estoy muerta.

Su mirada era dura, convincente. Los cuatro hombres se miraron entre sí.

—Será mejor que eches un vistazo a esto —dijo 8.

Desapareció para regresar con una carpeta que le entregó.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó ella agitando el dossier.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo de un modo tácito, los cuatro hombres cruzaron los brazos.

15

-¿Me estás diciendo que lo que había en aquel documento parecía estar sacado de una novela de Aldous Huxley?

—En Concreto de *Un mundo feliz*. Hablo del todo en serio. —Albatros se rascó el mentón—. Resulta irónico —prosiguió Sophie—, el autor británico escribió ese libro para prevenirnos y, mira tú por dónde, estos cabrones lo utilizaron para dominarnos. En cierto sentido, se convirtió en su Biblia particular.

Albatros deseó que quedase vino en la botella, pero no era el caso. Sophie cogió el cubo de Rubik que descansaba sobre la mesa del salón. El matemático le dedicó una mirada fugaz que no pasó inadvertida a la joven.

—¿En cuánto tiempo lo completas?

—Depende.

Su respuesta fue una verdad a medias. Albatros era uno de los más rápidos jugadores de Rubik del mundo, aunque jamás hubiese participado en ningún concurso.

—¿Quieres probar? —Sophie extendió el cubo hacia el espadachín.

—Quizá en otro momento. El vino reduce mi capacidad reflexiva y de concentración.

Sophie sonrió y echó otro rápido vistazo a la estantería donde se amontonaban sin un orden aparente los libros. Libros en papel. Un claro anacronismo.

—No sabía que te gustasen las novelas de ese tal León Poiccard. Son una mierda.

—Lo son, pero él no lo oculta. Además, un tipo que afirma que su padre era francés pero él no tiene todos mis respetos.

Sophie asintió.

—*Oui*.

—Bien, como te iba diciendo, los primeros miembros de la

Coalición se sirvieron de la novela de Huxley e imagino que otros textos para diseñar su ideario y su metodología. Sabían que el placer desmesurado, el hedonismo mal entendido, el egoísmo, la indiferencia y la saturación informativa constituían la vía más rápida para controlar a las masas. Yo aún no había nacido cuando muchas voces alabaron el análisis orwelliano presente en *1984* para explicar las derivas de la sociedad del siglo XXI. Pero se equivocaron. Si algo nos dejó claro el símbolo del panóptico es que, una vez interioridad la vigilancia, ya no hacen falta guardias.

—¿Orwelliano? Oye, de haber sabido que nos íbamos a poner filosóficos, habría descorchado otra botella de vino.

—No será necesario. Lo que quiero decirte, y es lo que 8 y compañía me mostraron, es que la Coalición dispone de un esquema muy concreto acerca de cómo conducir a las masas, por decirlo de un modo suave.

—¿Puedes adelantarme algo?

—Ya tendremos ocasión para ello. Hoy creo que has tomado más vino del recomendable. Por ahora quédate con la idea de que el tema de los abusos sexuales es sólo un síntoma de la prepotencia de quienes nos gobiernan.

—Casi me alegra saber que no voy a tener que enfrentarme a una red de depravados sexuales.

—Te enfrentarás a algo peor, te lo aseguro.

—¿Por qué has pensado en mí?

Sophie sopesó la respuesta.

—Tú siempre has formado parte de nuestro grupo aun sin saberlo.

—¿Perdón?

La chica hizo la señal de *stop* con las manos.

—¿Te suena un tipo llamado Blind, un informático?

—Claro, fue…

—Sí, fue alumno tuyo y también otro de los que participó en la operación para atrapar a Benoît Magné.

—Hum —gruñó Albatros mientras asentía—. ¿Qué es de su vida, por cierto?

—Podríamos decir que ha orientado sus actividades hacia el sector del entretenimiento.

—Ya veo. Delorme, Blind, dos de mis colaboradores más estrechos, dos buenos amigos.

—Ellos me hablaron de ti. No te he buscado únicamente por tu manejo del sable. Tu inteligencia es legendaria.

—Me vas a hacer sonrojar.

—Guarda tu falsa modestia —dijo Sophie dándole una suave palmada en el hombro.

Albatros presionó el puente de la nariz. Comenzaba a sentir los efectos del alcohol y recordó por qué rara vez bebía.

—¿Y las chicas? ¿Cómo las «reclutaste»?

—Supongo que tirando de «cartera de clientes». —Sophie no logró imprimir una pátina humorística a su comentario. Sus ojos se humedecieron un poco, si bien no tanto como al escuchar la siguiente pregunta que Albatros le formuló.

—¿Qué puedes decirme del gimnasio tan sofisticado que tenéis instalado en ese «campo de concentración» abandonado? ¿Es tuyo?

—Ahora sí. Alguien se lo compró a una viuda y luego yo se lo compré a esa persona.

La mirada de la joven pareció perderse en la profundidad de su mente. Sophie contrajo las mandíbulas al recordar vívida y repentinamente un episodio desagradable.

—¿Es donde…?

Sophie asintió lentamente. Fue en aquel almacén, por entonces propiedad de Benoît Magné, donde Levallois fue llevada para ser violada sin llamar la atención. Se generó un silencio tenso en el piso de Albatros hasta que la chica dio una sonora palmada para relajar el ambiente.

—Háblame de ti —dijo después de sorberse los mocos con discreción.

El matemático entornó ligeramente los ojos, en parte debido al vino, en parte porque aún estaba digiriendo lo que acababa de oír. En parte, porque no tenía gran cosa que decir.

—Tengo poco que contar. Clases en la Universidad, esgrima por la tarde…

—No puedo creerme que un tío tan atractivo como tú no tenga ninguna historia suculenta a la que hincarle el diente. —Sophie intentó que el profesor no la descubriese frotándose un ojo. No lo consiguió, mas Albatros disimuló lo mejor que pudo.

—¿No has dicho hace un segundo que no era tu tipo?

—Lo cual no significa que desde un punto de vista objetivo no me

parezcas un hombre interesante.

—Desde lo de Julia admito que no he estado muy presente. He acudido a alguna fiesta, he viajado un poco, ¡vamos, que soy un aburrido!

—¿Quieres hablar sobre tu divorcio?

—¡¿Quién quiere hablar sobre su divorcio?! No se me ocurre un tema de conversación menos apropiado y más soporífero.

—Llevas razón —admitió Sophie—. En realidad lo que quería saber es si había en tu vida una mujer a la que no le agradase que pasases algunas noches con nosotras. Veo que no. Mucho mejor.

La sonrisa de Sophie era reconfortante. Con discreción, se había quitado las zapatillas y había subido ambos pies encima del sofá. Se acurrucaba como una niña traviesa y acariciaba su pelo con coquetería.

Albatros celebró en su fuero interno que aquel violento episodio de su vida no la hubiese marcado hasta el punto de rechazar la sensualidad, ni al conjunto formado por los hombres. No quiso preguntarle por su vida personal, a pesar de que cualquier hombre en su situación habría sentido la tentación de aproximarse carnalmente a ella. Pero, a su manera, Albatros se había convertido en lo que siempre había sido: una compleja ecuación matemática.

—Bueno, creo que me estoy poniendo demasiado cómoda —anunció Sophie—. Señal de que ha llegado la hora de que me marche.

—No es tarde. ¿Quieres que prepare algo de cenar?

—Nada de eso, *papi*. ¿Acaso sabes cocinar?

—Si a meter cosas en el aparato que las calienta lo llamas cocinar entonces sí.

—Tal vez en otra ocasión —dijo Sophie al tiempo que se ponía en pie.

Albatros hizo lo propio y la acompañó hasta la puerta. Dos besos a modo de despedida y la promesa de una llamada próxima.

—Cuídate —recomendó el matemático.

—Y tú. Lo digo por la comida precocinada. —Sophie adornó sus últimas palabras guiñando un ojo.

Nada más subir al coche, Sophie encendió el reproductor musical. «*Heaven in This Hell*» de Orianthi inundó todo el habitáculo. Una sonrisa cariñosa se dibujó en el bello rostro de la joven mujer. Supo que había acertado con Albatros.

Solo en su apartamento, el maestro de esgrima cogió uno de los libros de León Poiccard. Lo acarició con cariño, tal vez al recordar a la mujer que acababa de cruzar la puerta de su casa. Dio la orden de voz para que el hilo musical domotizado arrojase un tema aleatorio en función de determinados parámetros (hora del día, habitantes de la casa, época del año, y un sinnúmero de variables). La canción seleccionada fue el «*Black Velvet*» en la versión de *The Lost Fingers*. La elección de aquella «inteligencia artificial» satisfizo al matemático. Tal vez, de haberse parado a pensar cómo toda aquella información había ido a parar a un simple aparato doméstico no se habría alegrado tanto. Pero esa noche se sentía feliz. Debía admitir que le gustaba estar con Sophie. Y se trataba de una sensación extraña, pues no estaba muy acostumbrado a tener amigas. Se dijo que podría familiarizarse con ello.

Se aproximó a la ventana y echó una ojeada a la calle. Noche tranquila. Seres humanos durmiendo el sueño de los justos, al olvido de la escoria que se acumulaba bajo las cloacas de la ciudad de la luz, de un mundo supuestamente civilizado. Albatros se frotó los ojos, ya cansados, y una pregunta acudió a su mente: «¿Quién quiere hablar de su divorcio?».

16

A la mañana siguiente, Albatros se encontró a sí mismo en el sofá. Había pasado otra noche allí, vestido con el traje de Hugo Boss. Notaba un ligero pinchazo en la cabeza, probablemente debido al consumo de alcohol la noche pasada. Todavía podía oler el champú de Sophie y el suavizante de su ropa flotando en el ambiente.

Como cada mañana, el segundo acto después de abrir los ojos consistía en prepararse un café de enormes dimensiones. Era un hábito que cultivaba desde hacía muchos años. Mientras el café hervía, Albatros solía darse una buena ducha. Era su modo de entrar en contacto con el mundo de los vivos cada día, algo que no siempre conseguía de manera satisfactoria. Bajo el agua, pensó en Delorme y Blind. Ellos habían estado en el ajo todo ese tiempo. Ya tendría ocasión de telefonearles, se dijo. También dio vueltas a la enorme capacidad de convicción, convocatoria y organización de la joven Levallois. Ella solita, con sus veintidós años, había montado un verdadero grupo de asalto. Aunque moral y políticamente incorrecta, la venganza siempre ha sido un poderoso motor, pensaba.

Al salir de la ducha se colocó un ligero traje de lino sobre una camisa blanca.

Agosto en la ciudad.

Mientras desayunaba, leyó las noticias que arrojaba el dispositivo holográfico instalado en la cocina. Buenas noticias. Siempre buenas noticias. Todo iba bien a juzgar por el sucedáneo de prensa que a todas luces se hallaba por entero al servicio de la *Coalición*. Albatros tenía presente que se podía acceder a otro tipo de información a través de la redes sociales, siempre que uno estuviera dispuesto a pagar un *plus* de riesgo (concretamente el de levantar sospechas de sedición). Él no tenía perfil en ninguna de ellas. Tampoco había consentido jamás que le instalasen uno de esos horrendos microchips neuronales subcutáneos que te permitían estar conectado de manera permanente.

Sí recordaba, no obstante, cómo habían sido introducidos en el mercado: el primer argumento fue la seguridad de los niños (podrían estar controlados en todo momento), el segundo la comodidad (¿para qué ir cargado todo el día con «pesados» artilugios cuando en cinco minutos podías llevar un mega servidor bajo la piel?). El resto ya era historia del siglo XXI. Era cuestión de tiempo, de muy poco tiempo, que su uso fuera obligatorio.

Nada, por lo tanto, relativo a las pintadas que el *ejército* de Sophie habían realizado.

Se preguntó cómo un hombre como él —no tenía por qué andarse con remilgos y falsa modestia negando su evidente inteligencia— no se había percatado de la existencia de fuerzas oscuras operando en las altas esferas. ¿Tal vez el desinterés? ¿Acaso había estado aislado más tiempo del que se atrevía a reconocer? En cualquier caso, si eso le había sucedido a él, ¿qué no habría pasado inadvertido al grueso de la población, sumida en el atontamiento tecnológico y en la saturación de ocio e información insustanciales?

Casi de manera instintiva, Albatros activó el reproductor musical y ordenó vocalmente un listado aleatorio. El primer tema que el sistema de sonido inteligente arrojó fue la versión del «*Enter Sandman*» de *Metallica* interpretada por Youn Sun Nah. Seguidamente, el algoritmo sugirió el corte que daba nombre al disco de la exótica Diamanda Galas «*The Sporting Life*». No pudo terminar de escucharlo. Le pareció enloquecedor en exceso. En lugar de ello, se quedó pensando en lo curioso que resultaba que una máquina se anticipase a sus deseos haciendo un cálculo de elecciones previas, conectadas con las diversas búsquedas que uno había realizado de manera voluntaria y todo tipo de información de carácter biográfico. Se dijo que las personas no pensaban lo suficiente en eso y que casi la totalidad de la ciudadanía ofrecía una radiografía completa y precisa de su vida por muy poco. Por nada. Por apenas un poco de comodidad innecesaria. Por unas cuantas migajas.

¿Por qué «recomendar» canciones desgarradoras interpretadas por mujeres? ¿Por qué esa referencia al dolor, al miedo y a la violencia? El matemático apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos, sobre los cuales apoyó la barbilla. No recordaba haber investigado nada al respecto en su consola. Pensó que, en lo sucesivo, debía ser más cuidadoso con sus búsquedas y, en general, con cada

uno de sus movimientos. La maquinaria, esa *matrix* del conformismo y la credulidad que controlaba cada gesto cotidiano, y a la cual ya se había acostumbrado, como quien se acostumbra al color de su pelo, se le figuró más poderosa y amenazadora que de costumbre.

Rápidamente se retractó de su reflexión anterior. Tal vez esa aparente vigilancia extrema practicada sobre las búsquedas en el ciberespacio pudiese ser utilizada en su propio beneficio. Únicamente tendría que buscar de manera deliberada aquello que pudiera despistar al *robot*. De acuerdo, las autoridades seguirían podrían seguir su rastro… pero se trataría de un rastro falso que daría lugar a un perfil falso. Albatros sonrió para sus adentros.

No había acordado con Sophie la fecha de su próxima «cita», pero tenía bien claro que no tendría lugar dentro de mucho. Resultaba obvia la urgencia de la joven. Trató de recordar sus últimas palabras, aquellas que apuntaban a un plan global orientado a la instauración definitiva de un nuevo orden mundial. El mismo cuento desde hacía varias décadas. Puede que ella pensase que dicho argumento le estimularía y reforzaría su intención de colaborar con su grupo. Pero se equivocaba. Albatros no sentía el menor interés por ese tipo de cuestiones, en parte porque no creía demasiado en ellas. Mucho más le había impactado la visión de aquellas marcas en la piel joven de la chica del gimnasio, su gesto decidido, su coraje, su silencio. Sus ansias de venganza. Se trataba de un sentimiento honesto y genuino. Quizá moralmente reprobable, pero, en cualquier caso, sumamente motivador. El resto de conspiraciones podía esperar.

Todavía sumido en sus pensamientos, recibió un mensaje de Sophie:

BUENOS DÍAS DÍAS. ¿CÓMO TE HAS DESPERTADO?
¿RECUERDAS QUE ESTA NOCHE PROMETISTE A LAS CHICAS QUE LES DARÍAS LA PRIMERA CLASE?

Evidentemente no lo recordaba. Se le había pasado por completo. Lo que sí le acudió a la mente otra vez fue la razón por la que apenas bebía. A propósito, ¿esa chica no dormía nunca?

Qué desastre de vacaciones. En breve tendría que incorporarse de nuevo a la Universidad y apenas había disfrutado de unos días de

descanso. En realidad, de ninguno.

»Claro que lo recuerdo.

Mintió.

»¿A qué hora te parece bien que nos veamos?

»Tú dirás.

»¿Misma que ayer?

»Vale. Allí estaré.

»¿No prefieres que pase a recogerte? ¿Crees que sabrás llegar?

»No te preocupes. Tengo buena cabeza para los números, incluidas las localizaciones de GPS.

»Genial. Besos.

Besos. Un modo un tanto atrevido de despedirse de alguien a quien apenas se conocía. Los jóvenes y sus modales. A Albatros le encantó.

A pesar de que los dispositivos, normalmente instalados en la muñeca, posibilitasen reproducir mensajes en forma de texto (algo muy útil si alguien deseaba adjuntar imágenes, vídeos o lo que fuera), nadie los escribía ya, sino que eran dictados y recibidos como notas de voz. Por supuesto, permanecía la opción de hacerlo a la antigua usanza, pero la acelerada forma de vida de la mayor parte de los seres humanos había arrinconado dicha alternativa —salvo, por razones obvias, en los espacios públicos, donde no resultase recomendable molestar o cuando el contenido era pretendidamente íntimo o privado—. El secreto se descartaba de antemano, siendo realistas. Todos estos «inconvenientes» no eran padecidos por aquellos que llevaban un microchip bajo la piel y conectado al cerebro. Libertad, seguridad, comodidad. Los nuevos lemas. La inversión de las proclamas de la Revolución francesa. La gran mentira.

Albatros apuró el café y se preguntó qué haría. Tenía todo un día por delante. ¿Qué tal si llamaba a Delorme o Blind? Los viejos zorros, poco importaba que Blind fuese considerablemente más joven que él, se lo habían tenido bien guardado.

Puede que en otro momento, pensó. En lugar de ello, estimó que le vendría bien quemar un poco de adrenalina. Y nada mejor que subirse a lomos del *Corvette*, un deportivo bastante hortera regalo de un industrial ruso no menos hortera al que, no obstante, tenía baste cariño.

Dentro del vehículo, Albatros se rascó el mentón mientras pensaba qué banda sonora sería la mas adecuada para su travesía. Lo tuvo

claro: en cualquier caso, empezaría con la versión del «*Goin´ Out West*» interpretada por *Queens of the Stone Age.*

—No soy un extra, nena, soy el protagonista…

17

A la hora señalada, Albatros aparcó el *Corvette* junto al vehículo de Sophie. Había pasado gran parte del día conduciendo de un lado para otro sin rumbo fijo y a toda velocidad. En una de sus escasas paradas, compró una lona negra para cubrir su coche. Lo hizo en un mercadillo de segunda mano en Cergy. Fue la que utilizó para ocultar el deportivo en el exterior del almacén supuestamente abandonado.

Cargado con una pequeña mochila negra y un juego de sables de madera, volvió a hacer el recorrido de la noche anterior. Al llegar a la portezuela de madera, pensó en llamar a Sophie. No tardaría en advertir que su dispositivo móvil lo tenía difícil para conseguir señal. Algo prehistórico, a menos que alguien se ocupase de que así fuera. La menor de los Levallois y su equipo se habían tomado muchas molestias en pasar desapercibidos y resultar prácticamente ilocalizables. No podía decirse que lo hubieran conseguido al cien por cien. Los sistemas de detección de la Coalición resultaban infranqueables. Pero si no daban motivos sería raro que alguien se preocupase en buscarlos.

Como buen matemático, sabía perfectamente que el ser humano realiza multitud de operaciones mentales del todo innecesarias. Por esa razón se agachó sin pensarlo y tiró de la *escotilla*. Se levantó sin problemas. Albatros sonrió. Descendió por las escaleras hasta llegar al identificador personal. Para su sorpresa, estaba habilitado para él. Accedió recibidor donde se encontrasen 8 y los suyos.

—Buenas noches, *señor Stark* —dijo 8 con sorna.

—Buena noches, *mister Morello*.

El gesto de complicidad agradó al espadachín, quien propinó al hispano dos suaves palmadas en el hombro al pasar a su lado. «¿Cómo acabaría en París?», se preguntó. Recorrió otro pasillo hasta llegar al gimnasio, donde ya le esperaban las chicas en posición de semiloto. Sophie se encontraba ente ellas. Se puso en pie al ver entrar

al maestro, gesto secundado por el resto de mujeres. Albatros esbozó una suave sonrisa (básicamente debido al hecho de ver a la joven Levallois.) La muchacha de las cicatrices también estaba a la vista.

Albatros dejó en el suelo el juego de sables de madera y preguntó si había algún lugar donde poder cambiarse de ropa. Sophie le señaló el camino con la mano. Una especie de cuarto de baño o vestidor pequeño no quedaba muy lejos. El maestro de esgrima no tardó en regresar vestido con unos pantalones negros de tiro alto ligeramente entallados y una camisa blanca muy cómoda. Su atuendo nada tenía que ver con el que solían lucir los practicante de esgrima, sino que presentaba un aspecto más parecido a un espadachín español del siglo XVII a medio vestir. Lo que tal vez no resultase azaroso atendiendo al hecho de que Albatros era un fiel estudioso de la *Verdadera Destreza*, una de las escuelas de esgrima española. Ni de esta guisa Albatros perdía un ápice de su innata elegancia.

—Muy bien, *señoritas* —dijo en voz alta y grave—. En primer lugar necesito saber cuántas de vosotras estáis familiarizadas con el manejo del sable.

Aproximadamente una cuarta parte levantó la mano. Sophie no se hallaba en ese grupo.

Albatros sacó al centro del *tatami* a las chicas que habían afirmado poder manejar un arma blanca a fin de valorar sus habilidades. En menos de tres minutos fue capaz de determinar que su nivel no era excesivamente alto y que todas ellas se decantaban por el estilo oriental, sin tener nociones básicas del manejo el florete —algo que, por lo demás, ya había supuesto desde un primer momento—.

—De acuerdo —concluyó, invitándolas a sentarse con un gesto—. Tenemos mucho trabajo por delante. Lo primero que deseo que tengáis presente es que la esgrima es un arte noble y no está orientado a cometer actos delictivos o deshonrosos. Dicho esto, no me hago responsable del uso que podáis dar a mis lecciones. Negaré toda vinculación con vosotras en caso de que os veáis envueltas en alguna investigación de asesinato, robo o vandalismo. Es más, negaré cualquier nexo con vosotras en cualquier circunstancia. —Lanzó una rápida mirada a Sophie.

Algunas de las chicas debieron encontrarle la gracia a esa última afirmación, pues se cubrieron la boca con el dorso de la mano para evitar que se viera cómo sonreían. Albatros no llegó a comprender la

razón.

—Debo señalar —prosiguió— que tengo un gran interés por las cuestiones de estilo y elegancia dentro del campo de batalla, aspecto que relegaré a un segundo plano en este caso. Mis lecciones irán orientadas a mejorar vuestra efectividad, rapidez, desarrollo de los reflejos y, aunque os resulte un tanto curioso, de vuestra capacidad de observación y razonamiento. He advertido, a juzgar por vuestras demostraciones, que os decantáis por el uso de armas como la *katana* o el sable, de forma que trataré de ceñirme a ese estilo. No es mi favorito, todo sea dicho. Imagino que habéis visto demasiadas películas. —Un murmullo producido por las risas ahogadas se expandió por toda la sala—. Primer consejo: jamás subestiméis a ningún contrincante. Nunca se sabe lo que se esconde detrás de una apariencia frágil, de un cuerpo pesado o de una persona mayor, por poner tres ejemplos. No lo olvidéis.

Las caras de las chicas no dejaban lugar a dudas. El tono introductorio había desaparecido y ya estaban entrando en materia. Albatros les habló de vectores, de líneas de fuerza y de un montón de conceptos derivados de las matemáticas y la física. Tras lo que agarró uno de los *bokken* y les mostró cómo debía ser sostenido: con firmeza, pero sin tensión ni rigidez; con una alineación perfecta de las manos y una postura corporal decorosa y firme. Su rostro presentaba un gesto grave y toda su posición denotaba concentración, seriedad y un profundo respeto por el arte de la esgrima.

—Si pensabais que esta noche íbamos a chocar las espadas, lamento decepcionaros. Primero tendréis que aprender a controlar su postura. Asimismo, os recomiendo que os hagáis con uno de estos —añadió mostrando el sable de madera—. Por desgracia no tengo suficientes para todas.

Albatros les enseñó unos cuantos ejercicios sencillos, a la par que eficaces, orientados a reforzar el equilibrio, a obligarlas a trabajar con el tren inferior y a relajar la cintura escapular. Quedaba de manifiesto el grado de preparación física de cada una de aquellas mujeres. No daban la sensación de agotarse en ningún momento ni mostrar el menor signo de fatiga o cansancio. Permanecieron así durante casi dos horas.

—Está bien por hoy —anunció Albatros. —Las jóvenes adoptaron una postura relajada—. A propósito, ¿alguien va a decirme para qué

son estas telas y estos trapecios?

Era obvio que Albatros pretendía desprenderse de su porte autoritaria ahora que había acabado la clase. Sophie tomó la palabra:

—Yo lo haré.

De un salto se subió a una tela acrobática, en la cual realizó varias figuras. Posteriormente trepó por ella hasta llegar a la altura del trapecio. Comenzó a balancearse y con una especie de voltereta se encaramó sobre él y se quedó allí sentada.

—¿Quién quiere acompañarme? —preguntó a las chicas desde lo alto.

Poco a poco, todas ellas empezaron a realizar cabriolas y ejercicios diversos. Su precisión era tal que daba la impresión de que poseyeran superpoderes, cosa que no era así. Parecían caminar por las paredes, escalaban a una velocidad impactante, efectuaban coreografías extremas y llevaban el *parkour* a otra dimensión. Albatros estaba fascinado. Finalmente, y desde una altura superior a los diez metros, Sophie realizó un triple salto mortal y aterrizó en el suelo de forma limpia y elegante. Una rodilla en tierra, la otra flexionada, una mano con la palma apoyada al suelo, justo como los corredores de velocidad antes del pistoletazo de salida. Lentamente fue subiendo la cabeza desde el pecho hasta formar una línea recta con la espalda mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Disculpa si no he tenido tiempo de practicar con el sable. He estado ocupada. —Se apreciaba un suave jadeo bajo su voz y orgullo en su mirada.

Albatros estuvo a punto de aplaudir, pero se reprimió. Se hallaba francamente impresionado. ¿Cómo era posible que no se hubiese fracturado ningún hueso? Sin duda, la muchacha era más dura de lo que aparentaba.

El matemático dedicó otra mirada a la chica de la cicatriz. Había demostrado ser una excelente acróbata y, ahora que se fijaba con más atención, una mujer bastante hermosa: pelirroja, atlética, de mirada penetrante y labios sensuales. Albatros sintió una punzada en el corazón al pensar en lo que podrían haberle hecho.

—Se levanta la sesión, chicas. Ha sido sorprendente.

El grupo se disolvió sobre el *tatami*. Algunas jóvenes se secaron con una toalla, otras charlaban animadamente y otras se retiraron no se sabía dónde. Sophie se acercó a Albatros sonriendo.

—Llevas toda la razón.

—¿Cómo? —Se sorprendió Albatros. No entendía a qué se refería.

—Alizée es muy atractiva.

—¿Quién?

—Alizée, la chica pelirroja, la de las cicatrices.

—Ah. —Albatros asintió con la cabeza.

—Me he dado cuenta de que te fijabas en ella. No intentes engañarme.

En otras circunstancias, Albatros le habría preguntado si estaba celosa, pero no deseaba seguir prolongando un juego al que no pretendía jugar. En lugar de ello, guardó silencio.

—¿Cómo supiste que me prestaría a ayudaros? —Trató de cambiar de tema.

—No lo sabía —respondió Sophie divertida.

Albatros meneó la cabeza. Aprovechando que casi todas las mujeres estaban dispersas y alejadas, apartó un poco a Sophie y le recordó su negativa a participar en ningún acto delictivo o criminal.

—Nadie ha dicho que tengas que matar a nadie —aclaró ella con seriedad—. Tu función aquí no es esa.

—Ya, me dijiste que lo único que tendría que hacer sería…

—Hacer lo que siempre haces: dar clases de esgrima y algún consejo.

—¿Algún consejo? —repitió el matemático.

—Ajam.

Albatros echó una mirada en derredor antes de preguntar:

—¿Y vuestro plan es acabar con la Coalición? Perdona que te lo pregunte, pero me da la impresión de que se trata de una misión tan utópica como estereotipada. Un pequeño grupo de chicas luchando contra el nuevo orden mundial…

—En realidad —dijo Sophie tratando de descontracturar las cervicales mediante un movimiento de cuello—, nuestro plan era mucho más modesto. Tan sólo queríamos vengarnos de aquellos miembros que hubieran abusado de alguna mujer. Por supuesto no los conocíamos a todos, entre otras cosas, porque muchas de sus víctimas no los habían denunciado. Cuando una chica de clase baja se despierta en un lujoso apartamento con signos de haber sido maltratada o violada, sabe perfectamente que sus protestas no llegarán muy lejos. ¿Poner una denuncia? ¿Contra quién? No olvidemos que,

en muchos casos, la víctima ni siquiera podía identificar al agresor. Además, los abogados son muy caros. Pero esos seres despreciables pueden costearse todo un bufete.

—Tú no eras precisamente de clase baja —objetó Albatros.

—Cierto. Por eso es por lo que decidí ayudar a otras mujeres en una situación no tan favorable como la mía. Y, aunque te parezca políticamente incorrecto, pienso que hay cosas que no deberían resolverse en un juzgado. —Albatros mantuvo la mirada clavada en los ojos de la chica—. En fin, tratamos de hacer un listado, hasta la fecha inexistente, de miembros de la Coalición, especialmente de los varones. Fue durante esa investigación cuando los chicos toparon casi por azar con las famosas notas de las que estuvimos hablando anoche. Sí, esta historia —añadió bajando la velocidad de sus palabras— también comienza, como casi todas las cosas importantes, con un error. Y sabes muy bien que a toda acción le corresponde una reacción igual y contraria.

—La tercera ley de la mecánica newtoniana. La cosa se pone interesante.

—No estoy hablando de física. Estoy hablando de venganza. —Hizo una pausa—. Después de descubrir el contenido de ese documento, y después de mucho meditarlo, llegamos a la conclusión de que nuestro plan debía presentar dos vertientes: por una parte llevar a cabo la merecida venganza, restaurando así la justicia y el equilibrio, y, por otro, dar a conocer a la población los planes de la Coalición.

—¿Qué os hace pensar que la gente se rebelará?

—Cuando conozcan lo que están a punto de llevar a cabo *los de arriba*, lo harán.

—Admítelo, no eran más que unos apuntes sueltos. Ni siquiera figuraba el nombre del autor o autores de los mismos.

Sophie separó varias veces la camiseta de su cuerpo a fin de refrescarse. Resopló antes de concluir:

—¿Qué tal si me invitas a una copa?

Albatros no pudo resistirse a su sonrisa. Ni a la tentación de una ecuación por resolver.

18

El *Foxy Lady* era uno de los clubes más selectos de todo París y Sophie Levallois se sintió orgullosa, a pesar de tratar de ocultarlo, de que su apellido le abriese las puertas. Albatros la siguió, aunque no pudo evitar dar un discreto codazo cómplice a Didier, el fornido guardaespaldas que franqueaba el lado derecho de la entrada, al pasar a su lado. Éste no dudó en guiñarle un ojo. Podría decirse que eran dos viejos conocidos.

El local estaba concurrido sin llegar al abarrotamiento. En realidad, algo así, jamás llegaba a suceder allí. Muchos de los presentes eran miembros destacados de la Coalición y disfrutaban del exclusivo ambiente acompañados de jóvenes y bellas muchachas. Albatros se alegró de la elección de su traje y a Sophie no pareció importarle demasiado su aspecto excesivamente deportivo. Sabía perfectamente que su mayor baza residía en su belleza, y resultaba poco habitual que un hombre se fijase antes en el vestuario de una dama que en sus curvas, por mucho que aquel las acentuase o disimulase. En cualquier caso, si prestaba más atención al envoltorio que al contenido, ese hombre no revestía el menor interés para ella.

El volumen de la música, estudiado al milímetro, permitía a los clientes mantener una conversación, si bien les proporcionaba un cierto grado de privacidad, gracias al escudo sónico de última generación. Por lo demás, todos aquellos que asistían al local de manera habitual tenían presente que éste se caracterizaba por carecer de medidas adicionales de seguridad, entendida simple y llanamente como vigilancia. Sin llegar a constituir un lugar franco, era posible charlar con una cierta confidencialidad, limitada por la presencia de otros desconocidos a una corta distancia. En dicho detalle residía su popularidad entre las clases altas: era el lugar ideal donde dejarse ver y mantener una conversación importante o cerrar un negocio de envergadura en un ambiente informal y en apariencia relajado.

Sophie cogió la mano de Albatros y le condujo hasta un lugar un poco más apartado. La primera reacción del matemático fue sorprenderse, pero prefirió no darle importancia. Tanta confianza le seguía resultando incómoda. Por mucho que él hubiese preferido ser un seductor de corte hedonista y despreocupado, más bien se ajustaba al patrón de tipo frío, ligeramente cínico y decididamente desencantado. Aunque, después de todo, «¿quién quiere hablar de su divorcio?». Un alto porcentaje de los varones allí presentes, en especial los que superaban los cuarenta, no habrían tenido inconveniente en ser acompañados por una mujer como Sophie. Por tanto, Albatros despertaba en ellos envidia e ira, aunque él mismo fuese del todo indiferente a la cuestión.

Había una mesa libre al fondo (siempre había una mesa libre para la persona adecuada) y los dos tomaron asiento.

—No debería ser yo la que te dijera esto, pero, a decir verdad, intuyo que Alizée *también* se siente atraída por ti —apuntó Sophie tras pedir al camarero un *Blue Moon* para ella y un vaso de leche para Albatros. El muchacho se sorprendió tanto por el hecho de que fuese ella la que ordenase la bebida como por la extraña petición del caballero.

—¿Te llevas alguna comisión? —bromeó el matemático—. ¿A qué viene tanto interés por mi opinión sobre esa muchacha? Es muy atractiva, no te lo negaré, pero, a diferencia de esos amigos tuyos de la Coalición, no me siento inclinado por las jovencitas.

—Tiene veintiocho años y tú no eres tan viejo —Sophie sonrió.

—Vaya, cualquiera lo diría.

—En efecto, parece haber hecho un trato con el diablo.

—Tal vez lo haya hecho… —apuntó Albatros, casi para sus adentros—. En cualquier caso, dudo mucho que me hayas traído a este sitio tan selecto para hablarme de una amiga, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas. Por cierto, ¿habías estado aquí antes?

Albatros pensó en Didier.

—No.

Sophie supo que estaba mintiendo. El camarero llegó con las bebidas.

—Muy bien, hablemos del contenido de esas notas.

—¿No crees que sería más razonable que empezaras contándome cómo lo conseguisteis?

—Delorme, Bli… ¿De verdad consideras que es relevante? Vayamos al grano. Créeme si te digo que vamos justos de tiempo. Imagino que piensas, como cualquier habitante de este lado del planeta, que vivimos en un periodo de prosperidad, estabilidad política y bienestar social, ¿cierto?

Albatros echó un vistazo a su traje, miró a su alrededor y respondió:

—Eso parece, a juzgar por el precio de las botellas de champán en este garito…

Sophie asintió.

—Por otra parte, tú eres un hombre de ciencia, un hombre de números, y supongo que no te resultará difícil llegar a la conclusión de que dicho bienestar es incompatible con unos recursos limitados, ¿estás de acuerdo?

—Hace unos años no habría tenido mayores reparos en darte la razón, pero, Sophie, las evidencias no apuntan en esa dirección. Sé que hay personas que no lo conciben, pero la ciencia no sólo avanza en la senda del mal. No todo es conspiración y un constante e irreversible «olvido de Dios». Hoy en día, por ejemplo, las técnicas de cultivo hidropónico han avanzado hasta un punto que permiten abastecer a la mayor parte de la población.

—Veo por dónde vas, pero, antes de que continúes quiero hacerte una pregunta: ¿qué hacemos con el espacio? La esperanza de vida es cada vez mayor, algo que, por desgracia, no sucede con la cantidad de tierra y agua existentes en nuestro planeta. No estimo necesario recordarte que la ilusión de la vida en el espacio, última razón del estudio de la habitabilidad de otros planetas, todavía no ha pasado de ser una fantasía.

—No me imagino a ninguno de estos viviendo en la luna —dijo Albatros divertido y señalando con la mirada a los clientes del *Foxy Lady*.

—Dejemos a un lado quiénes serían los habitantes de esas colonias, porque una cosa es que un millonario excéntrico decida hacer turismo interplanetario y otra muy distinta el hecho de que se necesite mano de obra «barata» para construir una nueva civilización. ¿Imaginas quiénes serían enviados al espacio? No serían los ricos, sinos los presos y los pobres, obligados a realizar trabajos forzados. En cualquier caso, y es a lo que iba, lo cierto es que las cosas aquí abajo

no están tan bien como quieren hacernos creer estos señores de la Coalición. Te contaré una historia. —Albatros adelantó un poco el cuerpo en un gesto involuntario de mostrar interés y prestar atención—. La leí en un libro escrito por un místico un tanto particular y, aunque algo desactualizada, creo que servirá para ilustrar lo que quiero que entiendas. Según parece, un amigo suyo muy excéntrico fue a visitarle a su casa vestido de mariscal, con la peculiaridad de que en lugar de galones lucía una insignia budista. Le habló de la inteligencia de los vegetales. Uno de los ejemplos que ponía era el color y sabor de las frutas. No olvides que es una historia vieja, de cuando los vegetales procedían normalmente del suelo. Ese amigo le dijo que atendían al hecho de que deseaban ser comidas por las aves para diseminar sus semillas a través de su aparato digestivo y excretor. Asimismo, señalaba que las plantas estaban muy preocupadas por el mal uso que los seres humanos hacíamos de la biosfera, de modo que decidieron iluminarnos psicodélicamente. —Albatros frunció el ceño antes de arquear las cejas—. Piensa que el místico del que te hablo vivió la época de la contracultura, allá por los años sesenta del pasado siglo.

—¿En serio? ¿Esas cosas figuran en los libros que has leído?

Con esta pregunta, Albatros dejaba deslizarse la idea de que, de manera subrepticia, gran parte de la Historia había sido modificada en los textos escolares, dejando a un lado o directamente eliminando momentos ricos en pensamiento crítico. Con el paso del tiempo, las nuevas generaciones creerían que *todo había sido así siempre*, es decir, tal y como las cosas estaban en 2036.

—Leo cosas muy raras, te lo aseguro. Total —prosiguió Sophie—, las plantas llegaron a la conclusión de que si las personas no aprendían así y recuperaban el sentido común se verían obligadas a exterminarlas de la faz de la Tierra haciendo el entorno cada vez más tóxico. Algo que, como todos sabemos, ya ha tenido lugar.

—Es una historia curiosa —dijo Albatros—. ¿En serio tienes veintidós años? Empiezo a pensar que has tenido una vida muy aburrida. La venganza mística de los vegetales… ¡Ésa me la apunto!

—Que seas bueno con los números no significa que aciertes siempre. Como, según advierto, suele pasarte con las cuestiones humanas. Lo que quería decirte es que la Tierra no deja enviarnos señales inequívocas de su agotamiento, por una parte. Y lo que resulta aún más dramático es que la mayor preocupación para muchos no

tiene nada que ver con esa cuestión. No sólo de pan vive el hombre y menos en estos tiempos, ¿no te lo parece a ti? Incluso llegaría a decir que algunas chicas se alimentan a base de diamantes. Resultan bastante difíciles de cultivar incluso en un laboratorio, dicho sea de paso. Así sucede también con otras materias primas con las cuales se fabrican los artículos de lujo. —Sophie dio un sorbo a su *Blue Moon*—. Y es que el verdadero lujo reside en la exclusividad, no lo olvides. Por eso se matan tantos y tantos descerebrados de pene flácido y culos caídos, baja autoestima y egos hinchados.

—Veo que no te andas con paliativos.

—Mi querido espadachín, cuando un cerdo acaba con tu inocencia, acaba para siempre y también lo hace con tu paciencia. Es como la virginidad, ¿sabes?, una vez que se pierde, ya no se recupera. —Albatros se preguntó si Sophie había perdido ambas cosas a la vez y a manos del mismo depravado, pero omitió el comentario—. Lo que quiero decirte es que hay indicios de que la Coalición planea exterminar a una parte considerable, muy considerable, de la población. Quiere justificarlo a través de una batería de informes y datos basados en estudios medioambientales y demográficos que alertan de los peligros de la superpoblación.

—¿Todo eso se desprende de las anotaciones que encontrasteis? Por favor, no seas ingenua, nadie dejaría por escrito algo así.

—Llevas razón. Por eso he especificado que se trataba de indicios. Pero fíate de mí. Mi intuición femenina está muy desarrollada —trató de bromear.

—Dejando a un lado el hecho de que la intuición femenina, aunque fascinante, quizá no suponga un método infalible para probar una afirmación de ese calada, ¿podrías explicarme cómo pretenden hacerlo?

—Puedo darte un listado completo de procedimientos si así lo deseas: creación y propagación controlada de enfermedades, esterilización progresiva a través de alimentos o medicinas, envenenamiento selectivo y temporal del suelo, el agua o el aire, etc., etc.

—El conjunto de la sociedad se opondría.

—Ése el golpe maestro: no se enteraría.

Albatros se cruzó de brazos y se reclino sobre el respaldo de la silla.

—Ya veo —dijo finalmente—. ¿Y cómo ocultarán algo así?

—Ésa es la pieza del rompecabezas que nos falta.

—Pues me temo que sin ella no tenéis nada.

—Así es, pero para eso estás tú. Ya te dije que tu conocimiento del esgrima era una de las razones que te convertían en el candidato ideal. Pero no la única. —Dio un trago largo al *Blue Moon*, apurándolo—. Nuestro plan es un toro con dos cuernos. Por una parte, las chicas buscan venganza. Por otro, queremos dar a conocer las que probablemente constituyan las verdaderas intenciones de la Coalición, añadiendo como guinda el listado de violadores, pederastas y psicópatas vinculados a la institución.

—Me parece estupendo, pero, seamos sinceros, ¿cómo pensáis hacerlo? ¿Os limitaréis a mostrar algo que no llega ni a ser un informe, y que además podrían tachar de falso sin demasiados problemas? ¿Cómo convenceréis a la gente de que lo que decís es cierto? ¿Habéis descubierto algo más?

—Hace una semana supimos de la existencia de un tal John Némesis, ¿o acaso crees que interrumpí tus vacaciones por puro placer? —Albatros se hurgó una muela con la lengua en señal de fingido desagrado—. Es un pez gordo que ha venido a pasar una temporada, aquí en París. Según parece tiene mucho que ver con ese documento y en estos momentos está siendo vigilado.

—Némesis, no me suena para nada ese nombre.

—Normal. Es un tipo bastante discreto que se ha esforzado muchísimo en salvaguardar su privacidad.

—¿Tiene algún sentido que te pregunte cómo habéis dado con él y qué relación guarda con el «informe»?

Sophie hizo una mueca de desaprobación con la boca.

—De verdad. Hay cosas que es mejor que no sepas. Es por tu seguridad. Bueno, y en cierto modo por la nuestra. Si por cualquier razón fueses interrogado, no conviene que lo sepas todo.

—En ese caso, lo pasaría bastante mal.

—Lamento decirte que lo pasarías mal de todos modos. Intento protegerte y no quiero que te veas involucrado más allá de tus clases de esgrima y algunos consejos que puedas ofrecernos. Tal y como hacías con mi padre.

Albatros suspiró pesadamente.

—Me resulta muy gracioso que seas tú la que quieras protegerme a

mí. No me malinterpretes, no soy nada machista, pero ¿no piensas que soy mayorcito para cuidar de mí mismo? Por otra parte, y permite que te contradiga, tengo la ligera impresión de que ya estoy metido en esto hasta el cuello. De modo que, si eres tan amable y no te importa, me gustaría que compartieses conmigo cierta información. En otras palabras: si voy a jugármela en esto, necesito saber a qué me enfrento. Me has dicho que había más nombres de personas en esas notas, ¿y de empresas? ¿Existe algún nexo entre ese tal Némesis y los demás? ¿Hay algún modo de conectarlos o relacionarlos?

—Sí aparecen más nombres. Básicamente, se trata de multinacionales. Se dedican a cientos de actividades, pero logramos detectar un denominador común: el interés notable por las actividades relacionadas con telecomunicaciones e investigación de tecnología punta aplicada a entornos audiovisuales.

—¿Conseguisteis elaborar ese listado de, bueno, de miembros de la Coalición?

—Hemos relacionado a varios de ellos. No puedes imaginarte la locura: búsquedas cruzadas, listas de empresas más ricas, vínculos entre ellas… Nos llevó mucho tiempo, Albatros. Fue y sigue siendo agotador.

El matemático apoyó los nudillos de la mano izquierda en el labio superior, adoptando una extraña «pose de pensar».

—¿Entre esas personas se encontraban los agresores de *tus* chicas?

—Un ochenta por ciento han sido debidamente identificados. Ten presente que no nos importa tanto el número como el gesto.

—Sophie —dijo Albatros en un tono más confidencia—, debo hacerte una pregunta incómoda.

—Sé lo que vas a preguntarme. —Albatros esperó la respuesta sin formular la pregunta—. Mi padre no forma parte de la Coalición. —El maestro de esgrima suspiró aliviado, aunque trató de ocultarlo y mostrar entereza—. Fue una de las partes más duras. Investigar a mi padre, a mi familia en general, resultó extremadamente doloroso para mí. Hasta la fecha no hemos hallado el menor indicio que lo vincule a la institución. De hecho, la fortuna familiar ha ido decreciendo de manera sensible conforme la Coalición ha ido consolidándose. Queda puesto de manifiesto su *modus operandi*: la cadena de favores, el *quid pro quo*. Es como la vieja mafia, la de las películas, pero de guante blanco

y a nivel internacional.

—¿Cuántos miembros conforman tu organización? —preguntó Albatros tras dar un sorbo a la leche.

—Somos un grupo pequeño, pero contamos con la ayuda de muchos *facilitadores*, gente como tú. Son llamados para prestar servicios concretos e, indudablemente, desconocen el plan en su totalidad. Algunos de ellos desarrollan su actividad en los sectores más bajos de la sociedad: camareros, limpiadoras, aparcacoches, porteros… Te sorprendería lo útiles que éstos pueden llegar a resultar.

—No te creas. —Albatros hizo una pausa retórica—. ¿Por qué me cuentas todo esto a mí?

Sophie meditó la respuesta, si bien la había tenido clara toda su vida:

—Tú me salvaste, Albatros. En cierto sentido, tú eres el padre, o el padrino si es que así te sientes más cómodo, de esta pequeña resistencia.

—Yo no hice nada, Sophie. Tan sólo llamé a un par de conocidos y ellos se ocuparon de todo.

—Es justo lo mismo que harás ahora, ¿no te da cuenta? No hay otro modo de hacer las cosas. Gente cansada que conoce a más gente cansada. —Sophie hizo una pausa retórica y suspiró—. La debilidad del poder establecido es que siempre tiende a subestimar a sus súbditos.

—Tienes una visión idealizada de mí. Sabes que todo lo hice por dinero —admitió avergonzado el matemático, ignorando el cierre dramático de Sophie.

—No lo creo —replicó ella con amabilidad—. Estabas en Japón cuando te llamé. Hacía muchos años que no sabías nada de mí. Bueno, en realidad, nunca lo supiste. Sin embargo no dudaste ni un segundo en interrumpir tus vacaciones y acudir en mi ayuda. Además, no sé si te habrás dado cuenta de que todavía no hemos hablado de tus honorarios. ¿Crees de verdad que las cosas las has hecho por algo tan miserable como el dinero? —preguntó Sophie con una sonrisa.

Albatros no dijo nada. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió orgulloso de sí mismo, casi liberado. Desde ese divorcio del que, como casi nadie, quería hablar, su vida se había sumido en un pozo de indiferencia y mera inercia existencial. Se había convertido en un hedonista paradójico que no era capaz de disfrutar del placer ni de la

vida; en una constante contradicción viviente; en alguien que trataba de mitigar el dolor a través de una ataraxia superficial y que intentaba curar la herida producida en su vanidad mediante una fingida indolencia. Preocupado por sus trajes, sus gafas, sus coches, cuando, en el fondo, detestaba todo aquello. La vida hueca y aparente, la que se desarrollaba en las fiestas de la alta sociedad le resultaba repugnante y absurda. A él le fascinaba la belleza y la perfección de los números, el orden, la justicia y precisión indiscutible subyacente detrás de cada ecuación. Esa frialdad matemática precisamente había sido lo que le condujese a buscar lo mejor de la vida en los lugares inadecuados. Sintió unas ganas terribles de llorar, pero se contuvo.

Ninguno de los dos había quitado ojo de los que les rodeaban, a fin de cerciorarse de que ninguno estuviese lo suficientemente cerca como para escucharles. Decididamente, el *Foxy Lady* era un lugar seguro.

—¿Cómo vamos a proceder?

—Tú seguirás con las clases de esgrima. No quiero que lo tomes como un simple pretexto para convencerte. En realidad, supone una gran habilidad extra para las chicas que puede ser de mucha utilidad en algunos contextos. Mientras tanto, seguiremos investigando a Némesis, a quien no te sugiero nombrar abiertamente en ningún lugar donde tus palabras puedan quedar registradas. Trataremos de recabar más información acerca de si la Coalición planea llevar a cabo el plan que he sugerido y cómo. Después de un tiempo, las chicas, aquellas que lo deseen, se tomarán unas «vacaciones» para ocuparse de algunos asuntos propios y, llegado el momento, daremos a conocer los resultados de nuestra investigación.

—El plan hace aguas por todas partes —precisó Albatros—. Se basa en meras conjeturas.

—Puede, pero ahora te tenemos a ti. —Le guiñó un ojo que devolvió al matemático a su estado habitual.

—No olvides que en septiembre debo regresar a la Universidad.

—Está todo bajo control… Espero.

—Ni tampoco que no soy un superhéroe.

—Eso ya lo veremos.

A la hora de abandonar el local, Sophie se empeñó en pagar con su móvil por razones que más tarde le daría. Albatros aceptó a regañadientes.

Hacía varios años que el dinero en metálico había sido

prácticamente erradicado. Otra vez, la comodidad fue el pretexto para adoptar esa medida, pero lo cierto es que suponía otro mecanismo más de control. Aunque la moneda corriente, el *Omnicron*, seguía existiendo, los establecimientos no estaban obligados a admitir los pagos realizados en efectivo. Por supuesto, ninguno de los orientados a las clases medias o altas lo hacía. Simplemente había quedado como una reliquia para reducir aún más los conflictos en las zonas deprimidas en los márgenes del *primer mundo*. A fin de cuentas, era más sencillo realizar los pagos así que mediante el trueque.

El brazalete de Sophie, según le confesó a Albatros, poseía una serie de características especiales y poco legales que hacían un poco más difícil su rastreo incluso en tales transacciones.

—Veo que no es fácil localizarte —bromeó el profesor—. ¿Y el amor, te ha encontrado? Tú lo has hecho varias veces, pero yo todavía no te he preguntado por tu vida sentimental.

—Ni te lo recomiendo…

Albatros asintió con la cabeza sin perder el gesto pícaro. Su rostro se fue ensombreciendo hasta que, finalmente, preguntó:

—¿Qué le sucedió a Alizée?

Sophie le regaló una sonrisa tan melancólica como comprensiva.

—Sería más oportuno que te lo contase ella misma, pero podemos hablar sobre ello de camino hasta el coche. Yo también necesito dormir un poco.

19

Como ya había señalado, no deseaba postergar demasiado la fecha de la fiesta, la reunión informal, por llamarlo de algún modo, en la que se decidiría el nombre del primer presidente de la Coalición. John Némesis se repetía mentalmente mensajes de autoafirmación, reforzando la necesidad de ofrecer a la población una cara visible a fin de paliar la creciente desconfianza en los mecanismos de gestión de la élite que se había apoderado de la opinión pública, según los sondeos indirectos y el análisis de un complejo algoritmo que englobaba miles, tal vez millones, de variables y de datos recogidos a través de diversos procedimientos.

En la fiesta se llevaría a cabo una votación secreta (quizá lo único secreto que hubiese tenido lugar en los últimos quince años), se realizaría el escrutinio y se anunciaría el ganador. Joseph Bentham, quien tradicionalmente había ocupado la función de portavoz de la Coalición en las escasas ocasiones en que había sido necesario, sería el encargado de dar la noticia durante la celebración. A fin de cuentas, todo el mundo, incluido él mismo, tenía muy claro que carecía de la menor oportunidad de coronarse vencedor. Lo cual tampoco le importaba. Bentham se sentía muy cómodo en su papel de portavoz y no deseaba ocupar otro cargo, al que cualquier miembro de la Coalición era susceptible, al menos potencialmente, de elevarse. No había lista cerrada de candidatos, sino que cada uno de ellos lo era.

Decididamente, Bentham se encontraba muy a gusto con sus millones, su vida apacible y acomodada, su esposa, sus hijos y la protección que le ofrecía la institución. Anunciaría al ganador con una sonrisa franca y exenta de resentimiento.

John Némesis, al contrario, sí que ansiaba dicho puesto y, si bien las tenía todas consigo y lo sabía, no podía ahuyentar del todo un resto de temor e incertidumbre.

Caminaba en traje de baño y un polo blanco por los exteriores de la

mansión. Bebía un nutritivo y vitaminado zumo a base de vegetales orgánicos y daba vueltas al discurso de investidura. Tenía muy claro que, en caso de salir vencedor, tal y como esperaba, no improvisaría. El punto fuerte de su intervención tendría que ver con la seguridad y el bienestar. El punto crítico, pero al que tarde o temprano debería enfrentarse, lo constituía la escasez de recursos y la repercusión en la calidad de vida de los ciudadanos. En última instancia, lo que justificaba la existencia de la institución que él aspiraba a presidir y razón por la cual muchas de sus prácticas eran toleradas.

Por fortuna, lo tenía todo bajo control. No por casualidad se había convertido en quien era. No por casualidad era el *elegido*. Admiró con fruición la casa y los jardines, fruto de su esfuerzo y su inteligencia. ¿Quién le habría dicho a aquel huérfano que tuvo cambiarse los apellidos por segunda vez al cumplir la mayoría de edad que llegaría tan lejos? Nunca conoció su verdadero apellido. Ni siquiera podía estar seguro de que su primer nombre fuese por el cual sus padres biológicos lo llamasen. A pesar de su inmensa riqueza y de contar con todos los medios a su alcance, jamás había podido dar con ellos ni saber quiénes eran. John Némesis, un hombre sin pasado; alguien que se había hecho a sí mismo en todos los sentidos. Sin raíces, sin certezas, pero con una incalculable fortuna y un ansia ilimitada de transcendencia.

Tal vez por ello, en su juventud, sus pasos se hubiesen encaminado hacia las tecnologías dedicadas no sólo a la comunicación, sino también a la vigilancia, al rastreo de información. A la búsqueda de la verdad. La única verdad a la que no había podido acceder y a la que tal vez nunca accediera.

Ahora ya no necesitaba nada de eso. Era John Némesis, el hombre creado de la nada, omnisciente y todopoderoso. ¿Acaso no eran las cualidades que la tradición había atribuido a Dios?

Todo ello gracias a las máquinas. A las máquinas y a una programada capacidad del ser humano para tragarse cualquier mentira a cambio de un poco de diversión, algo de bienestar y la promesa de la libertad absoluta para poder disfrutar de ambas cosas. No existía una fórmula más precisa para fabricar esclavos felices y poco propensos a rebelarse.

Echó un vistazo a las cámaras que vigilaban su casa y se sintió satisfecho. Atrás quedaban los tiempos en que los ingenuos seres

humanos confiaban de manera ciega en lo que captaba la lente, pero también aquellos en los que desconfiaban de cualquier imagen. A fuerza de saturar las retinas con imágenes verdaderas, falsas, retocadas, violentas, cómicas, descontextualizadas, los ojos se habían insensibilizado. Y con ellos las almas, de las cuales, y según un viejo dicho, eran espejo. Poco importaba ya que las imágenes fuesen verdaderas o falsas. Después de todo, la mayor parte de las personas vivía en un mundo virtualizado. Un mundo del todo alejado de cualquier realidad física que fuera más allá de los rituales como ir a trabajar para poder pagar aparatos a través de los cuales permanecer esclavizados, el apareamiento mecánico y vacío (ese sucedáneo de exuberancia) y el consumo de sustancias que les hiciera olvidar que ya estaban muertos.

Dentro de un par de semanas, si nada se interponía en su camino, asumiría el máximo cargo de la Coalición. Pero no sólo eso: demostraría al mundo entero y a sus aliados en particular que sabía muy bien cómo hacerle frente a un problema que, en caso de no poder ser resuelto, al menos sería debida y eficazmente ocultado. Lo haría a la vista de todos, como si de un mago se tratase. En última instancia de eso se trataba: de pura magia, de hacer pasar por real lo terriblemente falso. Como todo buen mago, sólo necesitaba tres cosas: la credulidad del auditorio, algunos leales colaboradores y un par de «conejos» en la chistera. El la actualidad contaba con las tres cosas, de modo que el espectáculo podía dar comienzo.

20

Las chicas esperaban impacientes la siguiente lección de esgrima, pero los pensamientos de Albatros se centraban en una de ellas. Lo poco que Sophie había accedido a contarle sobre ella le había sobrecogido.

Alizée Hagopian, de veintiocho años de edad, procedía de una familia humilde que con mucho esfuerzo le había posibilitado terminar sus estudios de antropología. Solía colaborar con distintos equipos dedicados a estudios arqueológicos, pero nunca le había llamado la atención la docencia universitaria. Formaba parte de ese veinte por ciento del grupo que no había logrado identificar a la persona que, entre otras cosas, le produjo una herida que con el tiempo se tornaría en una cicatriz que no le permitiría olvidar jamás lo que había sufrido. Tenía catorce años cuando fue trasladada a la fuerza a un lujoso apartamento, donde se despertaría dos días después con evidentes signos de violencia y abuso sexual. La joven Levallois no quiso añadir nada más al respecto.

Aquella noche, cuando abandonaron el *Foxy Lady*, Albatros preguntó a Sophie de camino al coche por qué atribuían cada violación a miembros de la Coalición. No terminaba de comprender esa vinculación automática. Ella le contestó que ese tipo de agresiones no eran patrimonio exclusivo suyo, si bien se daba una serie de circunstancias que apuntaban a ello. La primera era que, en líneas generales, la delincuencia y los delitos se habían reducido de manera drástica en los últimos años, en gran medida debido a las contundentes medidas *disuasorias* que las autoridades comenzaron a aplicar desde los años veinte. El acoso y por supuesto la violación eran castigados con mucha dureza y sin contemplaciones, de manera ejemplar. Si se demostraba que una persona había ejercido una violencia de ese tipo sobre una mujer, lo cual resultaba extremadamente sencillo gracias a las modernas técnicas de análisis, el agresor era condenado sin

posibilidad de recurso y enviado a una prisión donde era dejado a su suerte (normalmente, una muy mala suerte). Dicho celo por la integridad de las mujeres no dejaba de resultar paradójico e hipócrita, así como meramente cosmético. Resultaba muy útil tener a las mujeres contentas y agradecidas hacia sus defensores, mientras que por otro lado eran tratadas, ya sin el menor pudor, como mera mercancía.

El segundo argumento era que, si bien no todas las personas acaudaladas formaban parte de la Coalición, considerando las consecuencias de un delito de tales características, muy pocos hombres que tuvieran algo que perder se arriesgaban a cometer un acto de ese tipo. La distancia entre la clase alta y la clase baja llevaba agrandándose desde hacía más de dos décadas en Occidente, de modo que el control de los bienes y recursos estaba cada vez más en manos de una oligarquía *cleptocrática*.

El tercer elemento de la ecuación lo constituía el hecho de que la mayor parte de las chicas o bien habían despertado o bien habían escapado como pudieron, normalmente bajo los efectos de estupefacientes, de viviendas de alto nivel. Conclusión: casi la totalidad de las agresiones sexuales ejercidas sobre las chicas que componían el equipo de Sophie habían sido ejercidas por miembros de la Coalición.

—Celebro tu capacidad de argumentación —concedió Albatros tras escuchar su exposición.

—Me sorprende que no me lo hubieras preguntado antes.

—Supongo que me hacía una ligera idea.

Sophie le cogió del brazo y apoyó su cabeza en el hombro del matemático sin el menor atisbo de coqueteo. Más bien dejó claro de un modo definitivo que comenzaba a considerarlo un buen amigo hacia el cual no albergaba la mínima intención erótica. A su manera, Albatros se sintió aliviado. Ese juego había terminado.

Como buenas estudiantes que eran, cada una de las jóvenes se había hecho con un sable de madera y aguardaban la llegada de su maestro. Cuando Albatros apareció, guiñó un ojo a Sophie y le dirigió un saludo al resto mucho más afectuoso que en la sesión anterior. Tenía muy presente que el *tatami* no era lugar para bromas, pero asimismo comprendía que todas ellas habían sufrido espantosamente. ¿Qué perdía siendo amable con ellas? ¿Acaso por eso lo iban a respetar menos? A la postre, estaban allí voluntariamente, deseosas de

aprender. A pesar de su juventud, ya no eran unas crías que fueran a dedicarse a interrumpir la clase con sus cuchicheos.

Apremiado por las palabras de Sophie, estimó oportuno acelerar el proceso, aparcando por el momento los matices más espirituales, estilísticos y secundarios y centrándose en lo principal: la efectividad en caso de tener que entrar en combate. Les fue mostrando ataques certeros, válidos para armas blanca de distinto tipo, incluso para la defensa con piezas diferentes, tales como tuberías, palos, etcétera. Las mujeres asimilaban las enseñanzas a gran velocidad, lo que, unido a las destrezas que habían adquirido anteriormente, las convertía en luchadoras a tener en cuenta. «No des nada por sentado», le había sugerido Kiyoshi Yamamoto. No era la primera vez que había tenido ocasión de comprobarlo. Verlas practicar suponía una delicia para los sentidos: sus cuerpos se desplazaban de manera elegante y contundente a la vez, como una ola surgida en mitad del océano. Sus golpes eran mucho más precisos que los de la mayor parte de esgrimistas varones, mucho más inteligentes y sutiles, y, por supuesto, mucho más veloces. Luchaban desplegando una especie de coreografía hermosa y letal, moviéndose como pequeñas ninjas ingrávidas y eficaces.

Uno de los *kiai!* emitido por una chica de color coincidió con la palmada de Albatros, señal de que la clase había terminado.

—¿Estáis seguras de que me necesitáis? —pregunto Albatros en un tono divertido. Las chicas rieron la ocurrencia—. No, en serio. Os felicito. Estáis haciendo una gran trabajo. Seguid así.

Las chicas comenzaron a aplaudir. Tal vez alguien les hubiese dicho que era un gesto de cortesía hacia el maestro. Albatros no supo qué pensar e hizo una pequeña reverencia un tanto absurda.

Conforme el grupo comenzó a disolverse, el matemático llamó a Alizée. Ésta se volvió hacia él.

—Alizée —hizo el gesto de atraerla con la mano—, perdona un segundo. El otro día me quedé muy impresionado con tu muestra de valor. No pretendía ofender ni violentar a ninguna de vosotras…

—Lo sé —dijo ella. Su voz era moderadamente grave y melodiosa a la vez.

—Es probable que Sophie no os haya contado gran cosa sobre mí, pero lo cierto es que hasta hace unos días apenas nos conocíamos y no tenía muy claro mi papel en todo este asunto. Por eso me dirigí a

vosotras en un tono tan… ¿irrespetuoso?

—No creo que ese sea el término, pero acepto tus disculpas, si es que es lo que estás intentando ofrecerme.

Albatros exhaló el aire.

—Sophie me ha hablado un poco acerca de ti. —Alizée pareció ponerse a la defensiva—. No me malinterpretes. Apenas me ha dicho nada y fue muy clara al respecto. Me dijo que sería mejor que tú misma me lo contases, si es que querías hacerlo. Y yo me pregunto si te apetecería charlar conmigo.

—¿Sobre qué?

—Imagino que hay varias cuestiones sobre las que podríamos hablar.

—Oye, no deseo parecer grosera, pero ¿estás tratando de ligar conmigo?

La rápida, contundente e inesperada reacción de la chica pilló desprevenido a Albatros, quien trató de salvar la situación como pudo:

—No sé. Perdona. La verdad es que estoy un poco desentrenado… —Agachó ligeramente la cabeza y se llevó la mano derecha a la zona del bigote, como pidiendo disculpas por su torpe atrevimiento.

—Perdona tú. Para ser sincera yo también lo estoy.

Albatros levantó la cabeza y contempló la sonrisa que se había dibujado en el rostro de Alizée.

—¿Qué tal un café mañana?

—Me parece una buena idea.

Acordaron verse por la tarde en un pequeño café de Montmatre que, si bien hacía décadas que había perdido su aura bohemia, seguía siendo un lugar tranquilo donde disfrutar de algunas bellas vistas.

—Hasta mañana —se despidió Albatros.

Se giró, buscó sin éxito a Sophie y un gesto triunfal le iluminó la cara: había vuelto.

El discreto café *Crimes passionnels* resultaba francamente acogedor. Los propietarios se habían esforzado al máximo para disimular cualquier rastro de la tecnología omnipresente en cada centímetro del planeta. El establecimiento poseía el aroma de los viejos tiempos. Pocos podían resistirse a ello.

Sonaba «*Thin Man*» de Suzanne Vega. Albatros estaba esperando cuando Alizée se presentó con cinco minutos de retraso. Una dama

siempre debe acudir tarde a una cita a fin de no ser ella la que se vea obligada a esperar al caballero. Vestida con ropa de calle, sin el atuendo deportivo, resplandecía aún más. El matemático consideraba que la forma de vestir de una persona, el estilo que asumía, decía mucho sobre su forma de ser y, dependiendo del contexto, sobre sus intenciones. Alizée llevaba puestos unos vaqueros desgastados, una camiseta negra bajo una chaqueta americana del mismo color, fina, ligera y entallada. Zapatos negros informales, también negros y con muy poco tacón. El único adorno visible eran unas gafas de sol de gran tamaño y a juego con el resto del conjunto y un collar de cuero que se dejaba ver parcialmente por la zona del cuello. Llevaba el pelo suelto, recién lavado, y desprendía un suave aroma a perfume caro, aunque había prescindido del maquillaje salvo un poco de carmín rojo intenso. El diagnóstico que llevo a cabo mentalmente satisfizo a Albatros. La ropa dejaba bien claro que Alizée era una mujer cercana, poco amiga de las apariencias y algo a tener en cuenta: que carecía de intenciones sensuales inmediatas. La ausencia de maquillaje y el pelo suelto ofrecían una imagen de naturalidad, pero el hecho de habérselo lavado para la cita, el peinado, al aire, y el carmín sugerían que no deseaba prescindir en absoluto del elemento marcadamente femenino —un elemento femenino fuerte, salvaje, felino—. El perfume suave y caro denotaba que apreciaba los pequeños placeres, que era una mujer de detalles, nada vulgar, y que prefería que algunas cosas se descubriesen poco a poco; que lo hiciera sólo aquel que lo mereciese. El tacón bajo daba a entender que prefería que el hombre llevase la iniciativa en el primer encuentro, al tiempo que ofrecía una imagen de seguridad en sí misma. Las gafas de sol… Ciertamente, el sol veraniego también deslumbra en París y, en caso de responder a otros motivos, a Albatros no le importaba: nadie como él era capaz de entender la pasión por ese complemento.

Albatros se puso en pie para recibirla. Mientras lo hacía se preguntó cómo aquella mujer podía estar «desentrenada» en las artes de la seducción, a juzgar por sus palabras.

—Me alegra verte fuera de, bueno, ya sabes. Pareces otra persona —dijo Albatros con la intención de romper el hielo.

—Supongo que todos parecemos otros cuando nos sacan de contexto.

—Llevas razón. Todo esto es una locura, ¿no crees?

—No sé muy bien a qué te refieres.

Albatros cayó en la cuenta de que debía medir un poco más sus palabras. Para Alizée, las acciones que estaba llevando a cabo el grupo tal vez no supusiesen una locura, sino una reacción justa. Por otra parte, el recurso a las frases hechas quizá no fuese la mejor estrategia a la hora de causar buena impresión en una mujer inteligente.

—El modo en que las cosas se han descontrolado… Dios, vaya época que nos ha tocado vivir.

—Veo que no mentiste: estás completamente desentrenado. —Los dos rieron. Y esa risa contribuyó a romper el hielo definitivamente.

—¿Cómo conociste a Sophie? —preguntó Albatros tras pedir dos cafés con leche.

—Fue hace un par de años más o menos. Coincidimos en clase de artes marciales. Autodefensa y esas cosas, ya sabes. Llegamos a ser buenas amigas y un buen día hablamos de ciertas cuestiones. Podría decirse que aquellas conversaciones fueron el origen de nuestro pequeño grupo —dijo con un deje de tristeza en su voz.

Albatros escuchaba con gran atención su relato. Aquel día no preguntó por la cicatriz, ni por la agresión que había sufrido. Sencillamente, no le parecía la mejor manera de aproximarse a ella. Él, por el contrario, y movido por el interés de Alizée al respecto, sí que habló de su divorcio, de la vida hueca que había llevado desde entonces, de su pasión por los números, la esgrima y el cubo de Rubik. Omitió hablar de deportivos, trajes y gafas de sol. Pero sí habló acerca de cómo había conocido a Sophie, algo que Alizée ya sabía, y de cómo volvió a encontrarse con ella años después. Nada nuevo para la antropóloga. No obstante, Albatros tenía muy claro ninguna estrategia supera a la escucha activa cuando se desea atraer a una mujer. La escucha activa y el humor, claro está. Pero éste, por lo general, era algo implícito en la forma de ser de Albatros, por mucho que desde que hubiese llegado de Japón y, a decir verdad, desde hacía ya bastante tiempo, brillase por su ausencia. Alizée le contó muchas anécdotas sobre su trabajo como antropóloga, le confesó su amor por los gatos. Le dijo que tenía un *british blue shorthair* llamado Julio Cortázar y le habló de su pasión por el yoga.

A pesar de haberla conocido en unas circunstancias un tanto peculiares y no menos desagradables, Alizée resultó ser una chica muy

divertida y alegre. A Albatros le costaba mucho conciliar la imagen que se estaba haciendo de ella con la que percibió el primer día que la vio.

Salieron de la cafetería para dar un paseo por el barrio. El maestro de esgrima aprovechó para cambiar el tercio de la conversación.

—¿No has pensado alguna vez dejar el grupo y seguir con tu vida?

—En cierto sentido, parte de mi vida es esto, el grupo, nuestro proyecto. No deseo hablar de ello ahora, ¡me estaba divirtiendo! —exclamó dando una suave palmada de desaprobación en la espalda de Albatros—, pero la verdad es que considero que debo ayudar a otras chicas. Tal vez así logre cerrar esta herida, por mucho que siempre me quede una cicatriz. —Trató de sonreír sin demasiado éxito.

—Te pido perdón, no pretendía hacerte sentir mal. Es sólo que este asunto me parece muy peligroso. David contra Goliat, esos malditos rumores acerca de los planes de la Coalición… Os enfrentáis, nos enfrentamos —rectificó con rapidez— a un grupo muy poderoso. Demasiado, en mi opinión. Y, por mucho que me duela decirlo, no contamos con pruebas sólidas. Ni siquiera con un plan mínimamente razonable o una infraestructura necesaria. Me temo que sólo tenemos buenas intenciones.

—Tal vez lleves razón. Sospechamos *qué* planea llevar a cabo la Coalición, pero no el *cómo*, y mucho menos el *cuándo*. Lo cual nos deja en una situación bastante débil y francamente desfavorable.

Albatros asintió con la cabeza. Anduvieron unos metros en silencio, cada uno de ellos sumido en sus propias cavilaciones. Pasaron por delante de una tienda de antigüedades y Alizée se detuvo frente al escaparate. Entre los diversos objetos que podían verse, fijó su atención en un viejo cómic de *Iron Man*.

—Me encanta ese personaje —dijo.

—No sabía que te gustasen los cómics.

—Sí. Ya sé que es algo extraño, por lo de ser chica y eso, pero lo cierto es que sí me gustan.

—Debo reconocer que a mí también me fascina.

—A decir verdad, y a pesar de no llevar barba, tienes un…

—Sí, ya lo sé: un parecido razonable con Tony Stark. Básicamente, es una cuestión de estilo. No nos parecemos tanto.

Ambos estallaron en una carcajada.

Regresaron al silencio que, tras unos instantes, fue roto por Albatros:

—No tengo muy claro que podamos descubrir ese cómo del que hablas. Lo que sí sé es qué hacer para, llegado el momento, dar a conocer las intenciones de la Coalición sin levantar sospechas. Tú me has dado la clave —Alizée arqueó las cejas—. ¡Hay que llamar a Sophie! Necesitamos reunir todo el grupo.

Activó por voz el número de Sophie. Ésta tardó dos señales en responder. Alizée, como el resto de viandantes, no podía escuchar la respuesta de su amiga. Los brazaletes de grafeno llevaban incorporado un avanzado y complejo dispositivo acústico que sólo permitía al portador hacerlo, como si llevase un viejo móvil de bolsillo pegado a la oreja. Esa nueva tecnología reproducía el antiguo esquema telefónico, pero aportando un *plus* de comodidad y evitando la locura y falta de discreción que supondría un antiguo «manos libres».

—Buenas tardes, Sophie. —Ella le devolvió el saludo. El matemático pudo percibir los jadeos y la sonrisa de la joven a través del móvil. Estaba entrenando—. Tenemos que reunir a todo el grupo urgentemente. —Sophie ni siquiera preguntó los motivos antes de dar el sí—. ¿Qué demonios estás escuchando? —preguntó Albatros al advertir una música ruidosa de fondo.

—Algo inspirador —respondió ella.

Era «*Violet*» de *Hole*.

21

Los negocios de John Némesis. Parte I

Desde siempre, John Némesis supo que lo único que un hombre necesitaba para triunfar en la vida era una buena dosis de perseverancia y una chistera. De hecho, se había labrado su enorme fortuna sacando y metiendo *conejos* de los más diversos sombreros.

—Míralo, está ahí, en el mismo rincón de siempre —dijo otro de los niños que vivían en el orfanato.

A su alrededor, tan sólo algunos libros donados y unos pocos juguetes viejos o rotos. El favorito de Némesis era un cubo de Rubik al que faltaba la pieza central de la cara pintada de rojo.

—¡Eh, tú! ¿Vienes a jugar con nosotros?

El chico negó con la cabeza. Sería un error afirmar que los demás lo rechazaban o no le trataban bien. Sencillamente, el niño carecía de buenas aptitudes para el deporte y se sentía más cómodo sin compañía. El otro huérfano se encogió de hombros y salió corriendo, dispuesto a perderse por los pasillos y salas de aquel infierno al que llamaban hogar.

Para el joven Némesis supuso un gran alivio dar con un libro que desde entonces recordaría con gran cariño: *Viaje al centro de la Tierra*, de Jules Verne. Le permitía a la vez viajar sin ser molestado.

In Sneffels Yoculis craterem kem delibat
umbra Scartaris Julii intra calendas descende,
audax viator, el terrestre centrum attinges.
Kod feci. Arne Saknussemm.

«Desciende al cráter del Yocul de Sneffels que la sombra del

Scartaris viene a acariciar antes de las calendas de Julio, audaz viajero, y alcanzarás el centro de la Tierra. Como yo lo hice. Arne Saknussemm». Esa frase siempre le hacía sonreír. El centro de la Tierra, el centro de uno mismo.

Terminó de leer la novela el mismo día en que, para su sorpresa —y en realidad para todo el centro— fue acogido por una familia moderadamente acomodada y hacia la cual John siempre mostraría una gran gratitud, aunque jamás los llegase a considerar sus padres.

El muchacho era reservado y muy imaginativo. Sentía una gran inclinación por la tecnología y los inventos más destacados de la época. Tan grande era su pasión que sus padres adoptivos decidieron regalarle un ordenador IBM. Probablemente, ese momento fue uno de los más felices de la vida de John Némesis, quien, a partir de entonces, pasaría largas temporadas delante de una pantalla, convirtiéndolo incluso en su *modus vivendi*. Alternaba este pasatiempo con la lectura de novelas de aventuras y ciencia-ficción y cómics de superhéroes.

—¡Mierda! ¿Alguien puede explicarme de qué demonios va esto?

En 1998 ningún país contaba con un departamento dedicado a investigar los delitos informáticos. El comisario George Carver, uno de los investigadores del supuesto robo, no daba crédito a lo que sus ojos le mostraban. ¿Cómo un muchacho que aún no había cumplido la mayoría de edad contaba con un billón de dólares en una cuenta bancaria ubicada en un paraíso fiscal?

La noticia saltó a los medios cuando el muchacho, que aún no había cumplido la mayoría de edad, envió una nota a los periódicos reclamando la autoría de los ciberataques y tranquilizando a los bancos. Su intención no había sido robar dinero, sino tan sólo mostrar las vulnerabilidades y gastar una broma inofensiva. Tampoco había ningún billón en su haber. El chico se había limitado a *hackear* el sistema de seguridad de algunas entidades bancarias estadounidenses y británicas para hacerles creer que sus cuentas habían sido desfalcadas. Todavía no se llamaba John Némesis.

A pesar de sus habilidades informáticas, el muchacho no se sentía inclinado de manera especial por la programación, de modo que el gobierno de los Estados Unidos, en lugar de enviarlo a un reformatorio, decidió pagarle los estudios de Telecomunicaciones. Ése había sido su deseo. También le ofreció un contrato.

El día en que salió de casa para marcharse a la Universidad fue el

último que vio a sus padres adoptivos. Al cumplir los veintiuno ya era un graduado en Telecomunicaciones y, legalmente, John Némesis.

En inicio de su nueva vida supuso también un final: el de sus apariciones públicas. La prensa, y mucho antes el conjunto de la sociedad, había olvidado rápidamente su «travesura» adolescente y su cara, por lo que no le supuso un gran esfuerzo aterrizar en el mundo de los adultos con una nueva identidad. Otra más en su biografía.

La llegada del siglo XXI estuvo cargada de excitantes desafíos. John Némesis era lo suficientemente inteligente como para saber que el futuro era inseparable de la tecnología. Una tecnología que acabaría calando ya no sólo en las formas de vida de las personas, sino en algo mucho más importante: en su forma de pensar, de percibir la realidad, el mundo, y de relacionarse con él. Los avances en esta dirección, en opinión de Némesis, tarde o temprano obligarían al ser humano a replantearse su concepto de identidad, aquello de lo que él mismo siempre había carecido.

—Ha sido un placer trabajar con y para ustedes.

A pesar de la invitación de su supervisor a que se sentara, John Némesis había preferido permanecer de pie. Su dimisión era innegociable. Después de colaborar un tiempo con el gobierno de los Estados Unidos, estimó que había llegado la hora de crear su propia consultora. Después de todo, no deseaba privarse de sus caprichos. El sueldo estatal, aunque bien remunerado, se le quedaba un poco corto. Además, tampoco le agradaba mucho tener que dar más explicaciones de las necesarias y recibir más órdenes aparte de las que dictase su propio cerebro.

—No negaré que le echaremos de menos. Su labor aquí ha sido impecable. ¿Está seguro de que no desea replantearse su decisión?

—Agradezco mucho sus palabras, señor, pero he meditado con detenimiento mi decisión. Ha sido un honor servir a la nación, pero ha llegado la hora de ampliar mis horizontes.

—¿Qué horizontes puede ampliar? ¿No cree que ha llegado a la cima? ¿Por qué no se pone cómodo y disfruta de las vistas desde aquí? Usted se lo ha ganado…

John Némesis le ofreció una sonrisa inclasificable a modo de respuesta antes de abandonar el despacho.

Desprovisto de cualquier reparo de carácter ético, fiel creyente en el poder del dinero, y claramente inclinado a la megalomanía, no tuvo

muchos problemas en encontrar clientes con puntos de vista similares a los suyos para su nueva empresa. Entre estos se hallaban grandes corporaciones internacionales o gobiernos de diversos países. Todos ellos recurrían a él para que le asesorase en materia de control mediático a través de los diversos mecanismos existentes: televisiones, ordenadores, publicidad, radio, libros de texto, redes sociales… En el siglo XXI todo el mundo parecía tener una buena razón para contratar los servicios del señor Némesis. Era el mejor, nadie lo dudaba. Un visionario de la era digital. Sus estrategias funcionaban a la perfección, como un reloj suizo, elegante y preciso. Ofrecía a las masas lo que ellas querían, es decir, lo que sus clientes habían previsto, y éstas se sentían cada vez más felices. La consecuencia inmediata era que sus contratantes se sentían muy satisfechos y no tardaron en abrirle las puertas del selecto club, de la única potencia mundial, de la *mesa redonda*, del escenario que había al otro lado del telón, donde toda la tramoya del mundo quedaba a la vista y donde todos eran amigos. Ese pequeño círculo cerrado que no tardaría en conocerse como la Coalición.

Las teorías de la conspiración se equivocaban respecto al tipo de personas que formaban parte de dicha organización, pues no se trataba de hombres grises y despiadados. No existía un terrible plan orientado al sometimiento ritual del noventa y nueve por ciento de la población mundial. Como Hannah Arendt afirmase, sorprendía *la banalidad del mal*. La mayor parte de aquellos señores (y pocas señoras, en todos los sentidos) no era el tipo de monstruos que imaginaba la cultura popular. Más bien se trataba de unos seres a los que el espíritu del capitalismo avanzado les había poseído de una forma extraordinaria, expulsando del todo cualquier rastro de humanidad y corazón que, por decirlo brevemente, había sido sustituido por algo tan pobre como el dinero y sus derivados materiales. Los miembros de la Coalición trataban de justificarse a sí mismo diciéndose que se limitaban a defender sus intereses.

Desde luego, ninguno de ellos era humanamente capaz de gastar las cantidades que habían acumulado, en ocasiones por azar, por destino, por un golpe de suerte. Sólo los más desviados habían llegado a la conclusión de que había algo más allá del capital, aquello que los convertía el dioses todopoderosos. El único precio que debían pagar era la insatisfacción eterna, dolor que no dudaban en mitigar gracias a

más y más voracidad, a más y más propiedades físicas o virtuales. Un incómodo pero llevadero círculo vicioso.

—¡Por Rusia!

—¡Por Rusia!

Aparte de aquellas dos personas, no quedaba a la vista rastro de vida humana en el bosque. John Némesis se sorprendió al ver cómo Serguéi Kozlov, el intermediario, sacaba de una pequeña nevera portátil una botella de vodka helado. Acababa de entregarle un maletín con un paquete de información recopilada a lo largo de casi quince años.

Antes del surgimiento del *Big Data*, Némesis ya acariciaba otro gran proyecto: el *Omnidata*, o el registro de toda la información disponible a nivel planetario, por insignificante que pudiera parecer.

Siguió asesorando a los miembros destacados de la Coalición durante bastantes años, hasta el debacle que se produjo en 2020, año en el que decidió optimizar sus inversiones y obtener un mayor rendimiento de las mismas. La institución de la que él ya formaba parte había llegado al poder mediante estrategias poco transparentes, pero perfectamente orquestadas. Ahora era tiempo de recoger los frutos. El apoyo que los miembros se profesaban tenía sus límites, claro está, pues cada uno de ellos miraba por sus propios intereses. El nuevo escenario mundial ofrecía por una parte nuevas oportunidades y, por otra, peligros desconocidos hasta la fecha. El mayor de ellos era, sin duda, la progresiva escasez de materias primas, agua, alimentos y espacio, lo que ponía en jaque la permanencia pacífica de la élite. Ya habían demostrado que por la fuerza llevaban las de ganar, pero tenían que admitir que resultaba más cómodo y rentable dominar de un modo suave, mediante el premio del bienestar, la estabilidad, la abundancia y la seguridad. La creciente esperanza de vida de los ciudadanos dificultaba ligeramente el cumplimiento de las promesas de la Coalición. Pero John Némesis lo había previsto de antemano.

Llevaba años preparando su estrategia privada.

Otra vez, la respuesta llegaría de la mano de la ciencia-ficción. Sólo que en esa ocasión todos aquellos alocados presupuestos literarios se demostrarían bien ciertos y muy reales.

22

A pesar de las reservas de Alizée, quien prefería viajar en transporte público, Albatros había insistido en coger su coche.

—Francamente, nunca me han gustado esos tranvías de levitación magnética.

—¿Y prefieres viajar en esta lata de sardinas?

—Admite que se trata de una lata de sardinas muy confortable —respondió el matemático al tiempo que le guiñaba el ojo.

—Sinceramente —dijo Alizée cambiando de tema—, no termino de entender tu repentino cambio de parecer.

Albatros era consciente de que había pasado de la duda sobre la viabilidad del proyecto de Sophie y compañía a sugerir ideas concretas de actuación. No deseaba estropear su primera velada con Alizée, pero tampoco pretendía engañarla.

—Te seré franco. Sigo albergando dudas enormes sobre nuestro plan y creo que hay más buenas intenciones que otra cosa. Me preocupa el enorme peligro que correremos en caso de decidirnos a dar un paso al frente y pasar a la acción.

—Ya lo hemos hecho.

—Me refiero a llevar las cosas más lejos que una serie de pintadas.

Alizée rezongó.

—¿A qué se debe, por lo tanto, tu cambio de actitud?

—A ti —contestó él sin muchos rodeos—. No quiero sacar el tema, no te preguntaré por ello, pero tus marcas en el cuerpo… Te estoy conociendo mejor, pero ya intuyo que eres una mujer dulce. No soy capaz de imaginar cómo alguien… Quizá no tengamos pruebas decisivas sobre los planes de la Coalición, pero no me cabe la menor duda de que quien te hizo eso es uno de ellos. Para mí, es motivo suficiente. No quiero que ninguna chica vuelva a pasar por lo que tú pasaste.

Albatros apoyó la mano sobre la de Alizée. Sus ojos estaban

húmedos. Rememoró la estancia. La cama desecha, los amplios ventanales por los que entraba una cantidad cegadora de luz solar, los muebles de diseño, la sangre por todas partes, su cuerpo lacerado. Recordó cómo, todavía aturdida, había abandonado el edificio y cómo, tras dar los primeros pasos en la calle, se desplomó para despertarse en un hospital sin recordar apenas nada de lo que había sucedido ni la dirección del piso donde había sido retenida, violada y torturada.

—Gracias —se limitó a susurrar.

—En el peor de los casos, nos divertiremos un poco y les daremos un buen susto a esos peces gordos—intentó bromear el matemático.

Alizée sorbió los mocos y sonrió por educación. Apreciaba el gesto de su acompañante. Albatros miró de soslayo a la antropóloga y se propuso consolarla a través del humor.

—Debo admitir algo más. —Alizée volvió su mirada hacia él—. Tony Stark también ha tenido algo que ver en mi nuevo enfoque.

—Albatros…

—No, va muy en serio. Tú conoces la historia, ¿verdad? ¿Qué hace que Stark pase de ser un fabricante de armas a un defensor de la paz?

—Ver los horrores de la guerra y sentir en su propia carne sus efectos.

—Así es. Él había contribuido a prolongar la guerra mediante la fabricación y venta de armamento. Tiene que ser testigo de atrocidades para comprender el terrible error que ha cometido. Y tiene que pagar un precio…

—… Vivir con el corazón roto.

—En ese punto, mister Stark y yo nos separamos. Yo no quiero ni voy a vivir así.

Alizée apretó su mano con más fuerza. Albatros apretó un poco más el pedal de aceleración. No quería perder ni un segundo.

23

La sala central del almacén se encontraba bastante concurrida. Albatros se alegró mucho de reencontrarse dos viejos amigos, a los que nada más ver les dijo susurrándoles al oído: «cabrones».

—Tienes buen aspecto —comentó Delorme.

—No puedo decir lo mismo de ti —bromeó Albatros.

Blind seguía manteniendo el mismo aspecto de nadador de siempre. Era un hombre joven, musculado, del todo opuesto al estereotipo habitual del informático. Solía vestir de un modo informal, pero saltaba a la vista que sus prendas eran prohibitiva e inmoralmente caras. Procedía de una familia acaudalada, aunque desde hacía tiempo ya no necesitaba recurrir al dinero de sus padres para costearse sus caprichos. Desde su época de estudiante universitario había dado claras muestras de ser un muchacho inconformista y rebelde. Era inteligente muy por encima de la media. No llegaba a ser un genio, pero se aproximaba bastante.

También se hallaban presentes 8, Detour, Bansky y Moustache, así como Sophie y el resto de las chicas. Albatros había llegado acompañado de Alizée, lo cual no pasó desapercibido al resto. Nadie hizo preguntas al respecto. Sophie les dedicó una sonrisa cómplice.

—Muy bien, *maestro* —dijo Sophie—. Ya puedes decirnos para qué nos has llamado. Como puedes comprobar, te tenemos en muy alta estima. Hemos acudido todos.

—Os agradezco vuestra asistencia. —Albatros ocupó el lugar central y se dispuso a exponer las razones por las que los había congregado—. Doy por sentado que ninguno de vosotros lleva instalado un chip subcutáneo. —La negativa fue generalizada—. Os he hecho venir porque creo haber dado con la forma de hacer llegar a la opinión pública las que, al menos según vosotros, son las verdaderas intenciones de la Coalición. —Nadie ocultó su sorpresa—. Sé que todavía faltan algunos cabos por atar y que necesitaríamos encontrar

más pistas que apoyen nuestra tesis, pero el camino se abre ante nosotros. Debo reconocer vuestro inmenso valor a la hora de llevar a cabo las pintadas. Sin duda habéis sido muy hábiles generando curiosidad, sembrando la duda y difundiendo el mensaje. Pero no estimo necesario señalar que las posibilidades de hacerlo llegar a los ciudadanos topan con muchísimas dificultades, siendo la primera de ellas la censura y la segunda el riesgo que entraña cada paso que dais. Estáis actuando como kamikazes, nobles, pero kamikazes. No quiero imaginar lo que sucedería si descubrieran que las pintadas son cosa vuestra. Habéis experimentado en vuestras propias carnes lo que estos salvajes son capaces de hacer.

—¿Qué has pensado? —preguntó Sophie sin rodeos.

—Es muy importante que nos protejamos. Sé que algunas de vosotras queréis venganza y sé que todos buscamos justicia. Y la tendremos, pero no debemos descuidar nuestra seguridad personal. Procedamos por partes. En otros tiempos no muy lejanos, la población se vio en una situación muy similar a la nuestra. Tuvo que hacer frente a la censura e idear modos ingeniosos de «puentearla». Eso mismo es lo que quiero proponeros: un método para burlar la censura y hacer llegar información real a la sociedad.

—La Coalición controla los medios. Nos resultará muy difícil saltarnos sus medidas de control —objetó una chica de rasgos asiáticos que, hasta el momento, no había dicho una sola palabra.

—Nadie ha hablado de saltarnos sus medidas de vigilancia. Es más, las alarmas no saltarán. Nos serviremos de las mismas armas que la Coalición, y antes que ella cualquier poder establecido desde mediados del siglo XX, se ha servido para mantener a la población narcotizada: el ocio. Tal y como pasaba en aquel libro, *Un mundo feliz*, ¿os suena? ¿Lo recordáis? —Miró a Sophie. Las respuestas fueron dispares—. No importa. A la gente le gusta divertirse y nosotros le vamos a ofrecer mucha diversión.

—¿Vamos a hacer mimo en la calle? Eso ya no se lleva —ironizó Moustache.

—Algo mucho mejor: vamos a combinar los viejos medios analógicos con las nuevas tecnologías. Hay casi tantos nostálgicos de los «buenos tiempos» como gente absorbida por las máquinas. Démosle a cada cual lo que desea…

—¿Podrías concretar? —preguntó Sophie.

—Realizaremos una pieza *transmedia*: un cómic en papel para los más sentimentales y un videojuego que se distribuirá de manera gratuita a través de todas las plataformas. Bansky, me han dicho que eres bueno dibujando. Blind, ¿no te habías pasado al sector del entretenimiento?

—¿Estás de coña? —objetó *8*— ¿Qué demonios es eso de un cómic? ¿Se te ha subido el papel de *Stark* a la cabeza?

Alizée arqueó las cejas al oír el comentario.

—No del todo. Vivimos en una sociedad violenta, necesitada de nuevos y más intensos estímulos. Les daremos esa historia. La historia cruel pero hábilmente enmascarada de lo que planea la Coalición. Debemos ser muy cuidadosos en la elaboración de la misma, evitando cualquier conexión directa que pueda levantar sospechas, pero que, llegado el momento, no deje lugar a dudas.

—¿Qué momento?

—Todo a su debido tiempo. —Albatros se frotó las manos. La razón de su silencio atendía a un deseo de protegerles. En caso de ser interceptados en mitad de la operación y les fuese aplicado, siendo caritativos, algún derivado enriquecido del pentotal sódico, no resultaba conveniente que cada uno de ellos estuviese informado acerca de la totalidad de las etapas de la estrategia—. Esto nos lleva a la segunda fase del plan —prosiguió—: debemos recopilar más pruebas que revelen el modo en que la Coalición pretende ejecutar los objetivos fijados en esas notas. —El matemático hizo una pausa—. Tampoco me olvido de vosotras, chicas. Tendréis vuestra ansiada venganza y mucho más: contribuiréis activamente al desmantelamiento de la Coalición. Como una buena amiga me dijo —añadió lanzando otra mirada cómplice a Sophie—, no importa el número, ni siquiera que se trate sólo de la *división* francesa de la organización. Lo importante es hacer ruido, hacer que la gente desconfíe. Y vaya si lo vais a conseguir. —Sophie asintió complacida. No se había equivocado en la elección de «maestro de ceremonias».

—¿Cómo has pensado hacerte con esas pruebas… en caso de que existan? —intervino Delorme.

Albatros mencionó a John Némesis, haciendo hincapié en su más que probable implicación en la elaboración del material al que habían tenido acceso y en el hecho de que en esos momentos pasaba una temporada en París.

—Sé que alguno de vosotros lo está vigilando —dijo señalando al detective.

—No puedes hacerte una idea de lo complicado que resulta seguir la pista de ese cabrón. Su residencia está llena de cámaras y es casi imposible acercarse a cientos de metros sin ser detectado. Estoy seguro de que hay una fuerte vigilancia vía satélite. Por lo demás, el tipo no se deja ver. Es como si nunca saliera de su casa, cosa que, por otra parte, entiendo perfectamente. Es estupenda.

—Todo esto está muy bien —apuntó Blind dando un paso al frente —, pero ¿qué te hace pensar que la gente descargará ese videojuego o aplicación o lo que sea. ¿Te haces una idea de la cantidad que hay circulando por la Red? La competencia es feroz.

—Blind, mira lo que habéis hecho con una *Polaroid* casera y unos cuantos grafiti. Además, Alizée me ha comentado que contamos con una experta en marketing. ¿Es cierto? —Sus ojos buscaron respuesta entre los miembros del grupo. Una chica menuda levantó la mano—. Genial, ¿cómo te llamas?

—Lysange.

—Muy bien, Lysange, tú te ocuparás de darle mucha difusión. —La joven asintió—. Debo haceros una advertencia muy seria. Habéis llegado muy lejos, pero cuando todo esto acabe la vida de ninguno de vosotros será la misma. No sé qué sucederá después ni qué será de nosotros. Es por ello que, siendo honestos, si alguien desea dejarlo aquí, éste es un buen momento.

—Tú mismo lo has dicho —señaló Sophie—: ya no hay marcha atrás.

Sus palabras fueron compartidas por el resto.

—En ese caso, ¡manos a la obra! Blind, Bansky, quiero sangre, violencia, sexo, desmesura. Sophie os facilitará una copia del informe. Quiero que todo el mundo se entere de lo que nuestros *líderes* tienen preparado para nosotros. ¡Tenemos muy poco tiempo! Chicas, ahora quiero hablar con vosotras. No os perdáis de vista.

Sin duda, el acercamiento a Alizée, el pensar cómo había sufrido, había desatado su furia y su deseo de venganza.

—Una cosa —interrumpió Delorme—. ¿Cómo has pensado obtener algún tipo de información acerca de los asuntos de Némesis?

—No podrás llegar a él sin crear un cortocircuito. Sé de primera mano que estas personas prefieren no ocuparse de los asuntos

menores. Si quieres acercarte a él, nada mejor que hacerlo a través de su asistente. Descubre quién es, porque seguro que lo tiene, y no le pierdas de vista. Sé ese sabueso que tan sólo tú sabes ser. —Delorme lo miraba fascinado, con una amplia y respetuosa sonrisa en la cara.

—Ya sé cómo llegaron a ti los *Bugatti* y lo demás.

En un alarde de entusiasmo, y una cierta sobredosis de soberbia que todos disculparon al atribuirlo a la excitación, el matemático declaró:

—No habéis recurrido a mí por ser uno más. Me llaman Albatros. Me lo he ganado a pulso.

24

Albatros no se había equivocado. En ocasiones, apuntar y disparar directamente al objetivo suponía un grave error, por contraintuitivo que pudiese parecer. En otras, sencillamente, resultaba imposible. Tal era el caso al que se enfrentaba Edouard Delorme. Razón por la cual había decidido seguir los consejos de su compañero y perseguir a otra presa más débil: el señor Ducruet, asistente personal de John Némesis.

Que el protocolo de seguridad aplicado a Ducruet no tuviese el mismo nivel que el de Némesis, no significaba que no se hallase fuertemente protegido. Salía de la finca con más frecuencia que su jefe, pero lo hacía siguiendo rutas distintas y siempre con una escolta. Tampoco había que descartar, de hecho era lo más probable, que cada uno de sus recorridos fuese supervisado vía satélite. Conseguir su número de teléfono sería del todo inútil, pues «pincharlo» quedaba fuera de su alcance.

Delorme sospechaba que la mayor parte de las llamadas realizadas por Ducruet se hacían desde el interior de la casa, aprovechando la sólida encriptación de las redes, así como los sofisticados mecanismos de alerta en caso de ser intervenidas las comunicaciones. Por fortuna, Némesis era extremadamente celoso de su privacidad y prefería enviar a Ducruet a realizar algunas gestiones fuera que permitir la entrada de personal ajeno al servicio, cuidadosamente seleccionado a través de empresas asociadas, o de *amigos* personales. No era infrecuente que el asistente tuviese que desplazarse a una floristería o a una pastelería para elegir flores o dulces para una celebración o por mero capricho de su jefe. Siempre era preferible eso a recibir a un comercial en casa.

Delorme había organizado su dispositivo en las inmediaciones de la vivienda, pero en los dos días que llevaba operativo no había visto ni rastro del señor Ducruet fuera la mansión ubicada en Neuilly-sur-Seine. Un dispositivo rotativo de vigilancia tenía controlados todos los accesos a la vivienda, de forma que si el asistente decidía salir Delorme sería

avisado al instante.

El detective debía estar pegado al culo del asistente de Némesis a fin de poder evaluar las actividades que el miembro de la Coalición podía estar llevando a cabo, siempre que estuviesen potencialmente relacionadas con la ejecución del plan plasmado en el informe. Si, por ejemplo, John Némesis decidía realizar una actividad tan decadente como acudir a la ópera, el desplazamiento no sería considerado relevante. ¿Asistía a alguna conferencia o reunión importante? ¿Recibía alguna visita destacada? ¿Organizaba alguna velada sospechosa? Tales eran los interrogantes que Delorme se había propuesto desvelar.

Al tercer día llegó lo esperado. Un coche con cristales tintados abandonó la residencia del señor Némesis.

—El ganso migra hacia Alabama —se escuchó en los auriculares de un colaborador de Delorme.

Era el modo de decir que el objetivo se desplazaba hacia el sur. Edouard Delorme había tomado ese tipo de lenguaje de las películas clásicas de espías puesto que era tan paródico que, en caso de ser interceptadas sus llamadas, cualquiera pensaría que se trataba de una broma y lo dejaría estar.

Se inició entonces una persecución discreta, estructurada en diversas escalas. Cuatro coches intervinieron en el seguimiento de la berlina en la que, como advertirían posteriormente, se desplazaba Ducruet. Delorme había declinado la propuesta de instalar un seguidor GPS en el coche mediante la ayuda de un ciclista. Supuso que el vehículo estaría dotado de un sistema de detección de dispositivos extraños y todo tipo de inhibidores de señal.

Diez kilómetros después, el asistente de John Némesis se apeó en la puerta de la empresa de catering más importante de toda Francia; la que abastecía a las casas más antiguas de la región y la que organizaba los banquetes más fastuosos. Dos escoltas de dimensiones sobrehumanas acompañaron a aquel hombrecillo de aspecto frágil y moderadamente afeminado aunque de mirada dura y terrible.

No era la primera vez que Delorme se veía a las puertas de aquel establecimiento, sin lugar a dudas, el favorito de la alta sociedad.

—La zorra está en la madriguera y el conejo está dentro. Hoy comeremos caza.

—Confirma posición, que el conejo no escape. Voy preparando el

horno. Nos vemos luego. —El detective interrumpió la conexión alegrándose y sorprendiéndose a la vez de lo sencillo que estaba resultando la operación. ¿Debería preocuparse? No de momento.

«La zorra está en la madriguera», «el objetivo ha llegado a su destino, pero contamos con un infiltrado allí», «el conejo está dentro». «Hoy comeremos caza» debía interpretarse como «misión cumplida». Convenía confirmar antes que el topo estuviese al tanto de la visita del asistente de Némesis («confirma posición, que el conejo no escape») y que confirmase las gestiones o consultas que había ido a realizar allí. Después de eso, retirada. Delorme se ocuparía de *ir preparando el horno*.

El atractivo y fornido Didier compaginaba sus labores de relaciones públicas y seguridad en el *Foxy Lady* con otro tipo de tareas diurnas, tales como la de asistente del *maître* principal del *Et in Arcadia ego*, empresa dedicada a la preparación de alta cocina para eventos del máximo nivel. Era propiedad de Constantin Alapín, dueño, asimismo, del famoso local de copas al que solía acudir la *jet set* parisina, o que visitaba la capital francesa. Podría decirse sin ningún género de duda que contaba con la confianza y la simpatía del sector más poderoso de la sociedad francesa. Nadie en toda Francia que pudiera permitírselo se planteaba otras opciones a la hora de organizar un banquete o una celebración importante del tipo que fuera.

La confianza en la empresa se basaba principalmente en la discreción de *monsieur* Alapín y sus empleados cuidadosamente seleccionados.

Años atrás, la hermana de Didier había sufrido a manos de un adinerado empresario ruso que estaba realizando unos negocios en París. En su desesperación, acudió por casualidad a Delorme, de quien un compañero de trabajo le había hablado. No podía pagarle, pero el detective encontró la manera de que el joven saldase su deuda. Siempre diría, medio en broma, que fue un trato muy favorable para él.

Por lo demás, la cadena de favores suponía la base de la pequeña red de Delorme, Sophie y, en general, la mayor parte de los *facilitadores*. La élite no era la única clase que recurría a tales prácticas. Innegablemente, la rabia tampoco se había extinguido del todo de los corazones de las víctimas ni del de las personas que las apreciaban y querían, lo cual también constituía un poderoso motor y

un motivo sólido para unirse a la *resistencia* (etiqueta que, dicho sea de paso, ningún grupo había reclamado para sí). «Gente cansada que conoce a gente cansada», había apuntado con gran acierto la joven Levallois.

La mañana en que Ducruet visitó la sede y obrador central de *Et in Arcadia ego*, Didier recibió un mensaje a través de su dispositivo móvil. «Vamos de caza *ahora mismo*, ¿te apuntas?». No era la primera vez que aparecía un mensaje de tales características en su brazalete de grafeno. Sabía que debía interpretarlo como que el objetivo se hallaba justamente en su lugar de trabajo. Su posición privilegiada le permitía llevar a cabo averiguaciones en un tiempo récord y sin levantar sospechas.

Fue él mismo quien recibió al asistente de Némesis.

—Deseo hablar con el señor Alapín —dijo éste.

—Un momento, señor. No tardará en atenderle.

Alapín no se hizo esperar demasiado. Pidió a Didier que no se fuese muy lejos. El *maître* no estaba presente en esos momentos y no le vendría mal un par de «oídos extra». Didier asintió respetuosa y silenciosamente. El hostelero conocía a la perfección los gustos de John Némesis en materia de celebraciones *informales*. Era quien se ocupaba de organizarlas durante sus estancias en la capital francesa. Tan sólo había que concretar el menú y los vinos. Las doscientas cincuenta invitaciones ya habían sido enviadas y la asistencia confirmada. Nadie había declinado la invitación. Diez días serían más que suficientes para prepararlo todo. Tal era la confianza de Némesis y Ducruet en las capacidades del hostelero.

—¿Desean que Ledesma se encargue de todo, como de costumbre?

Ledesma era el mejor *chef* de toda la comarca. Era de origen español.

—Siempre nos sorprende con algo interesante —dijo Ducruet a modo de respuesta.

—Me consta que lleva meses trabajando en algo fascinante.

—Lo dejo a su criterio. Nada de calabacín. Y recuerde, el señor némesis llevará a cabo una primera cata tres días de la celebración antes para dar el visto bueno. Es un evento, podríamos decir, bastante importante.

—Ya sabe que no le defraudaremos.

La degustación se llevaría a cabo en el propio *Et in Arcadia ego*, a la hora de la cena. Sería servida por Ledesma en persona, quien, además, se sentaría a la mesa como invitado. No hablaron del procedimiento habitual por resultar tan embarazoso como necesario. El día de la fiesta, el catador oficial de Némesis probarían la comida *in situ* para verificar que no había sido envenenada. Era algo que se daba por sentado sin más.

Didier escuchaba atentamente sin decir nada. Ducruet parecía ignorarle, pero el joven ya tenía la información que necesitaba transmitir.

Cuando el asistente de John Némesis abandonó el obrador, el señor Alapín le pidió, como solía hacer, que avisase a las chicas. Didier sonrió cortésmente.

Diez días, una ocasión ideal y una sugerencia que acabaría convirtiéndose en un plan perfecto.

25

El equipo de Godard trabajaba sin descanso. El servicio de seguridad personal estaba presionando más de lo soportable. Por fortuna para el jefe del servicio secreto, John Némesis no había vuelto a contactar con él personalmente. Le habría resultado embarazoso tener que admitir que todavía no contaba con ninguna pista fiable.

—¿Tenemos ya el puto análisis del laboratorio? —gritó al agente Rouch a través de su dispositivo móvil.

—El análisis está listo. Lo que esperamos que no tarde en llegar es el listado de todos los establecimientos que distribuyen esa marca de *spray*.

—¡Dile a los de informática que dejen de mirar porno y se metan un cohete por el culo! —Dicho lo cual, colgó con un movimiento de dedo.

La última frase de Godard constituía un enorme cliché, dado que, según las estadísticas, la sede del servicio secreto francés era el único lugar del país desde donde no se accedía a portales de contenido teóricamente para adultos. No obstante, Rouch captó en mensaje a la perfección.

Stéphane Godard siguió mirando fotografías descargadas de la Red, en una carrera contra reloj por descubrir alguna pista que le condujese a los responsables de aquella incitación al desacato. Así permaneció más de dos horas hasta que recibió un mensaje con el informe del laboratorio. Se trataba del listado de establecimientos donde se dispensaba el *spray* que correspondía con la composición analizada. La llamada a Rouch no se hizo esperar.

—Quiero que contactéis con todos los establecimientos parisinos y les pidáis una copia del contenido de sus cámaras de seguridad de un mes a esta parte. Nuestro amigo el *robot* hará el resto. —Fue la respuesta de Godard.

Por *robot* se refería al sistema de reconocimiento facial. El agente Rouch no expresó su opinión, a saber, que le parecía una verdadera

locura. Cierto que las máquinas agilizarían el proceso y facilitarían la labor de los agentes, pero, aún así, supondría un cantidad de trabajo desmesurada. Un enorme inconveniente teniendo en cuenta que si algo no le sobraba a Stéphane Godard era tiempo.

Dos días después, y como si de una imagen congelada se tratase, el máximo responsable de servicio secreto seguía en la misma posición, en el mismo sitio. No había pegado ojo más que durante algunas horas sueltas. No se había marchado a casa, ni, por supuesto, había dejado de lanzar improperios y presionar a sus colaboradores, muchos de los cuales tenían la certeza de que se habría sentido más cómodo como escolta que como alguien confinado por norma general en unas oficinas, sin poder dar salida a su fuerte temperamento.

Rouch llegó con dos cafés.

—Acabo de enviarle el listado a su *mail*. ¿Lo ha recibido?

Godard parecía ausente. La falta de sueño estaba comenzando a afectarle. Cogió el café como un autómata. Después de darle un trago, respondió:

—Gracias.

Con un gesto de la mano abrió su correo electrónico y procedió a examinar la hilera de nombres y fotografías.

—Hemos incluido solamente aquellas personas que adquirieron, en principio, un *spray* de esa marca. Después de este trabajo, no descartaría que alguno de los nuestros abandonase en cuerpo… —trató de bromear sin efecto. Carraspeó.

—Son menos de los que pensaba.

Rouch supo que estaba mintiendo. La lista era apabullante.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó el agente.

—Hijo —respondió Godard. A Rouch le molestó su condescendencia. En realidad no se llevaban tantos años de diferencia —, no me hicieron jefe del servicio secreto por casualidad. Ni tampoco llevo dos días sin dormir, metido en este cuchitril de mierda, para nada.

Se puso en pie y estiró piernas, brazos y cuello. Deambuló un poco por la sala. Ordenó que las imágenes extraídas de las redes sociales apareciesen en la pantalla, y compartió con Rouch su estrategia. Llevarían a cabo una serie de búsquedas cruzadas. En un primer momento, tratarían de triangular tres aspectos: ubicación de la pintada, proximidad del establecimiento, dirección del comprador de *spray*. En

un segundo lugar, realizarían un análisis estadístico que arrojase algún denominador común, vínculo o nexo entre los datos de la primera búsqueda. Por último, revisarían con detenimiento a los clientes de los establecimientos localizados en ese perímetro más acotado.

—Las máquinas se hicieron para servirnos —musitó Godard. Introdujo una serie de parámetros vocalmente y se giró hacia Rouch—. ¿No crees?

Dio otro sorbo al café y se miró la hora. Menos de un minuto después, la pantalla había arrojado cincuenta nombres con sus respectivas fotografías.

—Un interesante resultado —admitió Rouch.

—Ya lo creo. Veamos qué tenemos aquí.

Dos horas después, Godard y el agente Rouch seguían pegados a la pantalla sin decir una sola palabra.

—No va a resultar fácil, ¿verdad, jefe?

—Nada es fácil nunca.

En condiciones normales, un jefe menos activo y con procedimientos más convencionales, habría enviado a varias patrullas interrogar a los sospechosos de acuerdo al orden establecido por él. Pero Stéphane Godard no era un jefe ni convencional ni paciente, de modo que añadió:

—Avisa a los chicos, nos vamos de pesca.

26

Didier no había perdido el tiempo y había contactado con Delorme casi tan pronto como el señor Ducruet abandonó el obrador y Constantin Alapín hubo regresado a sus ocupaciones.

El mensaje de Didier pilló al detective reunido con Albatros en una cafetería situada en las inmediaciones de la Catedral Nevski, en la *rue* Daru.

—Albatros, echa un vistazo a este mensaje —dijo el detective mientras extendía el brazo para mostrarle la muñeca.

En él, el joven mencionaba tan sólo que deseaba reunirse con él a la mayor brevedad. Como era lógico, no consideraba prudente dar más información a través de ese medio. Acordaron verse cuando saliera de trabajar. Albatros y Sophie estarían presentes.

No había que ser muy inteligente para saber que el asistente de John Némesis se había personado en obrador de *Monsieur* Alapín para organizar un festín o una celebración tan informal como importante. Era el estilo de la clase alta. La duda residía en saber en primer lugar la fecha y en segundo los motivos. Lo más probable es que Didier únicamente pudiera responder a la primera cuestión.

—Bien —añadió Albatros—. Como diría mi amigo James Bond, cuando voy justo de tiempo, no me ando con paliativos.

No iba a esperar a que Didier confirmase la fecha del evento para ponerse a idear un plan. En caso de que el infiltrado en *Et in Arcadia ego* aportase otro tipo de información, no se habría perdido nada y se habría ejercitado el cerebro, una costumbre del todo y en cualquier circunstancia saludable. Contaba con todos los elementos necesarios: un topo, un ejército y, en unas horas, y presumiblemente, una fecha.

Stéphane Godard no daba con ninguno de los responsables de las pintadas y todas las pistas parecían conducir a callejones sin salida.

Había interrogado a decenas de compradores de *spray* en los establecimientos que caían dentro del perímetro establecido: inmigrantes, artistas callejeros, individuos que en alguna ocasión habían sido multados por hacer grafitis en lugares inadecuados, es decir, casi todos, etcétera. No había obtenido los resultados deseados. Supuso que los autores debían haber adquirido los botes lejos de allí. ¿Debía ampliar el perímetro? Comenzaba a dudar sobre la conveniencia de su estrategia. Rouch había sugerido la práctica inviabilidad del plan y, a regañadientes, tenía que darle la razón.

Se sentía exasperado. El tiempo se le echaba encima y no tenía ni idea de qué le diría a John Némesis. No corrían buenos tiempos para jugársela de esa manera. ¿Y quién demonios estaba detrás de la ingeniosa «campaña de marketing» desarrollada en las redes sociales? No podría decirse que se tratase de algo ilegal, pero resultaba innegable que estaba complicándole las cosas. Si todavía no había dado la orden de impedir la difusión de tales imágenes era porque esperaba que le condujesen de algún modo a su presa. Algo que, por el momento, no había sucedido.

—¿Recordáis la *Odisea*? —preguntó el matemático cuatro horas después, en una terraza a la orilla del Sena. Lo hizo después de recibir un codazo de Sophie al reconocer al joven portero del *Foxy Lady*. El espadachín se había quedado con ella descaradamente. Él se defendió recurriendo a su sonrisa encantadora y divertida.

Delorme meneó la cabeza y Didier se encogió de hombros a modo de respuesta.

—Me suena —respondió Sophie con sorna. Era obvio que sus palabras encerraban un doble sentido, aspecto que sólo Albatros pudo advertir.

—Genial. Pues vamos a realizar un *remake* del «caballo de Troya». En esta versión el vehículo no será una pieza de madera, sino un evento. ¿Suena bien, verdad?

Didier había confirmado lo que todos sospechaban: John Némesis tenía la intención de organizar una fiesta para doscientas cincuenta personas dentro de diez días y necesitaría, entre otras cosas, camareros y camareras. Una ocasión perfecta para introducir un pequeño destacamento formado por algunas de las chicas de Sophie, a fin de recabar información de primera mano y meter las narices en el

mayor número posible de habitaciones de la casa. De ese modo formarían un mapa lo más amplio posible de las instalaciones. Ya tendrían ocasión de determinar qué hacer con los datos recopilados.

—Un segundo —dijo Delorme—. No será tan sencillo. Desconozco cómo se lo monta Némesis, pero lo habitual en este tipo de casos es que la vivienda cuente con un fuerte dispositivo de seguridad, incluido mecanismo de reconocimiento facial de los que entren.

—No lo harán —intervino Didier—. Los clientes de Alapín dan por sentado que él lleva a cabo tales verificaciones. No olviden que la base de todas las empresas de mi jefe es la confidencialidad.

—Te dije que yo saldría ganando con nuestro trato —recordó un satisfecho Delorme, señalando al portero con un vibrante dedo índice. Éste le devolvió una media sonrisa cómplice.

—Agradezco mucho tu ayuda —le dijo Sophie.

—No hay de qué. Estamos todos en el mismo barco.

Ella asintió lentamente.

—¿Sabes si Alapín lleva a cabo tal investigación de sus empleados?

—Así es.

—No hay ningún problema —medió Albatros. El resto dirigió una atenta mirada al matemático que, desde su conversación con Sophie en el *Foxy Lady* y su cita con Alizée, parecía haber recuperado gran parte de su antigua, aunque muy característica, teatralidad—. Desviaremos a las empleadas de Alapín a otra fiesta y daremos el cambiazo fuera. Con el jaleo de camiones y empleados, nadie se dará cuenta.

—¿Otra fiesta? —preguntó Sophie.

—Así es. Estoy seguro de que la familia Levallois dispone de alguna residencia que no suele visitar con frecuencia. ¿Qué tal organizar una pequeña recepción? Reunir a los viejos amigos, ¿no decías que hacía tiempo que no veías a tu hermano? —Sophie le lanzó una mirada de reprobación—. Creo que una velada con los amigos será suficiente… —se disculpó el matemático.

—¿Y nadie en la empresa hará preguntas?

—Son empleadas —respondió Didier—. Nadie se preocupa por el servicio.

—Salvo nosotros —añadió Sophie, a fin de quitar hierro a la desagradable afirmación—. Para nuestro equipo, el servicio siempre es

el mejor aliado. —Didier le devolvió la sonrisa. Después pensó en su hermana. También ella había trabajado como doncella para unos señores parisinos que hacían, entre otras cosas, negocios con empresarios rusos. Interrumpió sus recuerdos ahí. No quería que el resto accediese a su memoria. Ya sabía cómo terminaba y no le apetecía rememorarlo.

—¿Los agentes de seguridad tampoco harán preguntas? —insistió Delorme.

—No si yo voy. Ya sabes que soy el asistente del *maître*. ¡Es una fiesta! Lo único que esos tipos quieren es que los invitados se lo pasen bien, que no falte comida ni bebida de la mejor calidad, ni chicas guapas. Lo demás es lo de menos.

—Salvo si la cosa se pone fea —precisó el detective.

—En ese caso, se pondría *muy* fea —admitió Didier—. Imagino que Némesis contará con un puñado de pistoleros a su cargo, de los que no se andan por las ramas. Así que cuidado y nada de heroicidades. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Sophie, quien lanzó una mirada al matemático al ver que éste no se pronunciaba.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —exclamó haciendo con las manos el gesto de que frenase un poco.

—También de acuerdo con lo de la fiesta alternativa —concluyó ella.

—Perfecto —sonrió el matemático. No se le pasaba por alto que el joven portero había despertado el interés de Sophie, cuyo lenguaje corporal la delataba muy a su pesar. Hizo una última mueca antes de sumirse en sus propias cavilaciones.

—Ha quedado fabuloso —dijo Blind al examinar la primera impresión del cómic creado por Bansky.

Había pasado una semana desde que Albatros lo propusiese y habían tenido que trabajar a contrarreloj. Bansky tenía muy presente que aquel trabajo no era ninguna obra maestra, pero dio con la clave de convertir un obstáculo en una de sus grandes virtudes. Para ello había optado por imprimirle un cierto *look* característico de los *fanzine* de antaño, exagerando el aspecto «clandestino» de la edición. Sabía perfectamente que muchos de los amantes del género se sentirían fascinados por dicho detalle. Hacía mucho que un cómic en papel era

una pieza de coleccionismo, pero un *fanzine* contemporáneo se convertía directamente en un objeto para fetichistas. «Mima a las minorías y ellas harán el trabajo por ti», solía decir el dibujante.

—Ahora te toca a ti —contestó Bansky—. Debes trasladar la historia a tu medio.

Por aquel entonces, los procesos de creación digital se habían simplificado de manera notable y ya no resultaba tan pesado ni costoso crear videojuego o aplicaciones en entornos virtuales.

—Tengo casi listo el mapeado. Ahora sólo nos falta digitalizar a los personajes y darle el «toque mágico».

—Perfecto. Voy a enviar estos ejemplares a unos cuantos *amigos*. Ellos se ocuparán de distribuirlo de manera inteligente.

Con ello se refería a hacérselo llegar a las personas adecuadas, a los *influencers* o *fans* más activos dentro y fuera de la Red.

—No olvides mencionar que el videojuego estará disponible en unos días. Y de manera totalmente gratuita…

—Descuida.

«*The National Anthem*» de *Radiohead* sonaba de fondo en la amplia sala, cuya luz se reducía a un panel retroiluminado, un par de flexos y la pantalla del escritorio virtual de Blind. Ninguno de los dos sabía hasta qué punto las cosas iban a precipitarse a una velocidad vertiginosa. En breve.

Tres días después de la conversación entre Bansky y Blind, 8, Detour y Moustache subían a diez chicas que trabajaban para la empresa de catering a un pequeño microbús. Había sido decorado como los que normalmente solían tomar para ir a sus lugares de trabajo. En su puesto, diez mujeres del equipo de Sophie Levallois montaron en el vehículo oficial del *Et in Arcadia ego*, el auténtico. Las empleadas las miraron con cierto desconcierto, pero no preguntaron nada. Estaban acostumbradas a ver chicas nuevas por mil razones. La más habitual que a la empresa se le hubiese acumulado el trabajo y hubiese tenido que recurrir a mano de obra extra.

Didier las tranquilizó:

—Chicas, os presento a vuestras compañeras de esta noche. No os preocupéis por nada. Allí os daré instrucciones precisas sobre cómo debéis organizaros. Se nos ha acumulado un poco el trabajo.

Bajó del autobús y se dirigió al otro para repetir la misma

explicación.

Los vehículos se separaron, uno de ellos hacia la residencia de John Némesis, el otro hacia una pequeña villa a las afueras, propiedad de la familia Levallois. Sophie había avisado a los suyos de que iba a celebrar allí una velada entre amigos, a fin de impedir que se dejasen caer sin previo aviso. En realidad, se preocupaba por ellos y no estaba sino tratando de protegerlos, de evitar que se les pudiese vincular de algún modo a las actividades de la pequeña de la casa.

No iba desencaminada cuando en su día dijo a Detour que su «pasta» les vendría bien.

Las chicas que no acudiesen a la mansión de Némesis aprovecharían para invitar a sus amigos y conocidos a una fiesta muy *chic* en una villa de ensueño.

Mientras tanto, el autobús cargado de las *amazonas* de Sophie, y ella misma, seguía su rumbo en dirección a la boca del lobo. A través de unos diminutos auriculares alguien escuchaba «*Hot Kiss*» de *Juliette And The Licks*.

Lysange, la experta en marketing, ya había comenzado a generar expectativa en blogs, redes sociales y todo tipo de medios a su alcance. Se había centrado en aquellos que no pertenecían de manera oficial a la Coalición. Hablaba de un proyecto *transmedia*, de recompensas, de innovación. También de adrenalina, un recurso sumamente efectivo a la hora de «resucitar» a una población anestesiada a base de una saturación prolongada de estímulos incesantes.

El videojuego todavía no había sido subido a la Red, pero Lysange había dejado caer sabiamente que algunos «elegidos» ya contaban con el *fanzine*, una pieza de coleccionista. ¿Quién sería el siguiente convocado para salvar el mundo? Los *frikis* se darían de tortas por hacerse con uno de esos escasos tesoros.

Fuera como fuera, parecía estar logrando su objetivo y los *Cuentos de la tierra baldía* comenzaron a estar en boca de todos incluso antes de su aterrizaje definitivo.

John Némesis dio por finalizados los preparativos de la fiesta y ya se centraba en su discurso de agradecimiento por ser elegido. Por

supuesto, debía memorizarlo, pues supondría un detalle indecoroso y artificial el hecho de leerlo. En teoría, el resultado seguía siendo desconocido. Los ejes de su discurso y de su legislatura serían el bienestar de la población, la seguridad, así como las medidas para atajar la escasez de los recursos naturales. Sus compañeros aplaudirían sus propuestas y los ciudadanos celebrarían la llegada de su nuevo presidente, o «líder», como él prefería llamarse para sus adentros, aunque le pareciese un apelativo poco popular de cara a la galería.

Lo que ninguno de los otros candidatos sabía era el modo en que ejecutaría sus planes, especialmente aquellos orientados a resolver la escasez de espacio y recursos. Más de veinte años después de iniciar sus investigaciones al respecto, se enorgullecía de tenerlo todo listo.

Examinó de nuevo los prototipos proyectados en forma de holograma justo en el centro de su despacho. «Qué ironía…», pensó.

27

Los negocios de John Némesis. Parte II

Parecía cosa de ciencia-ficción y, en cierto sentido, lo era. Pero John Némesis supo sacarle partido y acercarlo al plano de lo real.

La primera vez que oyó hablar del germen de su gran aportación fue alrededor de 2000. Amante de las teorías de la conspiración, a su juicio, la mejor y más inspiradora literatura de ficción, topó con un texto de Serge Monast. Había aparecido en 1994 y en él se hablaba del siniestro *Proyecto Blue Beam*. Figuraban todos los elementos de la teoría conspiranoica de la época: tecnología HAARP, *chemstrails*, menciones dispersas de lo que con el tiempo daría en llamarse *the hum* (las famosas «trompetas del apocalipsis»), la inevitable mención de Tesla, el nuevo orden mundial, etc. En líneas generales, el periodista canadiense, fallecido de un supuesto ataque al corazón dos años después de la publicación de su ensayo, sostenía que la élite mundial planeaba un golpe maestro y definitivo para doblegar a la población. El procedimiento básico consistía en proyectar en el cielo hologramas en alta definición mediante láser, la tecnología más avanzada en la época en que se publicó en texto. Recrearían la nueva llegada del Mesías, quien transmitiría mediante técnicas no menos ligadas a la tecnológica, un mensaje de unidad ideológica, monetaria y lingüística. O, en otras palabras, el ideario del tan cacareado nuevo orden mundial. Tal y como era habitual en este tipo de literatura, el recurso a los extraterrestres y todo tipo de entidades misteriosas se convertía en una constante.

John Némesis no concedía el menor crédito a tales hipótesis, pero intuyó en el fondo de esa madeja de ideas alocadas una hebra a partir de la cual elaborar un plan mucho más viable. Mucho más real. A fin de cuentas, ¿quién necesitaba a los marcianos, puesto que ya estaban

aquí y éramos nosotros mismos?

A fin de mantener a la población bajo la fe en la abundancia y el progreso debía llevar a cabo dos grandes tareas: acabar con la escasez, para lo cual debería acabar ciertamente con las bocas y los cuerpos que precisaban alimentos y otras materias primas, así como espacio, y ocultarlo debidamente. La primera de las misiones no era complicada una vez se dejaban de lado las reservas morales. Para ello, Némesis recitaba mentalmente a diario el *mantra* de la *necesidad*, en un sentido fuerte, de llevar a cabo tales dolorosos ajustes. La guerra y el derramamiento de sangre ya habían quedado como algo poco popular y bastante embarazoso, de ahí que se recurriera a métodos más asépticos. La industria farmacéutica se prestaba sin problemas a ello.

Algo más incómodo resultaba mantener la mentira. La opción de silenciar o manipular la realidad a través de los medios de comunicación y la censura presentaba bastantes grietas, y John Némesis deseaba algo más faraónico y contundente: la construcción de un mundo a medida, a *su* medida.

—Los prototipos están listos, señor —dijo el jefe de los ingenieros de la planta secreta que la corporación de John Némesis había instalado en el desierto de Nebraska.

—Generadores de hologramas en 3D de altísima definición… —dijo el empresario al acariciar la primera maqueta.

Su idea era instalar unos cuantos en los diversos puntos del planeta que fuesen a ser devastados.

—No pretendo entrometerme, señor, pero ¿ha pensado ya qué le dirá al resto de ingenieros?

—Que la finalidad de estos aparatos es la industria del entretenimiento.

—¿Y a los transportistas?

—Bah, a ellos no hay que decirles gran cosa. El cuento de la investigación, la defensa o lo que sea bastará. Sinceramente, ¿cree usted que se molestarán en pedir explicaciones? Nadie hace preguntas mientras los *omnicrons* siguen llegando en grandes cantidades a sus cuentas bancarias. ¿No le parece a usted?

—Lleva toda la razón, señor.

Teniendo en cuenta que las zonas a «depurar» coincidían con las más pobres y menos familiarizadas con la tecnología, no resultaría muy

difícil proyectar imágenes de poblados enteros y añadir algún bucle digital que confirmase la presencia de seres humanos. Sería muy fácil actualizarlo desde lugares remotos, como si de una película que llegase a las salas vía satélite se tratase. ¿Y si algún pobre tuviese la idea de perseverar en esa mala costumbre llamada pensar? En serio, se decía a sí mismo John Némesis, ¿quién iba a creerle? ¿Cómo iba a hacer llegar sus teorías desde, por ejemplo, los lugares más pobres del continente africano hasta el hemisferio norte? ¿A través de los voluntarios y cooperantes? Nada como un poco de control cautelar en la zona y asunto resuelto. Después de todo, era la supervivencia de toda la especie lo que estaba en juego y la Coalición no se había erigido sobre principios filantrópicos precisamente.

Generar sonidos tampoco supondría un problema tecnológico de primer orden.

Otra vez más, las zonas más desfavorecidas de la Tierra servirían de laboratorio para experimentos macabros que, quién sabe, tal vez fuese necesario explotar en el denominado primer mundo en un determinado momento; es decir, si la cosa se ponía fea, si sus intereses se veían amenazados.

Némesis sabía que debía guardar esa baza hasta que hubiese sido elegido presidente de la Coalición y la decisión se comunicase oficialmente a la ciudadanía. Tenía que ser prudente y no dejar nada al azar. Aunque su fortuna, su influencia y su inmenso poder predecían su triunfo, cabía la posibilidad de que algún miembro de la cúpula no simpatizase en exceso con sus particulares puntos de vista sobre la *ecología*. Prefería no correr ese riesgo.

Con un gesto de la mano, salió de la *nube* en la que almacenaba los planos y algunas maquetas en 3D vectorizadas. Ocho luces rojas y una novena pieza en negro, justo en el centro, apareció en el centro de la pantalla virtual. Némesis sonrió. Se sentía satisfecho de sí mismo. Abandonó el despacho. Todavía tenía que vestirse.

Era su gran día.

28

El autobús se detuvo en la verja de la parte de atrás de la mansión de Némesis. Allí se encontraba la puerta de servicio, por la que entraba todo lo que la alta sociedad quería disfrutar pero no ver.

Podía advertirse un fuerte dispositivo de seguridad. Había cámaras y hombres presumiblemente armados por todas partes.

Un tipo al que con toda probabilidad tendrían que hacerle el coche y todo lo demás a medida se encargó de abrir la puerta de manera manual tras examinar la cara y las credenciales del conductor del vehículo. Didier le saludó con la mano sin obtener respuesta alguna.

El autobús se aproximó a la puerta de entrada y las chicas descendieron. Fueron acompañadas al interior por dos hombres vestidos con traje y con una artificial actitud de relajación. Miraban a ambos lados, como si alguien pretendiese acceder sin permiso y ellos tratasen de impedirlo. Condujeron a las mujeres hasta una amplia cocina. Todas ellas iban vestidas con el uniforme de la empresa. Didier se las había arreglado para entregar al equipo de Sophie unos cuantos. El camión con la comida no tardaría en llegar. No se trataba de meros platos precocinados. El tráiler disponía de su propia cocina de última generación, aunque muchos de ellos se rematarían en las instalaciones de Némesis. Así había sido acordado.

Desde allí no se oía más que un leve murmullo que provenía de alguna otra parte de la casa. Didier comenzó a dar órdenes a las muchachas y se sorprendió al comprobar el grado de profesionalidad de las chicas de Sophie. Cualquiera habría pensado que llevaban toda la vida trabajando en eso.

Prepararon la bebida mientras otras organizaban los aperitivos. Némesis había optado por enfocar el evento como un cóctel informal en lugar de un banquete al uso, encorsetado en exceso.

Una hora después, una especie de mayordomo se personó en la cocina.

—¿Es todo de su agrado? —preguntó a Didier.

—Por supuesto. Muchas gracias.

El mayordomo se veía en la forzosa necesidad de ser amable y solícito con el asistente del *maître*, a sabiendas de que no era el último responsable. Arrugó la nariz nada más darse la vuelta.

Las mujeres sirvieron la bebida en las copas, cogieron las bandejas y fueron guiadas por el maestro de sala de Némesis hasta el lugar de la celebración: el jardín.

La decoración era exquisita. Velas, luces suaves, mantelería cara. No faltaba detalle. Los primeros invitados no habían acudido vestidos de etiqueta y se les notaba deseosos de tomar su primer trago. Habían instalado una gran barra donde algunas de las empleadas de Alapín ya se habían situado. Muchas caras conocidas se acercaron con discreción y fingido desinterés. Ducruet paseaba entre las mesas inspeccionándolo todo. La música, a caballo entre la bossa nova suave y la típica del hilo musical de algunos ascensores y salas de espera, se esparcía por el ambiente. Vista desde cierta perspectiva, aquella fiesta se parecía bastante a la que habrían celebrado los personajes de aquel videojuego tan pasado de moda llamado *The Sims*.

Sophie tenía muy claro que iba a resultar más difícil de lo previsto realizar un mapa de la vivienda mediante las grabadoras de vídeo que llevaban instaladas en los uniformes, y que esperaban no fuesen anuladas mediante inhibidores de frecuencia. En el peor de los casos, pensó, tendrían una imagen visual de los invitados.

Prestaba atención a las ventanas y a cualquier punto que pudiera dar un indicativo de las diversas zonas de la casa, todo ello sin llamar demasiado la atención. Si eran descubiertas, el asunto podría complicarse más de lo deseable.

Albatros había acudido a la fiesta paralela. Lo más adecuado es que hubiese sido Sophie quien lo hiciera, pero el matemático no quiso dejarse ver en casa de Némesis por prudencia. Nadie podía asegurarle que no hubiese trabajado sin saberlo para alguno de los asistentes. Por otra parte, la joven Levallois llevaba tanto tiempo alejada del círculo familiar que resultaba harto improbable que alguien de los allí presentes la reconociese y la vinculase a los Levallois. Detalle que no la había eximido de maquillarse a conciencia.

Cuando los estómagos de aquellos señores estuvieron bien saciados de comida y bebida, John Némesis habló desde el centro de

la sala, aunque su voz se oyó por todo el jardín, como si procediese del cielo. No llevaba micros ni nada parecido a la vista, pero había obrado el *milagro*. En primer lugar aprovechó para agradecer a los invitados su asistencia y les recordó la importancia de la cita. Esa noche elegirían al primer presidente de la Coalición.

El equipo de Sophie lo registraba todo. Aunque habría sido deseable transmitir a tiempo real el material grabado, no querían arriesgarse a que las comunicaciones fuesen interceptadas.

—Señoras y señores, como todos ustedes saben, hoy es un día clave para todo nosotros y para nuestro pequeño planeta. Hoy daremos un paso más con la elección de un representante que nos acerque a los ciudadanos y sea capaz de transmitir entusiasmo y seguridad. Hemos luchado duro para proteger el bienestar social y defendernos de lo enemigos del progreso y la libertad. Ahora ha llegado el momento de aunar fuerzas y con ilusión y esfuerzo seguir en la misma dirección. —Muchos de los asistentes asentían como hipnotizados—. Hemos dispuesto unas urnas acorazadas e insonorizadas donde podrán decir el nombre de la persona que deseen que nos represente. Les aseguro que el voto es secreto —bromeó. Las risas no se hicieron esperar—. El señor Bentham, a quien todos ustedes ya conocen, se ha ofrecido amablemente a anunciar el resultado de la votación. De modo que, si no tienen inconveniente, vamos a proceder. No tengan prisa. Cerraremos las urnas en una hora y media.

Poco a poco, los convocados fueron aproximándose a las cabinas. Se les veía alegres y relajados e incluso algunos brindaron en silencio por el ganador, como si ya todos lo tuviesen presente.

Sophie se acercó con una bandeja al lugar donde se hallaba John Némesis quien, con una sonrisa y un movimiento de cabeza, rechazó la bebida que se le ofrecía. Pudo contemplar los ojos de quien en breve sería de manera oficial el hombre más poderoso e influyente del mundo.

Dos horas después, Joseph Bentham anunció que el resultado de la votación iba a ser comunicado. Sin demasiado ceremonial y con una sonrisa servil en el rostro, compartió con el resto lo que ellos ya sabían:

—Demos la bienvenida y la enhorabuena a nuestro primer presidente: el señor John Némesis. —Los asistentes prorrumpieron en aplausos—. ¡Qué conste que esta maravillosa cena no ha influido en absoluto! —exclamó mientras avanzaba con los brazos extendidos

hacia el anfitrión. Fue el primero que le abrazó. Los aplausos y vítores no cesaban. Némesis se dispuso a tomar la palabra y pidió silencio con un gesto de la mano.

—Muchas gracias a todos por su confianza. Estoy muy emocionado en estos momentos, y quiero señalar que no les defraudaré. Ni a ustedes ni a nuestro pueblo. Nos enfrentamos a grandes retos, pues nuestra sociedad nos exige más y más: más transparencia, más seguridad, más abundancia, más bienestar. —Sus movimientos estaban calculados al milímetro—. Y es nuestra obligación proporcionárselo. Sé que hay enemigos de la libertad y los ideales de nuestra empresa. Todos estarán al tanto de los recientes incidentes aquí mismo, en París. Pero la fe en el progreso es lo único que nos mueve desde el principio y así seguirá siendo. No toleraremos que un puñado de insurrectos ensucien el buen nombre de nuestra coalición, en definitiva, guardiana de los mejores propósitos de la raza humana.

Sin dejar de escuchar y grabarlo todo, Sophie y el resto seguían recorriendo el jardín, ofreciendo bebida y pequeños tentempiés fríos. Muchos de los invitados ya se habían pasado a los licores de mayor gradación.

—Desde que era un muchacho —prosiguió Némesis—, lo único que he deseado era un mundo mejor para mí y para los demás. Un mundo más seguro, sin violencia ni miseria. Hoy, puedo decir lleno de orgullo que entre todos lo hemos conseguido. Hoy, asumiendo con gran honor el cargo de presidente, reitero mi voluntad de seguir trabajando en esa dirección. —Los aplausos volvieron a interrumpir su discurso—. Dentro de un par de días regresaré a Norteamérica para llevar a cabo los preparativos de la investidura pública y el comunicado oficial. No estimo oportuno demorarlo mucho y, dado que nuestro funcionamiento será muy similar al que hemos seguido hasta la fecha y no será necesario llevar a cabo grandes reajustes, propongo que sea la semana que viene, de manera simultánea en todo el planeta. ¡Ventajas de la tecnología! —bromeó al advertir que tal vez sus palabras hubiesen delatado su inclinación a la megalomanía. Los demás le siguieron el juego y rieron la gracia—. ¡Señoras y señores! —dijo levantando una copa—¡Un brindis por el futuro! ¡Disfruten de la velada!

Los aplausos sonaron con más fuerza si cabe y los asistentes comenzaron a formar corros. Se les veía entusiasmados. No era difícil ver cómo cada uno de ellos se esforzaba por aproximarse al vencedor,

en especial los otros candidatos más probables (Alamartine, Kantor, Wen…). Todos querían ser los primeros en felicitar al nuevo presidente. Todos querían «sentarse a la derecha del padre».

Pero no todo eran celebraciones aquella noche.

Sophie Levallois ocultaba su preocupación a duras penas. En una semana se haría público a nivel global el nombre del presidente de la Coalición y ellos no tendrían ocasión de hacer nada para impedirlo ni para hacer llegar a la ciudadanía qué tipo de seres iban a ocupar los puestos de mayor responsabilidad. ¡Ni siquiera tenían pruebas de cómo iban a ejecutar su plan definitivo!

Tras cerciorarse de que nadie la veía, tomó un trago largo de una de las copas y se dijo «¡Hay que darse prisa!».

29

Serían más de las cinco de la mañana cuando Albatros recibió un aviso a través de su móvil. Seguía en la otra fiesta, que ya daba muestras de tocar a su fin. Alizée estaba con él. Como era ya habitual, el mensaje tan sólo le instaba a reunirse con urgencia. Albatros no tuvo reparos, pero le advirtió que tendría que ser al día siguiente (es decir, ese mismo día, pero más tarde). A diferencia de ella, él no había tenido que llevar uniforme ni «trabajar» y había cedido a la cariñosa presión de Alizée, quien le había recriminado ser un poco aburrido y le había instado a beber un par de copas. Lo que la antropóloga no sabía es que nada de eso haría que el matemático dejase de ser un tipo mecánico y que únicamente lo transformaría en alguien sin demasiado atractivo y algo bebido, sin llegar a estar borracho, pero sin ganas de lanzarse a salvar el mundo en mitad de la noche.

»Mañana.

Escribió Albatros.

»Nos vemos en cinco horas. No estoy para bromas y tú tampoco deberías.

Fin de la conversación.

—No sabía que el alcohol te afectase tanto —dijo Alizée divertida.

—No suelo beber… o no solía hacerlo —rectificó al hacer recuento de los últimos días—. Y, ahora que lo pienso, ya sé por qué…

Una vez disuelta la fiesta y las chicas de Alapín se hubieron marchado, el matemático cerró la puerta de la casa y se encaminó hacia el coche en compañía de Alizée.

—Mañana tendremos que poner esto en orden —dijo.

—No pienses en eso ahora.

—Menos mal que estos cacharros se conducen solos… —añadió refiriéndose al asistente incorporado en su vehículo.

—En estos casos, sobre todo, me parece un gran adelanto. Supongo que se le ocurriría a un amante del vino.

—O su esposa —precisó Albatros.

Habían pasado una velada agradable y era evidente que se estaban entendiendo más y más rápido de lo que al espadachín le habría gustado reconocer.

Ya instalado en el interior del vehículo, y movido por los efluvios etílicos, Albatros reflexionó sobre algunos detalles de la fiesta. Le habría encantado compartirlos con Alizée, pero no se hallaba lo suficientemente borracho como para cometer tal estupidez. A fin de cuentas, ella no podría compartir jamás su punto de vista, su punto de vista de ese momento, debido a las experiencias vitales de la mujer. Pensó en cómo esa gente parecía feliz, ajena a la catástrofe que estaba apunto de suceder y se preguntó hasta qué punto no era uno mismo quien se encontraba predispuesto a la fatalidad, a tropezar mil veces con la misma piedra, a atraer los problemas. Recordó los telediarios de cuando él era un adolescente, un poco antes de que la Coalición irrumpiese con fuerza y con la firme intención de *salvarles el alma*. Estaba convencido de que había millones de historias felices que contar, si bien los medios se limitaban a emitir las más atroces, dando a entender a fuerza de repetición que el mundo era un lugar horrendo y cruel. Coalición o barbarie. Sin lugar a dudas, dicha estrategia facilitó la instauración de un nuevo gobierno de nuevo cuño, creado para proteger a los ciudadanos de los causantes de ese terror permanente. Él era hijo de aquella generación, pero ¿por qué no era capaz de hacer como esas personas y disfrutar de la vida sin más? ¿Por qué a él no le había funcionado cuando lo había intentado? ¿Porque, en su fuero interno, se sentía por encima de ellos, como si experimentase un enorme placer al formar parte de la reserva de la mentalidad crítica, de la *resistencia*? Como si fuese un elegido para sufrir en lugar de los demás? Justo como un Jesucristo antes de ser apresado, Albatros sintió dudas, salvo de una cosa: no debería beber más. Sólo le llevaba a pensar estupideces.

—Ya estamos. —En el fondo, no era necesario decirlo, puesto que el coche se detuvo en su plaza de garaje— ¿Subes?

Alizée accedió a condición de que luego él le acompañase a casa a ponerse ropa limpia y más cómoda. ¿Cómo alguien podría haberle hecho semejante daño a un ser tan encantador y dulce?, se preguntaba Albatros. Se dijo que pagarían por ello. Otra vez el maldito alcohol…

—Trato hecho —dijo al fin.

Cinco horas después, el *ejército* de Sophie se hallaba de nuevo reunido en el viejo almacén. Ella daba muestras de nerviosismo.

—¿Qué tal la fiesta? —preguntó Albatros al llegar. Junto con Alizée que apareció a su lado, fue el último en llegar a la reunión. Los demás le miraban.

—No tenemos tiempo para bromas —respondió Sophie. Estaba más seria que de costumbre.

El matemático asumió que debía cambiar de actitud y adoptó un tono más serio.

—Está bien. ¿Qué sucede?

—La Coalición ha elegido a su nuevo presidente, es decir, a nuestro nuevo presidente. Lo harán público la semana que viene. ¿Te das cuenta? ¡La semana que viene!

—Calma, calma… Déjame acertar, ¿Nuevo presidente? ¿Némesis?

—Claro. Esta apuesta era muy sencilla de ganar. Lo difícil es saber cómo demonios vamos a llevar a cabo nuestro… plan. —La joven Levallois se sintió pequeña, minimizada ante el potencial de Némesis y la Coalición en su conjunto. Había tenido ocasión de verlo con sus propios ojos—. Además, John Némesis viaja a Norteamérica en un par de días. Quiere hacer el comunicado desde allí.

—Todo sigue igual —dijo Albatros—. ¿Habéis conseguido alguna prueba más?

La pregunta era del todo retórica, pues quedaba claro por el ánimo del resto que no había sido posible.

—No. Es una maldita fortaleza infernal. Hay cámaras y guardias por todos lados.

Albatros entrelazó los dedos de las manos y los hizo crujir. Miró a Delorme. Éste no tenía nada que añadir.

—Nada ha cambiado. Tan sólo tendremos que acelerar un poco el proceso. ¿Qué tal va ese videojuego? —Se esforzaba por mantener la calma.

—Éxito total —dijo Blind—. El cómic de Bansky y la campaña de Lysange han dado sus frutos. Admito que es un poco cutre, pero parece que eso ha sido del agrado de la gente. Supongo que está harta de tanta alta definición.

—¿Veis? No todo está perdido. ¿Hay grabaciones de la fiesta?

¿Algo que se parezca a un mapa?

—Lo del mapa fue misión imposible. Nos tenían controladas en todo momento. Sí hay algunas grabaciones. Tuvimos suerte.

—¿Podría verlas?

Sophie conectó un cañón proyector. Albatros prestó atención a las imágenes. Después se sumió en un profundo silencio.

—¿Hay una cafetera por aquí?

Sophie suspiró disgustada. ¿Un café? ¿Ahora?

—Sí, hay una. Ve tú mismo y sírvetelo.

—Yo lo traeré —dijo una chica de tez muy pálida.

—Muchas gracias, Lucile.

—En teoría, tenemos dos opciones —dijo Albatros—, aunque sé muy bien que a efectos prácticos se reducen a una sola. Podríamos esperar y seguir elaborando un plan más completo. Ésa era mi idea inicial. Ahora bien, por una parte Némesis se marcha y es muy probable que se lleve las pruebas con él y, por otra, admito que la fecha de mayor impacto sería la que coincidiera con el comunicado. Se nos ha echado el tiempo encima, es cierto. De lo contrario nunca habría barajado esta posibilidad. Ni siquiera sabía que fuésemos a tener un *presidente*.

No todos entendían la totalidad de lo que Albatros decía, lo cual resultaba muy comprensible atendiendo al hecho de que no había desvelado el plan en su conjunto. Tan sólo Sophie estaba al tanto. Alizée y Delorme conocían el ochenta y cinco por cierto aproximadamente.

—¿Qué te hace pensar que las pruebas están en casa de Némesis? —preguntó el detective. Lucile llegó con el café. Albatros dio un trago antes de hablar y después de darle las gracias a la chica.

—Nada. No tenemos forma de saberlo. Es más, ni siquiera podemos saber si hay pruebas o plan… —Albatros se rascó la coronilla —. Lo cual nos lleva a la segunda y, a mi juicio, única opción. Paradójicamente, tenemos suficiente material para joder a la Coalición, luego somos nosotros los que ya estamos lo bastante jodidos.

—No creo que tengamos tanto —dijo Moustache.

—Créeme, lo tenemos. Lo único que nos falta es la guinda del pastel, las pruebas que certifiquen lo que figura en las notas que encontrasteis. Con ellas, su edificio se desmoronaría como un castillo de naipes en lugar de tener que recurrir a la bola de demolición. Pero,

de lo contrario, es decir, en caso de no hallar nada, recurriremos a la estrategia del terrorismo: maximizar el daño con los mínimos medios.

—Me gusta la bola de demolición —dijo Sophie.

—No te preocupes, podemos usarla de todos modos. Lo que intento transmitiros es que ya hemos llegado muy lejos, como vosotros también sabéis, y no tenemos mucho más que perder. No habría diferencia entre ser apresados ahora y ser apresados después de lo que pienso proponeros. —Con sus palabras, el matemático llamó por completo la atención del resto—. Gastaremos el último cartucho: asaltaremos la casa de John Némesis.

—Es una locura.

—Lo sé, pero no nos queda otra. Será una operación de alto riesgo. Seremos interceptados al instante y nos veremos obligados a poner en práctica todos nuestros conocimientos en materia de artes marciales y fugas.

—¿Cómo has pensado que nos organicemos? —preguntó 8.

—Como ya os he dicho, el plan inicial se mantiene. Sólo variaremos el *tempo*. Vosotras —dijo a las chicas que conocían a sus agresores— podéis tomaros esas *vacaciones*, pero no olvidéis lo que os dije.

Albatros se masajeó ambas sienes para aclarar las ideas.

—No sé si servirá de algo, pero a las ocho llegará el servicio de limpieza a casa de Némesis —dijo Didier—. Mi empresa tiene también que recoger unas cuantas cosas a eso de las diez.

La sonrisa de Albatros no pudo ser más franca.

—¿De verdad pensáis que no vamos a resolver este entuerto? Porque yo estoy convencido de que sí. 8, Detour, Moustache y tú, Didier, iréis disfrazados de trabajadores del *Et in Arcadia ego*, sólo como apoyo. Si no tenemos problemas en la entrada, cogéis lo que tengáis que coger, lo que Didier os diga, y os largáis, ¿de acuerdo?

Los cuatro asintieron.

—Albatros, me temo que vas muy rápido —dijo Delorme—. ¿Qué buscaremos dentro? No hay mapas, ni planos de la vivienda, ni posibilidad de conseguirlos. No podemos ir a lo loco. Nos matarán.

—Mi querido Edouard, deberías haber pensado en eso antes de hablarle de mí a esta señorita —dijo señalando a Sophie—. Las grabaciones nos dan una pista de dónde *no* hay que buscar, lo cual acota el terreno. Por lo demás, arrasaremos con todo: dispositivos

electrónicos o de almacenamiento, planos, lo que sea. Indudablemente, no vamos a perder el tiempo registrando la cocina o los cuartos de baño, sino que prestaremos atención a cualquier sala que se parezca a un despacho.

—No lo veo claro.

—En ese caso te seré más explícito: atraparemos al puto John Némesis si es necesario.

—¿A qué se debe ese repentino furor, Albatros? No te reconozco.

Albatros trató de serenarse. Lanzó una mirada a los demás, que no le quitaban ojo de encima, y dijo:

—Mira a todas estas personas, mira a estas chicas. Algunas no son más que unas niñas y han sido marcadas de por vida. Piensa en Didier y su hermana, en 8, en Bansky, Detour, Moustache, Blind, en toda esa gente que se ha jugado el culo por ayudarte, por ayudarnos, todo este tiempo. En las limpiadoras, porteros, secretarias, cocineros. Piensa en ellos porque dentro de una semana todo el mundo amará al bastardo que ordenará un genocidio de guante blanco a menos que seamos capaces de mostrarle lo que está a punto de suceder.

—¿Y si ese informe fuera, digamos, falso o no lo hubiéramos sabido interpretar de manera adecuada?

—Delorme… —dijo Albatros con cadencia y una sonrisa triste—, da igual el informe. Mírala, está ahí, ya llega: es la barbarie. ¿Quieres que tu pueblo se limite a vivir por un plato de comida y un puñado de cacharros tecnológicos? ¿Y qué pasará después? ¿Qué pasará cuando ni siquiera de eso haya para todos? —Edouard Delorme apretó las mandíbulas y extendió el brazo con el puño cerrado. Albatros hizo lo mismo y sus nudillos chocaron, imitando el saludo de algunos niños del pasado—. Tú vigilarás fuera, dentro de una furgoneta. —El detective asintió—. Yo entraré a la casa. —Hizo una pausa tensa, dolorosa—. Necesito voluntarios para acompañarme.

Sophie levantó la mano, Alizée también. Albatros sabía que hacer distinciones por cuestión de género era absurdo. Aquellas mujeres eran capaces de derribar al más sólido de los varones. Otras se sumaron, pero el matemático añadió:

—Con ellas dos será suficiente. Si somos demasiados resultará muy difícil coordinarnos. Además, no podríamos ocultarnos en la furgoneta de Didier. Sí será preciso que las demás —dijo a aquellas que formaban parte de ese porcentaje que no había podido identificar a

su agresor— hagáis guardia fuera. Si es necesario, os avisaremos. En ese caso, dejad las sutilezas a un lado. Si recibís un mensaje de cualquiera de nosotros, significará que estamos en peligro. Poneos las capuchas y entrad como sea. ¿Tenéis armas?

—No te preocupes por eso —dijo Sophie. Albatros asintió con la cabeza.

—Blind, si me sucede cualquier cosa, no olvides actualizar el videojuego el día del comunicado con los documentos que el resto aporte. Ya sabes lo que tienes que hacer. Debe estar listo para ese momento.

—De acuerdo, descuida.

—Cuando salgamos de aquí, no quiero que nadie regrese. Coged vuestras cosas, pensad en otro sitio para esconderos y sed fuertes. Sabéis cómo encontraros los unos a los otros, sobre todo a Blind. Él es ahora la pieza clave. Volveremos a encontrarnos, creedme.

—¿Cuándo está previsto el asalto? —preguntó 8.

Albatros evitó tragar saliva. Lo consiguió por muy poco.

—Ya.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de cada uno de ellos.

—¿A plena luz del día?

—Levantaremos menos sospechas y huir vamos a tener que huir tarde o temprano. Además, tenemos que aprovechar el porte de la empresa de Didier.

—Amigo, te apoyo, pero esto es un suicidio —dijo Moustache.

—Es probable —dijo Albatros apoyando una mano sobre su hombro—, pero no podemos arriesgarnos a que nos identifiquen ahora. Ya sé que no van a meter las narices en el negocio de Alapín, pero no podemos estar seguros. Es cierto —reconoció—, el asunto se nos ha ido totalmente de las manos. Ahora sólo nos queda ejecutar esta pirueta kamikaze. Confío en que la suerte nos acompañe.

—Bueno —añadió una chica de origen senegalés, cuya historia de violencia era abundante en detalles escabrosos—, creo que no nos vendrá mal un poco de emoción.

—No somos un ejército de Marines —dijo otra—. Sabíamos que tarde o temprano nos tocaría improvisar.

—¿Apresarnos? Ninguno de esos cerdos me pondrá las manos encima otra vez —dijo una tercera.

—Comienza la batalla —dijo una cuarta.

Quince figuras vestidas de negro salieron a toda velocidad del almacén abandonado. Una de ellas programó en décimas de segundos una lista de reproducción en su brazalete de grafeno, como si lo hubiese tenido preparado desde hacía años. «*Know Your Enemy*» de *Rage Against The Machine* comenzó a sonar dentro de su pabellón auditivo.

Los que se quedaron allí se miraron entre sí. Albatros mostró las palmas hacia arriba como si preguntase si alguien más tenía algo que decir y, ante la negativa generalizada, repitió:

—Comienza la batalla.

Delorme se aproximó con disimulo a Sophie y le susurró al oído:

—Sophie, quiero comentarte una cosa.

La joven tuvo muy claro que se trataba de algo muy importante. Aquella podía ser la última vez que se vieran y el detective no quería guardar para sí esa información. La agarró con suavidad de brazo para apartarla unos metros.

—¿De qué se trata?

—Hace años me preguntaste por qué había consentido entrevistarme contigo. ¿Lo recuerdas?

—Claro que sí.

—Bien. Te contaré una historia.

30

El secreto de Edouard Delorme

—¡Papá, papá! —exclamó la pequeña Bernadette.

Edouard Delorme tenía los ojos entornados. La cálida luz del sol le sumía en un agradable sopor. La voz de su hija le hizo abrirlos lentamente. Le dedicó una sonrisa al verla balancearse en uno de los columpios del parque. Le encantaba ver cómo apuraba los últimos momentos de su infancia. Dentro de poco, sus intereses cambiarían para siempre. Comenzaría a preocuparse por la ropa, los chicos, sus propias hormonas y todo aquello que convertía a una niña de doce años en una adolescente en plena ebullición.

El detective dio un sorbo al café que había comprado en el *Passager* y contempló las palomas. Hubiera deseado llevar algo con lo que alimentarlas. Oyó una voz a su espalda.

—Estáis aquí. Por fin. Llevo un buen rato buscándoos.

Catherine se acercó y le dio un beso en los labios. Delorme respondió de la misma manera.

—Puede que esté un poco frío —dijo al ofrecerle el vaso de poliestireno que contenía otro café con leche para ella.

—Está perfecto —señaló ella tras darle el primer trago.

Bernadette se acercó a saludar a su madre.

—¡Hola, mamá!

Catherine le dio un abrazo.

—Bueno, ¿habéis pensado qué queréis hacer hoy?

Era sábado. Ninguno de los miembros del matrimonio trabajaba ese día y la niña no tenía que ir al colegio. Tenían todo el fin de semana para ellos solos.

—Podríamos ir a la *cúpula*.

—Me parece una buena idea —dijo su madre.

La *cúpula* recordaba vagamente al antiguo cine, pero incorporaba otros estímulos sensoriales como olores, sonidos de baja frecuencia que penetraban en el cerebro generando sensaciones agradables e imágenes mentales, hologramas táctiles y una serie de innovaciones orientadas a seguir atrayendo al público a las salas.

A Delorme no le atraía mucho la idea, pero no quería llevarles la contraria. Después de todo, los días festivos eran para disfrutar de la familia.

—¿Sabéis si proyectan una de vaqueros? —bromeó.

—Cariño, ésas ya no las echaban ni cuando tú eras un niño.

—A mi padre le encantaban.

Catherine le acarició la mejilla y les propuso ir a tomar un aperitivo. Ninguno de ellos se opuso.

La época dorada del cine, al igual que la de la literatura, hacía mucho tiempo que había llegado a su fin. La mayor parte de las producciones no eran sino toscas repeticiones de viejos estereotipos y una sucesión interminable de secuencias de acción frenética. Cualquier cosa con tal de que el público no se quedase dormido o comenzase a mostrar su malestar a través de las redes sociales.

Pasaron la tarde en un conglomerado comercial que parecía inspirado en los casinos de Las Vegas, todo luz, color y sonido incesante. Decenas de asistentes biónicos ofrecían todo tipo de reclamos, desde códigos de descuento acumulables en el brazalete inteligente hasta muestras de comida libre de contaminación. Bernadette lo pasaba en grande.

Se decantaron —en realidad fue la niña quien impuso su criterio— por una película protagonizada por la banda púber del momento. Delorme se preguntó si en algún momento del futuro de la humanidad algunos esquemas narrativos quedarían anticuados.

—Tengo que salir al baño —susurró Bernadette a su madre—. Luego me cuentas si pasa algo entre Demi y Justin.

Catherine asintió con la cabeza y sonrió abiertamente mientras la niña atravesaba la hilera de asientos. Demi y Justin…

—¿No crees que ha pasado mucho tiempo desde que se fue? —preguntó Delorme en voz baja. Hacía más de veinte minutos que la niña había salido y todavía no había regresado.

—Voy a salir a buscarla.

—Déjame, voy yo. A fin de cuentas, esta película me aburre.

—Edouard, tú no puedes entrar en el baño de las chicas —le recordó su esposa.

—Llevas razón. ¿Qué se le va a hacer? Seguiré pendiente del romance entre Justin y Demi…

Catherine le acarició el brazo y salió en busca de su hija. Diez minutos después, el brazalete de Delorme se iluminó. Acababa de recibir un aviso de su mujer: no encontraba a Bernadette.

El detective abandonó la sala y se reunió con Catherine en el *hall* de la *cúpula*.

—¿Le has mandado un mensaje o la has llamado?

—Las dos cosas. No responde ni parece que su terminal esté operativo.

Edouard Delorme gruñó. Sin dilación, accedió a la aplicación que le permitía rastrear el brazalete de su hija. Parecía estar desactivado.

—Esto no me gusta —dijo al tiempo que rastreaba los alrededores con la mirada.

—¡Es imposible que no hayan dado con ninguna pista!

Hacía tres días que la niña había desaparecido y la policía no sabía ni por dónde empezar.

—Estamos haciendo todo lo posible, señor Delorme. Se lo aseguro.

El detective se echó pesadamente sobre el respaldo de la silla de la comisaría. Su suspiró profundo supuso un indicio de su desesperación. Se sentía frustrado e impotente.

Hasta la fecha, Edouard Delorme se había dedicado a investigar casos convencionales: robos, fraudes, infidelidades, absentismo laboral, adicciones de los hijos de sus clientes y poco más. Nunca había sido contratado para resolver un secuestro o un asesinato y no tenía muy claro a quién podía recurrir.

Catherine estaba a su lado, como siempre había hecho. Le apretaba la mano y no se separaba de él. Su rostro reflejaba una tristeza infinita y un dolor que no encontraba consuelo. Estaba del todo abatida.

—Muchas gracias —resolvió finalmente—. Manténgannos informados.

—Descuide.

Tres días después, el matrimonio seguía sin recibir noticias. El pánico aumentaba exponencialmente conforme se alejaban de las

veinticuatro horas, periodo en el que resultaba más probable localizar a un desaparecido.

Bernadette, una niña tan buena, no podría haberse escapado. No tenía ningún motivo y era muy responsable. Un aspecto tan deseable para cualquier padre se convertía entonces en un tormento, dado que garantizaba que alguien la había retenido a la fuerza. La pequeña nunca se habría ido con un desconocido por voluntad propia; era muy inteligente para cometer una estupidez de ese tipo.

—Los segundos parecen siglos… —musitó Delorme mientras daba un trago corto a su whisky. No abusaba de la bebida por si recibía una llamada que ofreciese alguna información acerca del paradero de su hija, pero no podía reprimir el impulso de recurrir a sus efectos calmantes. Lo prefería a los modernos medicamentos, ya que desconfiaba de cualquier cosa que proviniese de la industria farmacéutica.

Catherine, por su parte, sí había recurrido a unos potentes tranquilizantes. Tumbada sobre la cama, parecía una flor marchita de ojos vidriosos.

Fue al cabo de una semana cuando el matrimonio recibió la peor llamada de su vida.

—Señor Delorme —dijo un compasivo agente al otro lado de la línea—, ¿está usted sentado? Debo darle una muy mala noticia: su hija ha aparecido… muerta.

El mundo de Edouard Delorme se hizo pedazos al instante. Se tambaleó antes de caer al suelo. Abría la boca, pero el llanto se resistía a salir a la primera, se tomaba su tiempo. El detective sintió que le faltaba la respiración.

—¿Señor Delorme? ¿Se encuentra usted bien?

El sonido metálico de la voz del policía sonaba lejana, como instalada en un sueño o en un recuerdo vago. Como procedente de otra galaxia.

Sin necesidad de que su esposo le confirmase sus sospechas, Catherine se llevó las manos a la cara, cubriéndose los ojos, y comenzó a llorar despacio. Todo había terminado.

La policía había localizado el cuerpo de la niña en un lago situado a las afueras de París. Un granjero que fallecería por causa natural días después dio el aviso. El cadáver presentaba signos de violencia extrema y abusos sexuales. A decir verdad, la identidad de la chica

sólo pudo ser comprobada mediante un análisis genético, pues el cuerpo estaba pulverizado.

—¡He dicho que quiero ver a mi hija! —gritó Delorme.

Varios agentes trataban con enormes dificultades de sujetarle.

—¡No, señor Delorme! ¡Por amor de Dios, no puede verla! No lo soportaría.

Un aullido primario, salvaje, desesperado, se apoderó de toda la sala. El detective golpeó las paredes hasta que cayó exhausto al suelo, llorando. Llevaba los nudillos ensangrentados. Sin que él lo advirtiera, alguien le suministro un sedante que podría haber dormido a varios elefantes. Al despertar en la enfermería, el agente le puso al tanto de la investigación. No había restos biológicos de la persona o personas que habían hecho aquello a la pequeña Bernadette. Delorme escuchó todos los detalles sumido en una especie de catatonia. Al cabo de un rato, se puso en pie y salió de la habitación sin decir una palabra. Catherine, que contra todo pronóstico se encontraba más dispuesta que su marido, fue tras él.

—Señor Delorme, ¿se encuentra bien? ¿Desea que llamemos a un taxi?

No hubo respuesta.

Delorme pasó la semana siguiente en la cama y sin comer. Catherine tampoco se hallaba con muchas fuerzas, de modo que los dos permanecieron acostados, como dos momias embalsamadas. Apenas se dirigían la palabra. Apenas les quedaban fuerzas para llorar ni lágrimas que derramar.

Dos meses después, un poco más recuperada, Catherine anunció que se marchaba.

—No lo hagas, no me dejes —suplicó su esposo.

—No puedo seguir viviendo aquí. Ni contigo.

—¡No fue culpa mía! —sollozó.

—Lo sé. Sé que no fue culpa de ninguno de los dos.

La mirada de la mujer era fría, perdida. Todo resto de vida, salvo el meramente biológico, había desaparecido de sus ojos. Y así, sin vida, la encontrarían semanas después en una habitación de hotel. Se había cortado las venas en la bañera.

No sería acertado no señalar que el detective sintió un fuerte impulso de seguir a su esposa. Pero no lo hizo. Sumido en su profundo dolor, se juró a sí mismo que daría con el asesino o asesinos de su

hija. Vengaría la muerte de Bernadette y también la de Catherine. Suicidarse, pensó, habría sido ponérselo muy fácil.

Hizo millares de llamadas, contactó con cientos de personas, hasta que, por fin, alguien le habló de un amigo que también había perdido a un ser querido en circunstancias similares. Se hacía llamar 8. Juntos organizaron un dispositivo de búsqueda y captura, fruto del cual sería el germen de la pequeña célula dedicada a llevar a cabo determinadas operaciones especiales —como, por ejemplo, la localización y ejecución del asesino de Sophie Levallois—.

No les resultó sencillo dar con los cuatro culpables del secuestro, tortura, violación y asesinato de la pequeña Bernadette. Según quedó claro durante los severos interrogatorios a los que fueron sometidos, el principal responsable fue Theo Verbard, hijo menor del antiguo ministro Verbard. Su prometedora carrera se truncó al desaparecer el sistema político anterior, pero la fortuna acumulada de manera ilícita por su padre le permitía vivir como un verdadero Calígula.

—Muy bien, *monsieur* Verbard —dijo Delorme. El llamado a seguir los pasos de su padre se encontraba atado a una silla y sus piernas encadenadas—, los cobardes de sus compañeros le señalan a usted como el ideólogo de, ¿cómo decirlo?, ah, sí, el secuestro, violación, tortura y asesinato de mi hija de doce años. ¿Me dejo algo? —Verbard no contestó, a pesar de no tener la boca vendada—. No debe preocuparse usted. Nosotros nos encargaremos de ellos. Pero ahora quisiera intercambiar unas palabras con usted, en este entorno paradisiaco.

El escenario elegido por Delorme para ejecutar su venganza no era otro sino el granero de la la casa del granjero que descubriese el cuerpo de su hija. Había fallecido hacía unos días y no tenía familia. Nadie se dejaría caer por allí.

El detective hacía gala de una calma anormal. Era como si todo el sufrimiento hubiese ocupado su interior y ya no dejase espacio para otro sentimiento. Salvo, quizá, el odio.

Acercó una diminuta mesa portátil junto a la silla del prisionero y dejó sobre ella una carpeta de papel. Sin mediar palabra, desató las manos de Verbard, pero dejó puestas las cadenas que sujetaban sus tobillos.

—¿Sabe lo que contiene esta carpeta? Seguro que sí. Pero, por si acaso, yo se lo diré: es el informe forense de la autopsia practicada a

mi hija. Yo también tengo mis contactos, como puede ver. ¿Recuerda a Bernadett, llegó a preguntare su nombre? ¿Recuerda a mi hija? Sí, esa niña tan encantadora a la que usted secuestró tras administrarle un derivado de la escolopamina en la *cúpula*. Le preguntaría cómo se las ingenió para hacerlo sin ser descubierto, pero tengo un poco de prisa para eso. —El detective se puso en pie e hizo crujir los huesos de sus dedos—. Para lo que tengo todo el tiempo del mundo, sin embargo, es para repasar con usted este informe. Vamos a leerlo juntos, muy despacio, paso por paso y después, ¿sabe qué?, yo le haré usted cada cosa que figura en él y lo haré sin ninguna prisa. Sufrirá usted lo mismo que sufrió mi pobre hija.

La tensión que Verbard estaba experimentando era visible. Antes de desatarle los grilletes de los tobillos, Edouard Delorme lo miró fijamente a los ojos y le dijo tomándose su tiempo, paladeando el instante:

—Ahora bien, hay una diferencia importante entre usted y yo. Es lo que hace de usted un cobarde, pero no de mí. Es lo que me convierte a mí en un hombre y a usted en basura. ¿Y quién siente compasión de la basura? Pero… no voy a hacerle nada a un hombre atado e indefenso. Usted tendrá la oportunidad que no tuvo Bernadette, le repito, mi única hija. Aprovéchela muy bien porque tal vez sea la última: si usted consigue zafarse de mí, podrá huir. De lo contrario… —Delorme dio unas palmadas al grueso informe forense y una sonrisa demencial se dibujó en su rostro.

Nunca encontraron el cadáver de Theo Verbard.

Tiempo después, en ausencia de las palomas y en compañía de Sophie Levallois, su mente viajaría años atrás, al mismo parque donde viera a su pequeña hija columpiándose por última vez. Entonces no fue capaz de responder con total sinceridad a la pregunta que le formulase una joven muchacha ávida de respuestas, pero ahora sentía que debía hacerlo. Quizá no tuvieran ni una sola prueba de los verdaderos planes de la Coalición, mas resultaba del todo irrelevante. No había nada en ella que no estuviese podrido.

31

Némesis era un hombre madrugador. En realidad, le costaba mucho dormir. No conciliaba el sueño con facilidad y si abría los ojos en mitad de la noche ya no era capaz de volverlos a cerrar. Despertó temprano a pesar de haberse acostado más tarde de lo habitual la noche de la fiesta en su casa. Tal y como había anunciado, partiría para los antiguos Estados Unidos al día siguiente. Pero tenía que resolver un par de asuntos en París. Resolver o, al menos, revisar.

Uno de ellos era el tema de las pintadas. Quería conocer de primera mano la evolución de la investigación de Stéphane Godard. Por supuesto que podría haber telefoneado, pero creía que una visita sorpresa le permitiría, al mismo tiempo, estrechar lazos con el jefe del servicio secreto francés. Ahora era presidente de la Coalición y se imponía la necesidad de estar conectado con esos organismos de manera amistosa y permanente. «No hay asunto pequeño», se dijo antes de partir hacia el despacho de Godard.

Llegó sin avisar y el jefe del servicio secreto no ocultó su sorpresa.

—¡*Monsieur* Némesis! —exclamó al verlo— ¿A qué se debe este honor?

No estaba nervioso, pero sí se mostraba un tanto inquieto. A Godard le gustaba tener las cosas controladas y aquello se le escapaba un poco de las manos.

—Tenía ganas de saludarle antes de partir para Norteamérica.

—Enhorabuena por su victoria, señor *presidente*.

—Muchas gracias. ¿Se ha enterado ya?

—Las noticias vuelan en este departamento… —ironizó Godard.

—Espero que así siga siendo. Hablando de noticias, ¿se sabe algo acerca de los autores de las pintadas?

El cubo de agua helada cayó sobre el jefe del servicio secreto. Lo estaba esperando y supo esquivar el golpe:

—Estamos avanzando en la investigación. No debe preocuparse

tanto. Todo está controlado.

—Celebro saberlo —dijo Némesis con cierta sorna—. No deseo que nada enturbie la proclamación pública. Lo entiende, ¿verdad? —El investigador asintió— ¿Algún «candidato»?

Stéphane Godard se rascó el mentón.

—¿Qué tal si echa un vistazo usted mismo, señor?

Sin esperar a que llegase las respuesta, accionó en proyector con un movimiento de manos. Sospechosos e individuos que habían sido descartados por diversas razones pero que en un principio habían caído dentro de los parámetros establecidos aparecieron delante de sus ojos. John Némesis paseó los ojos por cada una de aquellas caras y aquellos nombres. Su expresión se mantuvo inmutable hasta llegar a un rostro. No lo reconoció al instante. Frunció el ceño.

—Esa cara me suena —dijo señalándola con el dedo.

—¿Ésa? Veamos… —Godard amplió la información con un movimiento de manos—. Sophie Levallois. Hija de Patrick Levallois, el magnate…

—Conozco al señor Levallois.

—Sinceramente, no tengo la impresión de que esa chica necesite ir haciendo pintadas por ahí.

—Le repito que su cara me resulta familiar. —Godard esperaba más datos. Némesis cerró los ojos antes de exclamar—. ¡Estuvo ayer en mi casa, vestida de doncella! ¡Busque su ficha!

El jefe del servicio secreto amplió la ficha. Buscaba el menor indicio que pudiera relacionar a la hija del empresario con los grafiti.

—Parece que se denunció una agresión sexual hace cinco años. La chica tenía entonces diecisiete… —murmuró Godard.

—Un momento. ¿Ha dicho agresión sexual?

—Sí. Según parece la chica fue secuestrada y escapó en estado de *shock*, sin recordar dónde había estado ni quién pudo haberle… ya sabe.

—Cinco años —musitó Némesis—. ¿Se descubrió al culpable?

—No figura en esta ficha, de modo que lamento decirle que no.

El presidente de la Coalición presionó su tabique nasal y pidió un café que Godard ordenó en voz alta. En menos de un minuto, dos expresos humeantes fueron servidos por una señorita muy hermosa con aspecto de azafata de años cincuenta del siglo XX.

—Gracias —dijo Némesis—. Dígame, señor Godard, ¿sabe si

desapareció algún miembro de la nuestra organización por aquel entonces, si tuvo lugar algún altercado?

—Sabe muy bien que el listado de miembros siempre se ha guardo con gran celo. Entiendo que me pregunta por la desaparición de algún hombre influyente, ¿me equivoco?

—Lo ha entendido a la perfección.

—Deme un segundo —pidió Godard.

Con otro preciso movimiento de manos, como si de un mago lanzando rayos sobre su chistera se tratase, hizo que otra nueva pantalla apareciese proyectada en la pared. Con una serie de órdenes de voz fue filtrando la búsqueda hasta dar con lo que buscaba: desapariciones, ajustes de cuentas, asesinatos de empresarios o figuras destacadas (el logaritmo del sistema lo interpretaba así en función de su capital), etcétera, que hubieran tenido lugar en 2031. Sólo apareció un resultado: Benoît Magné. Los «accidentes» suponían una excepción dentro del conjunto formado por los miembros de la clase alta.

—Un caso sonado el de Magné. Fue asesinado. ¿Lo recuerda?

—No —admitió Némesis—. ¿Llegó a detenerse o, al menos, a identificarse al culpable?

—No. Ni tampoco llegó a conocerse el móvil. El empresario apareció muerto en su cuarto de baño. El asesino o los asesinos dejaron un canal X en la televisión del salón de la casa, ¿se lo puede creer?

—Por supuesto. Es más, le diría que ya sé quién ordenó la ejecución del señor Magné, cuando no fuera ella misma la autora del crimen. Fue ella, la que estaba ayer en mi casa. Fue Sophie Levallois y me apuesto con usted lo que quiera a que Magné llevó su afición por el sexo sucio más allá de la pantalla.

—Ya tendremos ocasión de averiguarlo, pero, de momento, debemos ir a su casa. Si ella estuvo allí ayer, buscaría algo y tal vez dejase pruebas. Debemos extremar la seguridad y no perder ni un segundo.

Pidió que un equipo de científicos estuviese listo de inmediato.

—Por la seguridad no se preocupe —dijo Némesis—. Yo avisaré a mis chicos.

—¿Está usted seguro? Sus chicos no le sirvieron de mucho ayer.

—Ayer no es hoy.

La críptica afirmación de Némesis sonó un tanto siniestra en los oídos de Godard.

—Está claro que no pretendía atentar contra usted. ¿Qué cree que buscaba?

Némesis formó una pirámide con los dedos y lanzó una mirada penetrante a su interlocutor:

—Información.

—¿Sobre qué?

—Sobre los otros miembros de nuestro gobierno. ¿Recuerda el lema? «Ahora nos toca a nosotras». Son varias y buscan venganza. El caso de Magné no fue aislado. Ya conoce usted las debilidades de algunos de nuestros más representativos asociados. No los disculpo, pero no deseo que este asunto salpique mi investidura pública. Creo que no puedo ser más claro.

Godard agarró la chaqueta que estaba colgada en el respaldo de la silla, la que no se había puesto al ver aparecer a Némesis —descuidando una de las elementales normas de protocolo—, y le invitó a salir de allí a toda prisa.

—No debe estar preocupado —trató de tranquilizarle—. En definitiva, esto no tiene nada que ver con usted.

Ambos apretaban el paso a lo largo de un pasillo con paredes de acero y luces que retroliluminaban un panel instalado en el techo.

—A partir de ahora, señor Godard, todo tiene que ver conmigo. Y recuerde: no hay asunto pequeño.

Abandonaron las inmediaciones del complejo en el vehículo en el que había llegado el flamante presidente de la Coalición. Godard iba con él. Su rostro denotaba tensión. Un coche de la científica les seguía. John Némesis repitió para sus adentros «no hay asunto pequeño».

32

El ascensor privado que conducía directamente al despacho de Olivier Desvaux se detuvo de repente con él en su interior. La luz se apagó y pudo experimentar un suave traqueteo. Cuando la luz regresó, una figura encapuchada y embutida en negro apareció junto a él. Con una katana le apuntaba a la yugular y con un dedo le hacía una señal de que guardase silencio.

—No le recomiendo gritar. Debo advertirle que los sistemas de seguridad han sido temporalmente deshabilitados. Desapareceré de aquí antes de que pueda avisar a través de su brazalete y antes de que los guardias puedan acceder aquí dentro. No se la juegue.

—¿Qué quiere usted de mí? —Preguntó un tembloroso Desvaux a la voz de mujer.

—Algo muy sencillo. Quiero que mire usted a esta cámara —respondió mostrando su muñeca— y confiese haber violado a Irène Abat hace cuatro años. No escatime en detalles. Como usted mismo dijo, soy muy morbosa…

—No conozco a ninguna Irène.

—Yo creo que sí. Permita que le ayude a recordar. Y mucho cuidado con hacer un movimiento extraño. Mi espada se pone muy nerviosa. —Con un rápido movimiento se retiró la capucha. El hombre abrió los ojos de par en par y su boca también pareció abrirse, como si acabase de ver un fantasma—. ¿Qué me dice ahora?

—Yo… yo —balbució Desvaux—. ¿Qué pasaría si me niego?

Por respuesta, Irène inclinó ligeramente la cabeza y le ofreció una cándida sonrisa.

—Vamos justos de tiempo. No haga que nos pongamos nerviosas —dijo mirando a la katana.

Un minuto después, aquel estilizado *ninja* abandonó el ascensor con una confesión en la grabadora y dejando a su agresor pálido y cabizbajo.

A menos de dos kilómetros de allí, una encapuchada se escondía agazapada como una gárgola en el tejado de la mansión de Dominique Gross, un ex alto funcionario de origen judío. Thom Yorke, el líder de *Radiohead*, atacaba «*Lotus Flower*», que sonaba a través de los nanoauriculares del estilizado ninja.

Gross habría decidido tomarse un día libre y paseaba en albornoz por el salón de su casa. Su torso moteado de manchas —signos de la edad que él combatía, como si de un elixir alquímico se tratase, a base de chicas jóvenes a las que pagaba, drogaba o forzaba— se podía advertir desde la posición en que se hallaba Anik L., narcotizada en una discoteca, trasladada a una habitación de hotel y violada nada más cumplir los diecinueve. Al despertar, descubrió que el culpable había sido el insigne y *honorable* Gross al encontrar un recibo en la mesita de noche al despertar. Presentaba varios hematomas en el rostro.

El calor había hecho que el economista abriese una de las ventanas, acceso perfecto para alguien con las habilidades trepadoras de la muchacha. Una simple canaleta bastó para que descendiese hasta ella y, sin hacer ruido, entrase a la casa y se aproximase al sillón en el que Gross echaba un vistazo a su tableta de grafeno. Una mano a la boca para impedir el grito y un fino cable de acero con una polea atada al extremo bastaron para inmovilizar al maduro varón.

Un vistazo rápido a la habitación y un *shuriken* diestramente arrojado a la cámara de seguridad que vigilaba la estancia fue lo único que Anik necesitó para proceder a su interrogatorio.

—Me encanta el olor del café recién hecho —dijo en voz muy baja.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa?

—Baje usted la voz, no queremos que nadie nos moleste, ¿verdad? Habría preferido llevarle a la habitación 101 del hotel de los Campos Elíseos que tanto le gusta. ¿Le suena?

—Esto es un error.

—Se equivoca —dijo quitándose la capucha—. Drogarme, arrastrarme a una habitación contra mi voluntad, golpearme y abusar de mí *sí* que fue un grave error. Pero ahora me las va a pagar.

—¿Qué piensa hacerme? —preguntó con voz temblorosa.

—Veo que esta situación no le excita tanto… Es usted un cerdo, un cobarde, un saco de mierda. Me encantaría rebanarle ese apéndice tan minúsculo que sobresale de su albornoz. Pero seré buena por esta vez. Espero que colabore y confiese haber violado a Anik L., una jovencita

de diecinueve años, así como a todas las demás. Tengo una lista y si se deja una sola sin mencionar, bueno, aunque para mí sea poco, usted tiene *mucho* que perder. Ya me entiende.

Anik no contaba con ninguna lista, pero le pareció un buen método de presión. No era difícil suponer que ese individuo habría agredido a más mujeres a lo largo de su vida. Después de todo, nadie sale de copas con derivados de la escopolamina si no planea realizar algo éticamente reprobable. Para su sorpresa, Dominique Gross confesó más de cuarenta violaciones aunque, según él, en algunos casos había existido consentimiento parcial.

—No está mal, machote —dijo la muchacha—. ¿Debo recordarle que acceder a algo bajo los efectos de una droga no equivale a un «consentimiento parcial»? En fin, ahora mismo voy a salir de aquí. Me esperan en otra parte —bromeó—. Si intenta perseguirme o me entero de que vuelve usted a las andadas, regresaré y entonces no seré tan comprensiva. —Le dio una suave palmada en la mejilla y le susurró al oído: «pórtese bien».

Algo más embarazoso fue el caso de Karim Bernhardt, a quien Awa, la joven de origen senegalés, encontró en una pensión de mala muerte con una prostituta menor de edad que yacía a su lado completamente borracha o colocada. O ambas cosas. No presentaba signos de violencia.

—Es usted un miserable —dijo—. Debería haberla llevado a un lugar más decente. Se lo puede permitir. Ah, ya entiendo, es por la edad de la chica… —Había amordazado con cinta americana al antiguo magnate del petróleo reconvertido en vendedor de armas y también le había atado las manos—. Si no tiene inconveniente, voy a grabar esta idílica escena una vez le haya quitado esa cinta de la boca, siempre que me prometa que no montará una escena. De lo contrario, saldrá usted de aquí envuelto en esta misma sábana mugrienta. ¿Me hará caso?

Bernhardt asintió con un rápido movimiento de cabeza.

—Muy bien, señor Bernhardt —dijo una vez que hubo procedido a liberar a su presa—, ahora quiero que salude a la cámara y nos diga qué fue lo mejor de acostarse con una jovencita senegalesa, ¿de acuerdo?

Entre lágrimas, el multimillonario narró una historia sórdida. Cuando

terminó, Awa advirtió que la sábana estaba mojada.

—Vaya, no me diga que sigue haciéndose pis en la cama a su edad. —El tipo se había orinado encima—. No se preocupe, avisaré al servicio de habitaciones y, de paso, a la policía. Alguien tendrá que llevar a esta chica a su casa, teniendo en cuenta que usted no es un caballero.

Le lanzó una mirada de desprecio seguida de una sonrisa cargada de repulsa y desprecio, y desapareció.

Doce acciones similares tuvieron lugar en distintos puntos de París. Nadie salió físicamente dañado, pero sí hubo quince confesiones al final de la jornada.

33

No es tarea sencilla prepararse para la muerte.
Cada uno tiende a hacerlo a su manera

Antes de dirigirse a la mansión de John Némesis, Albatros pidió que le acercasen un segundo a su casa. Tenía que recoger una cosa muy importante.

Delorme detuvo la furgoneta en la que viajaba el pequeño destacamento y el matemático subió a su apartamento. Echó un vistazo, como si fuese el último. Dedicó una sonrisa a sus libros en papel, a su cubo de Rubik y se dirigió a su habitación. Se colocó su mejor traje y una camisa también negra y cogió una maleta alargada del armario. De ella extrajo su mayor joya: un florete español del siglo XVII que le había regalado uno de sus *mecenas* hacía muchos años. Lo limpiaba y pulía a diario, evitando así el desgaste y la oxidación. Lo metió en una funda especial y se la echó al hombro.

Al cerrar la puerta, sintió un leve pinchazo en el corazón.

—Ya estamos —dijo al volver a la furgoneta.

Todos guardaban silencio.

—Por última vez —dijo Albatros a Sophie—, ¿por qué me elegiste para este trabajo, si es que podemos llamarlo así?

—Me hablaron muy bien de tu inteligencia y rapidez mental —contestó ella.

—Tú también eres una chica lista. No creo que te hubiese costado demasiado organizarlo todo. Y también estaba Delorme y las demás. Habría preferido que el mérito fuese cien por cien femenino…

—Llevas razón, pero, como te comenté, íbamos justas de tiempo y siempre es interesante contar con una segunda o tercera opinión. —Sophie le sonrió. Albatros se encogió de hombros—. Además, dada tu sensibilidad, podemos considerarte «una de las nuestras».

El espadachín asintió con la cabeza, lentamente, tratando de sonreír.

—¿Habéis comprobado que las cámaras que lleváis instaladas en los trajes funcionan?

—Sí —respondió Alizée acariciándole el brazo.

—Muy bien. Alizée, Sophie y yo nos bajaremos en el lavadero que os mencioné. Allí nos espera Didier y el resto. Nosotros montaremos en su furgoneta. Las demás iréis con Edouard. Él os indicará las posiciones que debéis ocupar al llegar a casa de Némesis. Recordad: sólo entraréis en acción si alguno de nosotros os avisa. O pasa más de una hora. Es improbable que la operación se prolongue por más tiempo desde el instante en que subamos a esa otra furgoneta.

Albatros había preferido ir el vehículo que conducía el detective por dos razones: la primera es que no le gustaba viajar en el suelo de la parte de atrás de una furgoneta no acondicionada para el transporte humano y la segunda por razones de seguridad en el improbable caso de que alguien estuviese siguiendo alguno de los dos vehículos.

Meterían el vehículo dentro del túnel de lavado y llevarían a cabo el cambio allí dentro.

Tal y como Albatros había dicho, allí estaban los otros cuatro hombres vestidos para la ocasión. Sin mediar palabra, Albatros y las chicas subieron a la furgoneta y procedieron a introducirse en unas grandes arcas en las que luego viajaría el material que debían recoger en casa de Némesis.

—Albatros —dijo Sophie—, te dije que no llegarías tarde a tus clases.

El matemático le devolvió la sonrisa. Sabía que había sido su forma de darle otra vez las gracias.

La furgoneta se detuvo. En su interior se hizo el silencio y la quietud más tensa que cualquiera de ellos recordase. Podían oír a Didier hablando con los de seguridad. Trataba de sonar desenfadado y divertido. Algo innecesario, pues los armarios que vigilaban la puerta no les pasarían el escáner de reconocimiento facial por la sencilla razón de que Ducruet no se lo había ordenado. Venían de parte de Alapín y eso parecía ser razón suficiente para el asistente de John Némesis.

El último pensamiento de Albatros antes de descender de la furgoneta se centró en Kiyoshi Yamamoto, detalle que sorprendió al

propio espadachín. Lo atribuyó a la necesidad de encomendarse a alguien y, a falta de un dios u orden superior, su mente, sujeta todavía a los estereotipos culturales, le puso por delante lo que más se asemejaba a un guía o ángel de la guarda.

Oyeron cómo se abría la puerta de la furgoneta. Las cajas en las que ellos viajaban comenzaron a moverse. Los estaban bajando. Transcurrieron varios segundos hasta que los dejaron en el suelo, más de los previstos. Cabía, por tanto, la posibilidad de que los estuvieran supervisando. Debieron pasar más de tres minutos hasta que se escuchó el sonido de una puerta al cerrarse. Entonces las cajas se abrieron y desde una posición de contrapicado, Sophie, Alizée y Albatros vieron las caras de sus compañeros instándoles a salir a toda prisa de ellas. Con rápidos movimientos de los ojos, 8 y los otros señalaron la posición donde estaba el vigilante que se había quedado dentro y el camino por el que debían ir. Sophie dio un tirón en la manga del traje de Albatros para señalar que la siguieran.

Los tres encapuchados se desplazaron con gran sigilo por los pasillos, buscando e intentando evitar las cámaras de seguridad y cerciorándose de que no hubiese ningún guardia cerca. Caminaban un poco a ciegas, sin tener muy claro dónde debían dirigirse. Iban preparados con dispositivos en miniatura para almacenar información tomada de ordenadores o cualquier otro aparato. También contaban con cámaras de vídeo integradas en los trajes. Llevaban los ojos bien abiertos. Les faltaba, empero, lo más importante: la certeza de que allí hubiese cualquiera de las cosas que buscaban.

Albatros sabía que la desesperación era el peor enemigo de éxito en cualquier empresa. Su mente lógica se debatía entre el hecho de que estaban con el agua al cuello y que debían actuar por impulso, justo lo contrario a lo que su carácter le habría sugerido. Caminaban los tres el fila. Sophie iba la primera, Albatros en segundo lugar y Alizée al final. Habían establecido que la salida la harían por cualquier sitio que estuviese abierto llegado el momento. Lo más difícil, el acceso, ya había sido logrado.

Al llegar a una esquina, Sophie hizo el gesto de separarse de la pareja. Albatros trató de detenerla, pero no fue posible. Llevaban un minuto por la casa y todavía no sabían hacia dónde debían encaminarse. Tal vez pareciese poco tiempo, pero, a tenor de las medidas de seguridad de la casa, cada segundo suponía una

eternidad. Por arriesgado que resultase, Sophie llevaba razón al actuar de ese modo.

A fin de sortear una cámara de seguridad, Sophie ascendió a la planta de arriba trepando por el lateral de una majestuosa escalera. Albatros y Alizée echaron un rápido a la planta baja y, al advertir que allí no encontrarían nada de interés, procedieron a imitar a la joven Levallois. Se encaminaron al lado contrario. Por las grabaciones de Sophie el día de la fiesta, sabían que la parte derecha daba al jardín. Allí no parecía haber salas destinadas a reuniones o trabajo, sino más bien las habitaciones, extremo acerca de cual no podían estar seguros.

Alizée no tuvo el menor problema para ascender escalando, pero Albatros se vio en mayores dificultades. No obstante, al final logró subir. No había guardias en el pasillo. Se detuvieron para escuchar. No se oía nada. Podían continuar.

La casa era enorme, pero presentaba un orden bastante exacto. Las zonas de descanso y las de trabajo se intuían sin problemas desde la planta superior. Albatros indicó a Alizée que le siguiera. Creía haber descubierto dónde se hallaba el despacho de Némesis. De manera sigilosa recorrieron el largo pasillo hasta llegar a una especie de *hall* presidido por un enorme tapiz decorado con extrañas runas. El diseño se le figuraba extremadamente familiar al matemático, pero no acertaba a saber de qué le sonaba. A su lado una puerta de acero con un identificador de huellas dactilares y pupilas no dejaba lugar a dudas. Habían encontrado el despacho. El inconveniente que se les presentaba en esos momentos era obvio, pero no llegaron a enfrentarse a él.

Un golpe seco les puso sobre aviso. Algo había sucedido al otro lado de la casa. Albatros se agachó y pegó la oreja al suelo. Alguien daba pasos inestables.

Tenían que descubrir qué estaba sucediendo.

Sophie abrió los ojos. Estaba esposada a una silla, en la cocina. Lo último que recordaba era haber sentido un golpe seco en la nuca que le había hecho perder el conocimiento. El jefe del servicio secreto Stéphane Godard, John Némesis y un par de guardias armados observaban a la chica, a la que habían retirado la capucha.

—Buenos días, señorita Levallois —dijo Godard. Su tono era el de alguien que pretendiese sonar despreocupado a pesar de albergar una

enorme tensión. Ella no respondió—. Mientras esperamos a que vengan a llevarla a un lugar más retirado y cómodo, ¿le importaría decirnos qué le ha traído *de nuevo* aquí?

Ante la negativa a responder, Godard apretó las mejillas de la joven, agarrándole todo el rostro con una sola mano.

—No nos haga perder el tiempo. Sabemos quién es. La fortuna de su familia no le servirá en estos momentos y debo decirle que se ha metido usted en un buen lío. Le aconsejo de veras que nos cuente lo que hace aquí dentro y que lo haga ya.

El cerebro de Sophie trabajaba a toda velocidad a pesar del estrés. Godard le propinó una fuerte patada en la espinilla que ella encajó con un gruñido seco. Némesis no daba la impresión de estar disfrutando con todo aquello, pero tampoco hizo nada para detenerlo. Los dos guardianes que custodiaban el escenario se limitaban a permanecer callados y atentos.

—Le aseguro que más temprano que tarde acabará usted hablando. Hágase un favor y no sufra de manera innecesaria.

—¿Como otras chicas y yo hemos hecho en alguna situación por culpa de los cerdos depredadores sexuales que ahora pretenden a dirigir nuestras vidas?

De no ser por su, a pesar de todo, enorme sentido del decoro, John Némesis se habría echado a reír. ¿Acaso no llevaban haciéndolo durante lo que iba de siglo? La ingenuidad de la mujer hizo que se tranquilizase un poco: tal vez no se tratase de otra cosa aparte de una pataleta de una niña rica que había tenido una mala experiencia que se había llevado demasiado lejos.

—¿Es ésa la razón por la que se ha colado aquí? ¿Y qué puede decirme de las pintadas? ¿Quién más está con usted?

Guiados por las voces, Albatros y Alizée llegaron a las inmediaciones de la cocina. Con sumo cuidado se escondieron pegados a una pared y contemplaron la escena durante menos de veinte segundos. Tiempo suficiente para que Albatros enviase un mensaje a los refuerzos que aguardaban fuera de la casa, desenvainase con sigilo y respirase hondo.

Las alarmas saltaron en el exterior. Las chicas que se apostaban cada una de ellas en un punto estratégico. Para aparentar normalidad en caso de estar siendo grabadas por alguna cámara de seguridad o

vigiladas por algún agente, algo menos probable, las chicas fingían estar leyendo mensajes en sus móviles de grafeno, fumando un cigarrillo o esperando a alguien.

Sólo Lucy, una muchacha de origen estadounidense que había decidido unirse al grupo de Sophie tras sufrir una terrible agresión a manos de un puñado de abogados afines al ideario de la Coalición, aguardaba en el interior de la furgoneta conducida por Delorme. Al escuchar el mensaje, éste se puso en movimiento y condujo hasta la zona de las habitaciones, según las grabaciones de Sophie. El jardín estaba cerca y a Lucy no le costaría mucho saltar la verja. Y así fue. De un salto se plantó al otro lado y se colocó la capucha después de susurrar con una voz extremadamente poderosa: «ahora nos toca a nosotras». Delorme tuvo la repentina idea de que tal vez resultase conveniente desorientar al servicio de vigilancia que pudiese haber en la casa. Para ello subió al máximo el volumen de la música. En esos momentos, la emisora de rock clásico que tenían sintonizada escupió el «*Bruise Violet*» de *Babes in Toyland*. Lucy echó a correr hacia una de la ventana que estaba abierta y con dos movimientos al más puro estilo *parkour* se encaramó hasta ella, accediendo así a la vivienda.

Las otras cuatro chicas hicieron lo propio, cada una por un lugar distinto. Cristales rotos, alarmas sonando y gritos en el interior de la mansión se mezclaron con los golpes que las mujeres propinaban a los fornidos vigilantes. Se defendían a ritmo de *Wing Tsun* y disparaban dardos tranquilizantes con estilizadas cerbatanas. Aquellos hombres armados se desplomaban, impotentes, frente a la descontrolada violencia de aquellos cuerpos gráciles pero implacables.

—¿Qué está sucediendo ahí fuera? —preguntó Némesis.

El desconcierto se apoderó de los cuatro hombres de la cocina. Los primeros en abandonarla fueron los dos guardias de seguridad, abatidos sin contemplaciones por Alizée, quien no tuvo más que ponerles una zancadilla y dejarlos inconscientes con dos certeros golpes en la nuca.

Albatros entró con el sable desenfundado en la cocina y con la voz templada dijo:

—Caballeros —dijo con voz templada—, perdonen que los interrumpa.

Godard se abalanzó sobre él, pero el matemático ejecutó una hábil finta, a la que siguió un codazo en el plexo solar del jefe del servicio

secreto y otro desde arriba, justo en la parte superior del cuello. Eso bastó para derribarle. Alizée entró al mismo tiempo en que John Némesis se disponía a atacar a Albatros. Para ser un presidente, Albatros reconoció que estaba bastante en forma; fuerte como un oso y ágil como un leopardo. Con más dificultad de la que hubiese esperado, se deshizo de él gracias a un empujón como los que Kiyoshi Yamamoto empleaba para apartarle a él. Némesis era mucho más alto y corpulento que el matemático, de modo que se sirvió de los ejercicios con el tren inferior para ejecutar el golpe. Fue en ese momento cuando una sonrisa iluminó su cara. Tal vez no hubieran podido entrar al despacho del nuevo presidente, pero el «despacho» acababa de llegar a ellos.

Alizée había roto las esposas haciendo presión con la pierna y la propia silla, liberando así a Sophie, y había atado a Godard con una bridas similares a las utilizadas por la policía.

Con un movimiento de sable exquisitamente calculado, Albatros rozó la muñeca de Némesis. Éste creyó que el espadachín había fallado el golpe y siguió empeñado en derribarle. Un rodillazo a tiempo en el abdomen, seguido de un golpe preciso con la base de la empuñadura sobre el cráneo de Némesis fue todo lo que Albatros necesitó para noquearle. Se agachó despacio y cogió la delgada lámina de grafeno que unos segundo antes estuviera en la muñeca del presidente de la Coalición. Acababa de hacerse con su *Smartphone*.

—Ayúdame —pidió a Sophie.

Entre los dos lo llevaron a la silla. Albatros pidió a Alizée que le atara las dos manos tanto a él como a Godard. Sabía que nada más despertar el Némesis trataría de localizar su teléfono o le pediría al investigador que lo hiciera. Lógicamente, también trataría de activarlo por voz. La idea era que tardase el mayor tiempo posible en descubrir que el dispositivo no se había roto sino que había desaparecido. Ordenar su búsqueda, guiada por el localizador, sería lo primero que haría tan pronto lo desatasen.

—Muchas gracias —dijo Sophie a los dos.

—Ha sido un placer. Buen trabajo. —Sophie sonrió al captar el guiño que su compañero acababa de hacerle.

Las otras chicas llegaron en ese mismo instante.

—¿Todo bien?

—Tenemos que salir de aquí corriendo. Corred a la furgoneta.

Sophie, Alizée, id con ellas. Yo cogeré el teléfono y huiré a otra parte. No tardarán en venir a por mí…

—Voy contigo —dijo la antropóloga.

—Será mejor que no.

—Albatros, ¿no te has cansado ya de ser un *llanero solitario*?

Puede que el matemático pudiera resistirse a sus palabras, pero no tanto a su sonrisa.

—Vamos.

Lanzó una última mirada a Sophie. Le dijo que contactaría con ella en breve, les pidió a todas que se cuidaran, les deseó suerte. Luego cogió a Alizée del brazo y juntos desaparecieron.

34

¿De cuantos minutos podían disponer? ¿De cinco, de diez como máximo? Albatros y Alizée corrían a la máxima velocidad que le permitían sus piernas.

El cerebro de Albatros se esforzaba por localizar de entre todas las variaciones posibles aquella que por una parte les otorgase más tiempo y, por otra, una vía de escape. Algo que, a todas luces, iban a necesitar. Sin decir nada, arrastró a su compañera a un edificio situado a menos de un kilómetro y que contaba con varios atractivos: una escalera de incendios en el exterior y dos o tres edificios más bajos lo suficientemente pegados a él, también provistos de salidas de incendios y cañerías de gran tamaño. La condujo hasta la azotea.

—¿Dónde vamos? —preguntó Alizée.

—Al mejor sitio que he podido encontrar.

—Si nos localizan aquí, no tendremos escapatoria.

—Ten fe.

A pesar de intentar transmitir confianza y seguridad, Albatros no dejaba de pensar en los metros que separaba cada uno de aquellos edificios. Trataba de hacer un cálculo rápido y preciso. La vida les iba en ello.

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Estás loco?

—A la segunda pregunta, debo responder que tal vez sí. Y a la primera… —Albatros extrajo el móvil de Némesis—. Le cogí prestado esto al presidente —bromeó—. Desde aquí veremos si se acercan policías. Cuando eso suceda, arrojaremos este cacharro a la parte de atrás y huiremos tan rápido como podamos. —Lanzó una ojeada a la cornisa que bastó para que Alizée conociera sus «medidas de emergencia»—. La mala noticia es que disponemos de muy pocos minutos para enfrentarnos al segundo gran problema.

En efecto, aunque el terminal no estaba bloqueado, sí lo estaban todas las aplicaciones, empezando por la que dirigía al correo

electrónico de Némesis y a su cuenta en la *nube*.

—¿Cómo sabremos la clave?

Ante ellos apareció una extraña pantalla. En lugar de huecos para insertar letras o números. Lo que parpadeaba era una especie de cubo de Rubik.

—¿Colores?

—Esto es una locura.

—Guardemos la calma… Veamos… Una cosa está clara, la contraseña no puede estar formada por más que variaciones de seis colores o letras, en caso de que a cada color le corresponda una letra, puesto que sólo hay seis colores. Variaciones de seis letras-colores tomados de…

—Es imposible calcularlo así, Albatros. Además, supongo que si fallas más de dos o tres veces al introducir la contraseña, el teléfono se bloqueará.

—Piensa, Albatros, piensa —se dijo a sí mismo, masajeándose las sienes y cerrando los ojos. Estaba empapado en sudor—. No sabemos que tuviera hijos ni esposa, ¿verdad?

—Rumores, pero ningún nombre.

—Está bien. No debe ser tan difícil —trató de consolarse.

—¿Y una clave aleatoria facilitada por su departamento de seguridad?

—Hummm, no me cuadra. Si yo tuviera tantas cosas en la cabeza como ese señor parece tener, lo último que desearía sería aprender otro número más.

—Muy bien. ¿Algo de carácter sentimental?

—Sería un buen comienzo si conociéramos un poco más a ese tipo que, por otra parte, no tiene mucha pinta de nostálgico.

—No te creas. ¿Te fijaste en el tapiz que había junto a su despacho?

—Me sonaba mucho. ¿Qué es?

—El criptograma de *Viaje al centro de la Tierra*, de Verne. ¿Lo conoces?

—¡Claro! ¿Cómo pude olvidarlo?

—El tapiz estaba hecho a mano, en tejido de vicuña. Caro y exclusivo. Quizá Némesis sea más sensible de lo que imaginamos.

—Todo un descubrimiento. —Albatros echó otra ojeada a la calle para ver si los agentes ya los habían localizado. Todo apuntaba a que

disponían de algunos minutos más—. Por cierto, ¿has dicho criptograma?

—Sí.

—¿Serías tan amable de buscarlo en el brazalete?

—Claro, pero ¿crees que es el mejor momento para recordar viejos acertijos?

—Prefiero pensar que vamos a resolver uno mucho más actual.

Alizée le mostró el dibujo a base de extrañas runas.

—Desciende al cráter del Yocul de Sneffels que la sombra del Scartaris viene a acariciar antes de las calendas de Julio, audaz viajero, y alcanzarás el centro de la Tierra. Como yo lo hice. Arne Saknussemm. —La antropóloga leyó el clásico enigma, escrito bajo la imagen, en latín y traducido.

—Dios, es imposible —admitió Albatros—. Las posibilidades son demasiadas y no podemos permitirnos fallar muchas veces. ¿Hay algo de todo esto que esté relacionado con Némesis? Joder, ¡no tardarán en dar con nosotros!

—Puesto que ya estamos perdidos, no creo que pase nada por introducir «John Némesis» en el buscador.

—Mira también las imágenes.

La información sobre el presidente de la Coalición o alguna de sus empresas era muy escasa, por no decir nula, inexistente.

Albatros no dejaba de vigilar el horizonte. Comenzaba a pensar que tal vez aquella operación hubiese sido un estrepitoso fracaso y que el esfuerzo hubiese sido en vano. No podían tardar demasiado en llegar.

—Nada.

Albatros echó un vistazo para constatar que Alizée estaba en lo cierto. No había nada que pudiera ofrecerles una pista. La sección de imágenes tampoco era de gran ayuda. Un batiburrillo de fotografías y gráficos sin la menor conexión.

—Un segundo —dijo Alizée—. Mira esto. —Señaló una especie de rosa de los vientos pero que presentaba siete puntas.

—¿Qué es eso?

—El logotipo de una empresa propiedad de John Némesis. Figuraba entre las notas que encontramos.

—¿A qué se dedica y por qué ha llamado tu atención?

—Prototipos para la investigación médica. Construyen dispositivos capaces de generar hologramas en alta definición para estudiar

enfermedades, diagnosticar y llevar a cabo simulacros de operaciones atendiendo al caso en particular.

—¿Y qué tiene eso que ver con la contraseña?

—El logotipo. He visto algo así en otros lugares. —Albatros abrió los ojos de par en par—. Cábala, masonería, alquimia. Alquimia… —Alizée repitió la última palabra mientras una amplia sonrisa comenzaba a dibujarse en su rostro.

—¡Oh, no, nada de códices ni esa basura sacada de la literatura de consumo de principios de siglo!

—Sabía que la antropología tenía que servir para algo —dijo, ignorando el comentario de Albatros—. Tengo la contraseña.

—¿Cómo? —Albatros no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—El centro de la Tierra, el interior de la Tierra… el autoconocimiento… la alquimia… «*Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem*», «Visita el interior de la Tierra, rectificando encontrarás la piedra oculta». ¡La contraseña es VITRIOL! ¡Un acróstico! Siete palabras, dos se repiten, ¡seis colores!

—Perfecto —suspiró Albatros en lugar de alegrarse— Aun suponiendo que la palabra clave sea la que dices, por cierto, debo felicitarte, ¿qué color representa cada letra?

Alizée se pasó el dedo por la nariz para retirar una gota de sudor que se había deslizado por ella. Miró al frente. Aunque no se veía nada fuera de lo normal, tuvo la ligera impresión de que algo estaba cambiando. Algunas personas se apartaban y miraban hacia un punto impreciso e invisible desde el lugar en el que el matemático y ella se hallaban.

—Algo se está moviendo. Debemos darnos prisa.

—¡Mierda!

Alizée cerró los ojos y se concentró.

—Creo que ha llegado la hora de que abandones tu apego a la lógica y a lo racional. Debes dejarte fluir.

—No me parece un buen momento —repuso Albatros.

—*Éste* es el momento.

El espadachín la miró fijamente, como si quisiera acceder a lo más profundo de su mente. La imagen de Yamamoto acudió a la suya. Debía decidirse en el *lapso de siete soplos*.

—No sólo lo parece —dijo por fin—, ¡es un cubo de Rubik!

—No quiero alarmarte, pero estoy viendo a cuatro tipos trajeados y

armados corriendo por aquella calle.

Dejando a un lado cualquier rastro de pensamiento lógico, pidió a Alizée que le mostrase el criptograma de Verne y marcó una secuencia de seis colores. Mensaje de error. Albatros sonrió y volvió a marcar otra serie de colores distinta. La pantalla mostró la cara roja de un cubo de Rubik con el detalle de que la pieza central era negra. Después de eso, el correo electrónico de John Némesis no ofreció la menor resistencia.

—¡Rápido, saca el *capturador*! —que era como se denominaba el pequeño dispositivo de almacenamiento de datos.

Alizée obedeció. En menos de diez segundos, toda la información disponible en la *nube* de Némesis estaba en su poder. Albatros arrojó la lámina de grafeno a la parte de atrás del edificio.

—¿Cómo lo has hecho?

—Ya te lo explicaré —respondió Albatros triunfal—, pero ahora debemos salir de aquí a toda velocidad. ¿Te gusta volar?

Alizée sonrió, cerró los ojos y aceleró el paso, siguiendo el ritmo de Albatros hasta alcanzar el punto álgido.

Las dos figuras desaparecieron al llegar al extremo de la azotea.

35

La caída resultó menos traumática de lo que cualquiera de los dos hubiera imaginado. En lugar de precipitarse otra vez al vacío, optaron por coger la escalera de incendios de ese edificio y desaparecer por uno de los pasillos. Con toda probabilidad, su posición habría sido determinada vía satélite y escapar bajo la atenta mirada de la mirada cenital de ese *dios* mecánico sería una misión arriesgada. Nadie les reconocería, dado que las cámaras de seguridad de la casa de Némesis sólo recogieron la imagen de unos encapuchados, salvo en el caso de Sophie, y, habían empleado gafas de sol para escapar por las calles. Con un poco de suerte, el ángulo del *ojo del cielo* no habría permitido llevar a cabo un retrato lo suficientemente preciso como para que los programas de identificación facial los identificase.

—Tenemos que escondernos —sugirió Albatros.

—¿Me contarás ahora cómo resolviste el acertijo?

—En realidad, tú me diste la clave. —No dejaba de mirar para ambos lados por si les estaban siguiendo. Al cabo de un rato Albatros se relajó—. No fue muy complicado. Sabía que las matemáticas debían servir para algo. —Le guiñó un ojo a Alizée.

La casa de John Némesis se encontraba sumida en un enorme revuelo. A los heridos y los desperfectos materiales había que sumar el incesante movimiento de decenas de agentes de la ley, miembros de la policía secreta y de la científica.

El presidente de la Coalición se había recuperado del golpe y no precisaba atención médica. Al contrario, su vitalidad se hallaba intacta y acrecentada. Al igual que su furia. Esa actitud era compartida por Stéphane Godard, quien reprimía sus ganas de golpear y destrozar alguna pieza del caro mobiliario por no ser de su propiedad.

A esa hora ya todos sabían que las cuentas de correo electrónico

habían sido intervenidas y que se había accedido a los documentos alojados en la *nube*. No obstante, nada de eso parecía preocupar a Némesis. A la postre, el acceso a la verdadera base de datos, a las *tripas* de su proyecto, sólo podía accederse desde su despacho. Los miembros del equipo de Sophie ya habían tenido ocasión de comprobarlo. En su mail y disco duro virtual había notas, bocetos, apuntes, algún nombre y algún mensaje, pero nada que fuese a quitarle el sueño al presidente.

—Lamento lo sucedido, señor presidente —dijo Godard con las mandíbulas apretadas.

—No se preocupe. En el fondo, debería darles las gracias. Pienso usar esta agresión como muestra de la necesidad de reforzar las medidas de seguridad en las calles, en los hogares, en los dispositivos, hasta en el mismísimo infierno, así como endurecer las penas contra aquellos que atenten contra dicha seguridad. El enemigo vuelve a estar dentro de nuestras fronteras.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal del endurecido Godard. Todavía podía recordar a los drones aterrizando por primera vez en París. No constituyó una experiencia que le agradase demasiado revivir.

—Daremos con ellos, no se preocupe.

—Lo dejo en sus manos, señor Godard. Estoy seguro de que sabrá obrar con la máxima diligencia. Creo que es usted la persona adecuada para estar al mando de esta división. —Némesis se puso en pie antes de proseguir—. Ahora lo prioritario es preparar la investidura. No nos desviaremos un segundo del plazo establecido.

En el fondo, lo que Némesis quería evitar a toda costa era ofrecer una imagen de debilidad.

Godard, por su parte, supo que sus días al frente del servicio secreto estaban contados. Estaba más que acostumbrado a analizar e interpretar el lenguaje corporal de los demás y, así como supo que Sophie Levallois mintió a la hora de exponer sus motivos, tuvo muy claro que pronto recibiría una carta exigiendo su dimisión o informándole del nombre del nuevo jefe.

Alguien le ofreció una taza de café. Él la aceptó gustosamente.

—La primera vez que introduje la clave que me proporcionaste lo hice para probar. El sistema dio error, lo que, en otras condiciones me

habría inducido a intentarlo con otra palabra. En lugar de eso, volví a introducirla siguiendo mi impulso inicial, dejándome llevar y anulando todo pensamiento racional, tal y como me sugeriste. —Alizée escuchaba con gran atención—. Ahora puedo reconstruir la cadena de intuiciones que tuvo lugar en mi cerebro. Imagino que supuse que el criptograma de Verne no estaba allí por casualidad, sino que, como señalaste, debía tener un valor casi sentimental para Némesis. El acrónimo estaba bien, pero seguían faltando piezas en el rompecabezas. Némesis es un tipo muy ocupado, tanto como para no querer memorizar otra cadena de números facilitada por el departamento de seguridad o informático o lo que fuera. Ha dejado claro su escaso apego por lo convencional. Es un tipo que ha encargado un tapiz de vicuña reproduciendo un criptograma tomado de una novela juvenil. Nadie regala algo así si no es porque la persona en cuestión ha dejado claro su interés por el objeto en cuestión, de modo que supondremos que lo encargó él mismo. Tal vez se haya visto obligado a cambiar la contraseña en más de una ocasión o tenga que hacerlo en el futuro. Es más fácil recordar una misma secuencia o patrón que varias contraseñas alfanuméricas, de modo que, aunque la clave varíe, el orden de los colores, en principio, no lo hará. Y aquí entra en juego el tapiz.

Albatros hizo una pausa para detener un taxi una vez se hubieron alejado lo suficiente de la zona de peligro. Cuando dijo la dirección al taxista, éste se volvió pero no dijo nada. Tendría que conducir más de cincuenta kilómetros hasta llegar a una casita cerca de un lago ubicado a las afueras al que el matemático solía ir con Julia, su ex mujer. No tenía la menor intención de repetir patrones, pero la pequeña construcción de madera era acogedora, alejada de la civilización y ubicada en una zona desde la que podrían ver con suficiente antelación si alguien se acercaba.

Prosiguió su exposición.

—Las runas señalaban la dirección en que habría que girar un imaginario cubo de Rubik para alcanzar la posición exacta: variaciones de siete letras, la columna vertical, tomadas de seis en seis. Las columnas horizontales con seis símbolos hacían referencia a los colores. Los dibujos indicaban de manera literal el sentido del giro, del movimiento. No es un criptograma muy sofisticado, pero a él le ha resultado muy útil durante todo este tiempo. De hecho, si no

hubiésemos cometido la locura de *ir a visitarle*, si tú no hubieras estado allí, jamás lo habríamos resuelto. —El taxista era todo oídos—. Discúlpenos —le dijo—, somos unos fanáticos de los juegos de mesa. ¿Le gustan a usted los juegos de rol?

—No, señor. No tengo ni idea de lo que son.

—Ni se lo recomiendo.

Alizée se tapó la boca para impedir que el conductor advirtiese que se estaba riendo.

Justo antes de salir de la zona urbana, Albatros pidió al taxista que se detuviera frente a una tienda-24-horas muy grande. Le ordenó que esperase. Alizée no entendía. Entró corriendo en ella y, al salir, dobló la esquina a toda velocidad. Se trataba de un barrio deprimido y la calle estaba prácticamente desierta a esas horas. El matemático no tardó en regresar, frotándose las manos. Miró a ambos lados antes de subir al vehículo y pidió al conductor que reanudase la marcha.

Alizée se encogió de hombros e hizo una mueca a modo de pregunta silenciosa («¿Qué has hecho?».) Albatros le hizo un gesto para que mirase a su muñeca, a la lámina de grafeno. En ella, la antropóloga vio algo que le hizo acariciar con ternura el rostro del maestro de esgrima. Se trataba de una foto de una pintada en un muro cerca de la tienda a la que había ido Albatros. Un grafiti. Una instantánea que acabaría circulando por las redes sociales poco después. Una frase que decía: «Misión cumplida, chicas. Donde quiera que estéis, buena suerte. Volveremos a encontrarnos».

Albatros nunca había sido muy bueno para las despedidas, aunque, en ocasiones, estimaba necesario saber decir adiós con estilo. Y, sobre todo, con amor.

36

Mientras John Némesis surcaba los cielos en dirección a los antiguos Estados Unidos, Stéphane Godard ponía la ciudad patas arriba. París estaba repleto de agentes vestidos de paisano, hombres de negro, e incluso algún militar.

Las propiedades asociadas a Sophie Levallois fueron registradas. Se llegó a interrogar a la familia y sus cuentas de correo, llamadas telefónicas, etcétera, fueron inspeccionadas. Era cuestión de muy poco tiempo que dieran con Albatros y los demás.

Aun así, éste todavía podría esconderse un par de días hasta que todo estuviera listo.

El matemático había enviado un mensaje a Delorme facilitándole la dirección de un bar cercano a la casa del lago, una de las pocas cosas que Albatros conservaba de su matrimonio. Estaba a nombre de Julia, pero seguía teniendo las llaves y, dado que ella se había marchado a Canadá con el escritor, resultaba harto improbable que apareciese por allí. Transmitió al detective una fecha y una hora y añadió «Puedes venir acompañado».

Sophie, sin dejar de pensar en la terrible historia que le había contado, le había facilitado a Edouard Delorme algunas claves para localizarla en caso de resultar necesario, de modo que el detective no tuvo inconvenientes para hacer llegar a ella y a Blind el mensaje de Albatros. De modo que, mientras la ciudad se convertía en un hervidero de policías y hombres armados, el informático aparcó un coche del modelo más vendido en toda Francia justo detrás de la puerta del bar señalado por el espadachín. Sophie viajó acostada y tapada en el asiento de atrás. Ambos iban armados, aunque esperaban no tener que utilizar la violencia.

El detective prefirió quedarse en el centro para ver qué tal se

desarrollaban los acontecimientos.

Alizée y Albatros les esperaban ataviados con ropa vieja que habían encontrado en la casa.

—Qué deportivo… —dijo Sophie con sorna nada más ver al matemático.

—¿Lo has recibido todo? —Preguntó Albatros a Blind después de hacer una mueca a la menor de los Levallois.

—Está aquí —respondió éste señalando una mochila desgastada. Dentro se ocultaba una especie de ordenador portátil que, en realidad, era un servidor en miniatura con una capacidad enorme. Por motivos de seguridad, no estaba conectado a la Red.

El camarero charlaba con dos parroquianos que había apoyados al otro extremo de la barra. Sophie y Blind habían optado por un vestuario lo más neutral posible a fin de pasar desapercibidos en cualquier escenario.

Tomaron un café rápido para no llamar la atención y salieron del bar. Subieron los cuatro al coche que había traído el informático, pues Alizée y Albatros habían llegado a pie, y regresaron a la cabaña.

—Menudo nidito de amor —dijo Blind nada más entrar—. Pequeño, pero muy acogedor.

—Poneos cómodos, aunque no demasiado. No podemos perder mucho tiempo, especialmente tú —dijo Albatros señalando al informático. —Blind extrajo el ordenador de la bolsa y Alizée le entregó el *capturador*—. Celebro que hayáis sobrevivido a esta noche pasada.

Tal y como habían acordado, todos ellos se habían desprendido de los brazaletes de grafeno. De manera oficial, estaban incomunicados.

Cuando el programador conectase aquel servidor a la Red, contarían con apenas quince minutos para escapar de allí. Albatros había trazado un recorrido a través del bosque para dificultar el acceso de coches de policía, así como evitar en la medida de lo posible el rastreo vía satélite. Lo que sucediese después constituía un gran enigma.

—¿Qué haremos los demás mientras Blind trabaja?

—Vigilar, disfrutar de la naturaleza y sobrevivir. En unos días, esto habrá terminado.

Los cuatro se miraron con el rostro serio. Aquella aventura tocaba a su fin.

37

Todo el planeta estaba pendiente de la investidura de John Némesis. La grabación, pues el comunicado no se haría en directo, se había llevado a cabo en las instalaciones de la sede del conglomerado de Némesis, ubicado en algún punto de Nebraska.

Todos los medios habían anunciado la hora del evento, dotándolo de la grandeza y la relevancia que la Coalición deseaba otorgarle. Para ellos, suponía entrar en una nueva etapa de la historia de la humanidad. Para el conjunto de la sociedad estaba por ver, aunque las perspectivas no eran muy alentadoras.

No se recordaba un control tan férreo de las redes sociales, foros y dispositivos electrónicos semejante, a pesar de que los ciudadanos no estuvieran al tanto de dicho extremo. Moderadores de opinión, *influencers*, ciberagentes, *trolls* y censores de diversa naturaleza esperaban el pistoletazo de salida. Nada podía salir mal. Habían recibido órdenes muy precisas de mantener una aparente normalidad. De hecho, todos los canales, incluso aquellos ajenos a la Coalición, aunque no a su supervisión, funcionaban de manera habitual. El visionado del mensaje del nombramiento de Némesis y su discurso de toma de posesión, si bien se presuponía masiva, tampoco era obligatoria.

El presidente de la Coalición prefirió seguir la emisión desde una de sus residencias veraniegas, en este caso situada en Malibú, California. Corría el rumor de que a John Némesis le encantaba contemplar el Pacífico. Acerca de lo que no cabía la menor duda era que el líder visible de la organización más poderosa del mundo deseaba disfrutar de su triunfo en un entorno paradisiaco, alejado del bullicio y los trajes azul marino. Su trabajo ya estaba hecho y ahora podía relajarse mientras asistía al espectáculo de su proclamación multimedia.

Lo tenía todo dispuesto en el salón de la casa: un sistema holográfico de última generación, pantallas de gas donde se

proyectaría lo más relevante que apareciese en cualquier medio, una canal de noticas privado, un reducido grupo de íntimos con los que brindar y el inevitable séquito de asistentes técnicos.

En diez minutos llegaría la hora de su victoria.

Una civilización entera estaba pendiente de la gran noticia. Hacían tiempo en los bares, en sus hogares, algunos pocos en el trabajo. A menos de cinco minutos de la noticia, calmaban su ansiedad como podían. Lo que, en un elevadísimo porcentaje, consistía en navegar por la Red y leer o dejar comentarios al respecto.

Unos cuantos millones contaban los segundos jugando al videojuego de moda: el conocido *Cuentos de la tierra baldía*. Quienes lo habían probado lo catalogaban como uno de los más adictivos desde los orígenes de esa forma de entretenimiento. Sencillo en su diseño y en su planteamiento; pegajoso como un millón de chicles clavados en la suela del zapato. A todos ellos les sorprendió un curioso anuncio que les invitaba a la última actualización:

«Si quieres acceder a más información sobre nuestro nuevo presidente y conocer su lado más divertido y personal, así como las estupendas propuestas del nuevo gobierno, actualiza *Cuentos de la tierra baldía* ahora. ¡Encuentra los *easter eggs* y sé el primero en descubrir cómo será tu vida a partir de hoy!»

Un minuto y medio para el inicio de la transmisión simultánea en todo el planeta. Los fans del videojuego luchando por ser los primeros en descubrir los *secretos* de la *Coalición* (en el fondo, el entretenimiento consistía en eso: en demostrar que se era más perspicaz que el resto.) Millones de descargas atravesando el ciberespacio. Millones de mensajes en foros, blogs, redes sociales. La expectativa al mismo nivel que si fuese el segundo Mesías quien estuviese a punto de hacer su aparición. Todos los canales de televisión pendientes del momento. Diez segundos. *Actualización completada*.

Sophie, Alizée, Blind y Albatros llevaban más de cinco minutos

corriendo por el bosque. Corrían como no habían tenido que hacerlo en los días anteriores. A pesar de la considerable preparación física de los cuatro, el estrés les hacía jadear. El pequeño portátil del informático triturado y arrojado al lago después de que la actualización del juego y todas las aplicaciones asociadas hubieran sido remitidas vía *espejos* a otros servidores ubicados en distintos lugares del planeta. Todos ellos serían neutralizados en cuestión de segundos, pero la misión ya había culminado con éxito.

Un mundo acostumbrado a prestar atención a diversos estímulos a la vez estaba a un paso de descubrir una terrible verdad.

En distintos idiomas y en distintos lugares del globo se dio la entrada al mensaje del presidente John Némesis. Al otro lado de los terminales, unos escuchaban con gran atención, otros dictaban mensajes a su brazalete de grafeno mientras contemplaban la pantalla, otros leían y, por descontado, algunos seguían jugando a distintas aplicaciones. Entre ellas, *Cuentos de la tierra baldía*.

»Destruir África.
»Masacrar ejército.
»Acabar con las tropas localizada en Oriente Medio.
»No hacer prisioneros.
»Violar a las mujeres.
»Violar a las mujeres.
»Violar a las mujeres.

Éstas eran algunas de las órdenes que los jugadores daban a la máquina, pues en *Cuentos de la tierra baldía* todo estaba permitido.

Una cuidada puesta en escena para dar la bienvenida a John Némesis, flamante presidente de la Coalición. Tonos fríos, pero no amenazadores. Traje de alpaca gris muy oscuro con poco brillo y camisa azul cobalto con suaves reflejos tornasolados y corbata a juego. Poco maquillaje, ligero bronceado, para el presidente. Sonrisa amable, aunque firme. Plano medio.

—Señoras y señores —dijo—. Permítanme que me presente: mi nombre es John Némesis y a partir de hoy seré la cara visible de la

organización que lleva velando por nuestro planeta desde 2020. Les agradezco la atención, así como la confianza que han depositado en nosotros a lo largo de estos años. —El presidente entrelazaba los dedos, transmitiendo seguridad a través de un lenguaje corporal sólido sin llegar a resultar autoritario—. Nuestra sociedad se enfrenta hoy a nuevos retos, a nuevos desafíos, a los que haremos frente con la misma eficacia que siempre. Pero también a nuevos problemas que debemos afrontar sin demora.

La pantalla del terminal de un adolescente norteamericano varió cuando su avatar en *Cuentos de la tierra baldía* se adentró en un poblado sudamericano. En lugar de lo que debía aparecer, unas extrañas imágenes de ciudades devastadas, niños esclavizados, pobreza y miseria se apoderaron de la lámina de grafeno. Sin duda procedían de vídeos viejos, tal vez de antes de 2000. Las imágenes llegaron acompañadas de una frase que parpadeaba: «Bienvenido a tu nuevo hogar». El muchacho frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando?

—Estamos comprometidos con el bienestar de la población y creemos que bienestar debe ir ligado de manera necesaria a abundancia. Una sociedad sin calidad de vida es una sociedad enferma. Es por ello que trabajaremos sin descanso para seguir generando riqueza para todos, a pesar de que atravesemos momentos difíciles. Esto nos conducirá a saborear más la victoria y a hacernos más fuertes como pueblo.

Edward Shannon, ciudadano del antiguo Reino Unido, se encontraba asaltando un cuartel virtual y buscando información en los archivos. «¿Quieres descargar el verdadero informe donde se muestran los objetivos del ejército enemigo?». A la orden de «sí», el informe real de la *Coalición* que los chicos de Sophie habían encontrado quedó expuesto a la vista de Shannon.

—Seguiremos trabajando con la máxima transparencia y rigor —prosiguió Némesis.

Algunos prototipos, maquetas y vídeos demostrativos de los nuevos sistemas holográficos que Némesis planeaba implantar en los distintos lugares en que fuese conveniente ocultar la situación real (es decir, aquellos en los que los recursos hubiesen sido esquilmados y las poblaciones o bien saqueadas o directamente eliminadas) sustituyeron, como si de un efecto *midi* se tratase, los escenarios *Low-Tech* que caracterizaban al *Cuentos de la tierra baldía*.

En este caso, el primero en descubrir ese *easter egg* y hacerlo saber a la comunidad fue un veinteañero portugués.

—No negaré que existen enemigos. Traidores que no comparten nuestra idea de progreso, la única que nos permitirá seguir avanzando en el camino del bienestar. —La voz de Némesis se hizo más cercana, su rostro era el de un confidente preocupado—. Es por ello que debemos extremar las medidas de vigilancia y recrudecer las penas. —Hizo una pausa retórica y miró fijamente a la cámara, que recogió un primer plano de su rostro, prestando mucho interés a sus ojos—. Sin ir más lejos, hace dos días yo mismo sufrí un asalto mientras atendía unos asuntos en París. ¡En mi propia casa!

»Asaltar cuartel general.

Las imágenes no fueron las que se esperaba en la recreación que el proyector escupía en la pared de la habitación de Akulina Yakovenko, una joven de diecisiete años hija de ruso y ucraniana y residente en la antigua Kiev. Tal vez el hecho de que dos conocidos abusasen de ella dos años atrás sin que el asunto transcendiese la habían convertido en una chica violenta y poco compasiva.

Las grabación realizada con las cámaras integradas en los trajes de Sophie y Albatros durante el interrogatorio y posterior rescate de Levallois sustituyó la escena programada por Blind. Un subtitulo, similar al que acompañaba los informativos, rezaba: «Residencia de John Némesis, presidente de la Coalición. París». En dicha grabación podía apreciarse como el rescate se saldó sin ningún herido de gravedad y sí los poco civilizados métodos de interrogación de Stéphane Godard, jefe del servicio secreto francés.

¿Alguien más habría visto eso? No se atrevía a subirlo a la Red por miedo a las represalias, pero corrió a llamar a unos cuantos amigos

para que le dieran su opinión.

A los cuarenta segundos de verse los primeros comentarios en redes sociales y foros, aun moderados y visiblemente temerosos, el juego desapareció de algunos servidores. No obstante, Blind había tenido la precaución de habilitar la opción de juego en modo *offline*. La policía acabaría accediendo a los diversos terminales y bloqueándolos.

Pero les llevaría bastante más tiempo.

—En esta nueva etapa, contaré con los hombres y mujeres más capaces de todo el planeta…

»Celebrar victoria.

Lo que se presentaba como una ocasión para disfrutar de unas escenas subidas de tono algo ingenuas y de aspecto retro, se convirtió en un espectáculo de otro tipo en el dispositivo de Björn Jakobsson, un joven adulto sueco que se vio de repente inmerso en la fiesta privada que se celebró en la residencia parisina de Némesis. Como si de un dispositivo de realidad aumentada se tratase, junto a las figuras aparecía una etiqueta con el nombre y una breve descripción empresarial. También podía leerse un mensaje en el que se preguntaba: «¿Quieres descargarte el listado completo de invitados a esta *fiesta*?». Si el usuario accedía, como fue el caso de Jakobsson (no el de otros), la relación de miembros de la Coalición que el equipo de Sophie había logrado compilar se almacenaba en su dispositivo.

—… Y los más respetables. Tales como Dominique Gross, Karim Bernhardt, Olivier Desvaux, *Madame* Legarde…

»Violar mujeres

Las confesiones de agresión sexual grabadas por el ejército de Sophie se acompañaban de los nombres de los autores y los cargos que ocupaban comenzaron a circular por la pantalla. También de imágenes clínicas de las víctimas; aquellas *pruebas* que no probaron nada en su momento.

«Drogué a Anik L. En una discoteca. La llevé a… la violé. Tenía diecinueve años». «Abusé sexualmente de… Tenía trece años». «Rapté, golpeé repetidas veces y tuve relaciones sexuales no consentidas con… Ella era menor de edad».

Millones de jóvenes las presenciaron, estupefactos, a través de las pantallas de los diversos dispositivos.

A esas horas, los asistentes del nuevo presidente no daban abasto en la residencia de Malibú. Los teléfonos ardían, Némesis ardía y el estrecho círculo que lo acompañaba se echaba, para sus adentros, las manos a la cabeza. Aquella celebración se estaba convirtiendo en una verdadera pesadilla.

Cientos de miles de mensajes comenzaron a inundar la Red. La mayor parte de ellos era eliminada al instante, pero se reproducían al momento. Cada vez eran menos moderados. Era como si los ciudadanos estuvieran perdiendo el miedo. Las imágenes, documentos, vídeos que se habían filtrado a través de *Cuentos de la tierra baldía* corrían sin freno a través del ciberespacio.

Plantearon a Némesis la opción extrema de hacer caer la Red a nivel global. El presidente se negó por dos razones: la primera porque sería imposible justificar un error técnico de tal magnitud y la segunda porque no quería comenzar su mandato haciendo gala de una tremenda debilidad.

En diversos puntos del globo, en especial en los centros neurálgicos de Europa y Estados Unidos, los drones volvieron a aterrizar y los militares salieron a la calle con fines disuasivos. La violencia no había estallado aún en las calles, pero se podía escuchar un murmullo. El murmullo de la desconfianza. El murmullo que precede a la batalla. El murmullo que anticipaba el fin.

Lejos de aquella calma tensa, cuatro personas corrían a través de los árboles. La luz del sol emitía se reflejaba en las verdes hojas de los árboles y producía un brillo acerado. El olor a humedad era penetrante. No tenían muy claro dónde llegarían ni si les resultaría posible hacerlo antes de ser interceptados. Fue Sophie Levallois la primera en soltar un grito liberador, seguido de una carcajada quebrada y un montón de lágrimas.

38

Lo habían logrado, pero la victoria, a juicio de alguno de ellos, presentaba matices agridulces. Estaban agotados y sus ropas parecían no poder empapar más sudor.

—Tarde o temprano tendremos que abandonar el bosque —dijo Sophie entre jadeos.

De manera tácita, el resto le dio la razón. Además, necesitaban beber agua.

—¿Qué tal si buscamos una cafetería y nos refrescamos? Y, en fin, vemos si en las noticias se dice algo o, al menos, escuchamos algún rumor. En realidad, no sabemos qué ha sucedido —señaló Alizée.

Anduvieron algún kilómetro más en dirección a la carretera. Tenían muy presente que no podían arriesgarse a dejarse ver demasiado. Sobre todo Sophie, ya que era muy probable que hubiesen difundido su foto junto con alguna mentira por todos los rincones de Francia. Quizá del mundo. El objetivo era la supervivencia, pero para sobrevivir primero hay que estar vivo. Y se estaban muriendo de sed.

Encontraron un destartalado restaurante junto a una gasolinera no menos deteriorada. No tenían buen aspecto y sabían que llamarían la atención. Les dio igual.

—Menudo plan de fuga —dijo Sophie a Albatros.

—Pensaba que te gustaba la emoción…

En el interior no había nadie aparte del dueño, un tipo delgado, con barba de tres días y ojeras de no haber pegado ojo en una semana, que se acercó a ellos sin prisa. Pidieron agua, algún refresco y un café para Albatros. No se arriesgaron a tomar nada que no estuviese embotellado o hervido. Nada de comer, por lo tanto.

—¿Vienen ustedes del centro? —preguntó el *barman*.

Había una televisión plana, de las viejas, colgada a la pared. Una señora explicaba cómo cocinar un pato. La limpieza de su cocina contrastaba con el estado del restaurante en el que ellos se hallaban.

Al encargado no parecía preocuparle.

—No —respondió Albatros—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada.

Sophie se alegró de haber acabado en ese tugurio. Al menos allí, su indumentaria no desentonaba. Todo un golpe de suerte.

El camarero regresó con las bebidas. Los cuatro rechazaron el vaso y bebieron directamente de la botella.

—¿Ha sucedido algo en la ciudad? —preguntó Alizée.

—Bueno, parece que las cosas se están poniendo feas. Creo que es por lo del presidente y todo eso.

—¿Qué presidente?

Fingieron no estar al tanto.

—¿No saben que ahora tenemos un presidente? ¿De dónde han salido ustedes?

—Hemos estado ocupados últimamente —dijo Albatros.

El camarero les miró con desconfianza. Sophie miró para otro lado. Le preocupaba que se fijase en ella y la reconociese. Se dijo que era algo que tendría que solucionar, pues a partir de entonces esa situación se repetiría en multitud de ocasiones. Todos los días en realidad.

—Pues tenemos un presidente, pero no sé lo que nos durará. ¡El mismo día en que lo proclaman saca a la calle esos cacharros que no van pilotados por personas! —Meneó la cabeza en señal de desaprobación y cambió el canal del televisor a otro en el que sólo emitían música pasada de moda. Eddie Vedder atacaba el «*Light Today*» con su ukelele.

Albatros abonó la consumición. Se despidieron del camarero y salieron del establecimiento. Desde la puerta seguían oyendo la canción. Resultaba relajante.

—Temía que no fueran a creernos —admitió Sophie. Nadie dijo nada—. De hecho, no tengo claro que hayamos ganado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Blind.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Es posible que esta locura termine aquí? ¿Acaso no volverá todo a comenzar de nuevo? ¿Qué hemos conseguido realmente?

—Sembrar la semilla de la desconfianza —respondió Alizée cogiéndola del brazo—. Desde un principio sabíamos que no podíamos hacer otra cosa aparte de eso.

Sophie suspiró. Por supuesto que lo sabía.

—Supongo que ha llegado la hora de que cada uno tome su camino. —Se hizo un silencio aún más tenso. Era obvio que no podrían seguir juntos eternamente, aunque no quisieran reconocerlo—. Si os parece bien, podemos separarnos por parejas hasta que lleguemos a un lugar que nos permita organizarnos un poco mejor. Yo podría ir con Blind.

—¿Qué harás para que no te descubran? —preguntó Albatros dando claras muestras de preocupación.

—Supongo que tomar nota de las *celebrities*. —Sonrió—. Aprenderé a camuflarme.

—¿Y tú, Blind?

—Huir. Al final, siempre toca huir…

Albatros sonrió y extrajo unas llaves del bolsillo de su pantalón. Se las entregó al informático.

—Dáselas a Delorme si lo ves. Yo ya no creo que vaya a necesitarlo, pero a él siempre le gustó mi *Bugatti*. Estoy seguro de que sabrá cómo volver a ponerlo en circulación. Muy bien, chicos —dijo tras dar una sonora palmada—. Espero que todo vuelva a la normalidad dentro de algún tiempo. Me gustaría volver a coincidir con vosotros. La verdad es que lo he pasado muy bien. —Sacó las gafas del bolsillo junto a la solapa de la chaqueta y se las colocó. No recordaba habérselas quitado en ningún momento—. Sé que no es una buena pregunta y os entenderé si no queréis responder, pero ¿dónde habéis pensado ir?

—Puede que me compre un velero —dijo Blind—. Siempre he querido tener uno propio.

Las miradas se centraron en Sophie.

—Como bien has dicho, no me parece que responder sea lo más seguro, pero os diré que siempre me ha apetecido visitar el sur de España. Creo que a Didier también. —Guiñó un ojo al matemático. Era la primera vez que la oía hablar de su «vida sentimental». Albatros le regaló una sonrisa franca y abierta. Cómo había cambiado todo desde que se conocieron—. ¿Y tú, Albatros, qué harás?

39

-Estás preciosa.

Ella anudó el pañuelo que llevaba en la cabeza y se colocó las gafas de sol. Él le acarició la mejilla y apoyó las dos manos al volante del *Spider Veloce* del 76 en color rojo que un viejo amigo le había prestado. Se encontraban a dos kilómetros de Niza. Allí se ocultarían unos días en casa de un antiguo *cliente* que le debía un favor.

La temperatura era agradable y la luz perfecta, a su juicio.

—Amos nos ayudará con las prótesis oculares y digitales.

—¿Nos dolerá?

—No, y además podremos disfrutar de su *pan-bagnat*, un bocadillo sencillo, pero nadie lo prepara como él…

—Suena bien.

—¡Espera a probarlo!

Ella levantó los brazos en señal de libertad y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Aquel viaje a Japón lo había cambiado todo. Su vida ya no sería la misma. Él ya no sería el mismo. De hecho, nadie sería el mismo. Todo había saltado por los aires.

Le llamaban Albatros y lo tenía francamente jodido. Puede que ya no condujese deportivos exclusivos a más de doscientos kilómetros por hora en la noche parisina, pero seguía siendo él. Todo acto tiene consecuencias y el matemático se hallaba a punto de tener que dar cuenta de cada uno de los suyos. O no. En cualquier caso, ya no cabalgaría sólo. Alizée le acompañaría. Dónde le llevaran sus pasos era del todo secundario. Lo que tenía muy claro es que su próxima aventura arrancaría con un tema de *The Lafayette Afro Rock Band*. ¿«*Quick*» o «*Hihache*»? Bien pensado, ¡qué mas daba!

CRÉDITOS FINALES

Una producción de Equipo Ródenas

PRENSA: Roberto López Herrero
INFOGRAFÍA: Javier Muñiz
SONIDO: Ecequiel Barricart
FOTO FIJA: Andrés Pascual
SCRIPT: Blas Ruiz Grau
STORYBOARD: José Ángel Ares
DIRECCIÓN DE ARTE: Adrián Ródenas Torrano
FOTOGRAFÍA: Juan Gómez-Jurado
POSTPRODUCCIÓN: Luis Endera
EFECTOS ESPECIALES: César Pérez Gellida
MÚSICA: Flu
PRODUCTORES EJECUTIVOS: Fulgencio Ródenas & Pilar Cantero y Asociados
PRODUCTOR: Bruno Nievas
ESCRITO Y DIRIGIDO por: Gabri Ródenas

Nótese que esto no es una sección de agradecimientos, sino una relación de personas que han influido directamente en la producción de esta novela. A todos los demás compañeros de letras, amigos personales y lectores, deseo deciros que os llevo en el corazón y os doy las gracias por vuestro inagotable e inestimable apoyo.

Gabri Ródenas

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

El búnker de Noé
Estación Orichalcum
Los pasajeros

Pueden seguir a Gabri Ródenas a través de:

Twitter: @gabrirodenas
O
Su web: www.comomeconvertienunescritormillonario.com

Gabri Ródenas no utiliza *community manager* y responde personalmente a sus mensajes.

Ruega que tengan un poco de paciencia en caso de que la respuesta se demore.